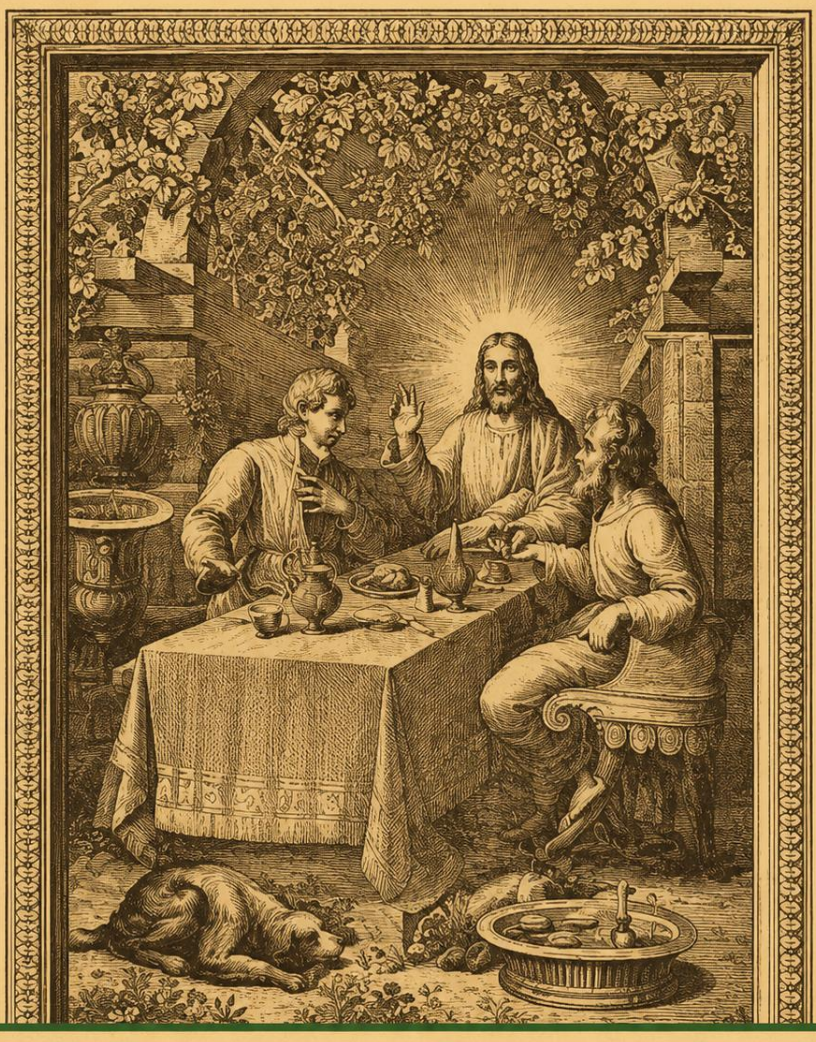
V. INCIO

★

JESUCRISTO SEGUN LOS EVANGELIOS



EDICIONES VERDAD ★ MADRID

JESUCRISTO

SEGUN LOS

EVANGELIOS

POR EL

P. VALENTIN INCIO GARCIA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DECIMOTERCERA EDICION ABREVIADA

CON APROBACIÓN OFICIAL

EDICIONES «VERDAD»
Plaza de las Salesas, 10.
Calle Mayor, número 18.
Tel. 217110-313894 - MADRID.
Año 1950

INDICE

PÁGS.

PRELIMINARES

Lección 1.ª—El Nuevo Testamento 7
» 2.ª—Nociones geográficas de Palestina 11
» 3.ª—Estado político y religioso de Palestina en la época de Jesucristo 15

PARTE PRIMERA.—Vida oculta de Jesús

» 4.ª—Hechos previos al Nacimiento de Jesucristo 22
» 5.ª—Nacimiento de Jesucristo y hechos que le siguieron. 27
» 6.ª—La adoración de los Magos y sucesos posteriores ... 31

PARTE SEGUNDA.—Vida pública de Jesús

» 7.ª—Estudio general de la vida pública de Jesús 37
» 8.ª—Primeros hechos de la vida pública de Jesús 41
» 9.ª—Ministerio de Jesús en Jerusalén 46
» 10.—Ministerio de Jesús en Galilea 50
» 11.—Los milagros de Jesús 55
» 12.—Varios milagros de Jesús 58
» 13.—Sermón de la montaña 63
» 14.—Diversos hechos de Jesús después del sermón de la montaña 69
» 15.—Parábolas del reino de Dios. El sermón del lago ... 73
» 16.—Nueva serie de milagros en Galilea y otros hechos ... 79
» 17.—Promesa de la Eucaristía. Milagros que precedieron. 82
» 18.—Hechos diversos en Galilea 87
» 19.—Jesús en Jerusalén en la fiesta de los Tabernáculos. 92
» 20.—Nuevas enseñanzas de Jesús. Parábolas de la misericordia 99
» 21.—Jesús en los confines de Judea 104
» 22.—Ultimos días del ministerio de Jesús 108

PÁGS.

PARTE TERCERA.—Pasión y muerte de Jesús

Lección 23.—Hechos y enseñanzas en los primeros días de la semana 114
» 24.—Discusiones y parábolas de reprobación 118
» 25.—Censuras y profecías 122
» 26.—Misterios del Cenáculo 126
» 27.—Oración del huerto y prisión del Señor 131
» 28.—Jesús ante los tribunanles civiles 135
» 29.—Crucifixión y muerte de Jesús 140

PARTE CUARTA.—Vida gloriosa de Jesús

» 30.—Resurrección de Jesucristo y varias apariciones 145
» 31.—Ultimas apariciones de Jesús. Su ascensión al cielo. 150
» 32.—Del uso de los Santos Evangelios 154

JESUCRISTO SEGUN
L O S EVANGELIOS

Nihil obstat:

ANTONIUS VALLE, S. J.

Cens. eccles.

Imprímase:

DR. MANUEL RUBIO,

Vic. gen.

Madrid, 24 de junio de 1941.

Prohibida toda reproducción o adaptación del programa (sumarios) o del texto.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

INTRODUCCION

En el cuestionario oficial se designa para el segundo curso de la enseñanza media, correspondiente al primer ciclo de Religión, el estudio de *«Jesucristo según los Evangelios»*, y éste es el objeto de este libro, que escribimos teniendo a la vista el citado cuestionario y acomodándonos a él enteramente.

Es indiscutible la importancia de esta asignatura y la conveniencia del lugar que se le asigna. No es el *Evangelio de Jesucristo* su título, sino JESUCRISTO SEGÚN LOS EVANGELIOS; pues aunque viene a ser la misma cosa y no hay diferencia sustancial entre ambos títulos, bien se echa de ver que lo que se intenta es llevar a las jóvenes inteligencias el conocimiento del mismo Jesús: en su vida privada y pública, en sus persecuciones y en sus triunfos, en su doctrina y en sus obras, conforme le describen las páginas evangélicas; porque es el Evangelio el libro que más fielmente reproduce la historia y el pensamiento de Jesús.

Se ha tenido en cuenta en la composición de éste la parte *formativa*, conforme al carácter pedagógico de los otros libros de cultura religiosa; por cuanto los Evangelios siguen un plan, no meramente histórico, antes bien catequístico, conteniendo resumida y en germen toda la doctrina cristiana, que estudiamos ampliamente y por separado en todos los demás cursos de religión.

PRERROGATIVA OFICIAL

Nuestro programa de segundo curso de Religión «JESUCRISTO SEGUN LOS EVANGELIOS», escrito conforme al cuestionario oficial para el Bachillerato. y sobre el cual redactamos el presente texto, ha merecido los honores de ser adoptado por orden ministerial de 27 de noviembre de 1943 para la enseñanza de segundo curso en la carrera de Magisterio.

Boletín Oficial del Estado de 10 de diciembre de 1943.

CUESTIONARIO OFICIAL

CURSO 2.°

JESUCRISTO SEGUN LOS EVANGELIOS

VIDA OCULTA DE JESUS: Que sea el Nuevo Testamento. Autoridad divina y humana del Evangelio. Nociones geográficas de Palestina. Hechos preliminares del nacimiento de Jesús. Nacimiento de Jesús y hechos que le siguieron.

VIDA PUBLICA DE JESUS: Preparación y principio del ministerio de Jesús en Jerusalén. Jesús regresa a Galilea. Varios milagros de Jesús. Sermón de la montaña. Hechos diversos. Parábolas del reino de Dios. Hechos diversos en Galilea. Promesa de la Eucaristía. Jesús en la fiesta de los Tabernáculos. Parábolas sobre la misericordia. Enseñanzas diversas de Jesús. Jesús en los confines de Judea.

ULTIMA SEMANA: Enseñanzas y hechos de los primeros días de la semana. Un hecho simbólico. Una discusión y tres parábolas sobre la reprobación de los judíos. Insidias de los enemigos de Jesús. Censuras y maldiciones contra los escribas y fariseos. Profecías. Discurso profético de Jesús sobre la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo. Hechos diversos. La Cena legal y la institución de la Eucaristía.

PASION Y MUERTE DE JESUS: Agonía y prisión del Salvador. Proceso religioso de Jesús ante el Sanedrín. Proceso civil ante el presidente romano. Suplicio de la flagelación. Jesús condenado a muerte. La vía dolorosa y la crucifixión. Muerte de Jesús y sepultura.

VIDA GLORIOSA: Resurrección de Jesucristo. Las diversas apariciones. La Ascensión del Señor a los cielos. Del uso de los Santos Evangelios.

Jesucristo según los Evangelios

PRELIMINARES

LECCION 1.ª

EL NUEVO TESTAMENTO

SUMARIO: 1. Idea del Nuevo Testamento.—2. En qué se diferencia del antiguo.—3. Los Evangelios de Jesucristo.—4. El Evangelio oral. 5. Evangelio escrito.—6. Autoridad de los Evangelios.—7. Autoridad como libros históricos.

1. Idea del Nuevo Testamento.—El *Nuevo Testamento* es el conjunto de los libros de la Sagrada Escritura que contiene la revelación divina hecha a los hombres por el mismo Jesucristo y por los Apóstoles divinamente inspirados.

Se compone de 27 libros, cuya extensión total es la tercera parte del Antiguo Testamento, y comprende: los *cuatro Evangelios,* según el orden del tiempo en que fueron escritos, respectivamente, por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan; los *Hechos de los Apóstoles,* redactados por San Lucas, varias *cartas* de algunos de los Apóstoles, sobre todo de San Pablo; y termina con el libro del *Apocalipsis* (revelación) escrito por San Juan en los últimos años del siglo I de nuestra era; en él se anuncia el triunfo definitivo de Jesucristo y de la Iglesia al fin del mundo.

2. **En qué se diferencia el Nuevo del Antiguo Testamento.**—La palabra *testamento*, título de ambos libros, significa que estos libros atestiguan la voluntad divina y nos dan a conocer las alianzas entre Dios y los hombres.

En el *Antiguo Testamento* se nos da a conocer la alianza que celebró Dios con Abraham, en cuya virtud le prometió una posteridad bendita, que atraería su bendición a todos los pueblos: alianza renovada después con Isaac y Jacob y por último más solemnemente con todo el pueblo israelita en el Sinaí.

En el *Nuevo Testamento* se nos da a conocer la alianza celebrada por Dios con los hombres redimidos y sellada con la sangre divina de Jesucristo, del cual el antiguo era sólo una figura y como preparación del nuevo.

Ambos Testamentos son como el *acta* por la cual el Señor nos lega su herencia.

3. **Los Evangelios de Jesucristo.**—Llámanse *Evangelios* los cuatro libros canónicos que contienen el relato de la vida, milagros, doctrina y principales palabras de Jesucristo, Señor nuestro, escritos por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

San Mateo y San Juan eran apóstoles; San Marcos era discípulo de San Pedro, y San Lucas (médico y escritor) era discípulo y compañero de San Pablo.

1. *Un solo Evangelio.* Los cuatro Evangelios no constituyen sino *un solo Evangelio*, ora hablado, ora escrito. El Evangelio, por lo tanto, es *uno*; pero este único Evangelio nos ha sido transmitido en sus rasgos y hechos fundamentales por cuatro autores, en cuatro formas diversas; de manera que las narraciones que los cuatro Evangelistas nos presentan, aunque diversas en la forma y en el estilo, se explican y confirman unas a otras, no son, por consiguiente, cuatro Evangelios, sino cuatro libros del Evangelio.

2. *La palabra Evangelio.* Esta palabra (del griego *euaggélion*) significa la «buena nueva». El Evangelio de Jesucristo es la buena nueva por excelencia que nos trajo el Hijo de Dios, el anuncio de salvación, en el que se compendia su vida entera.

4. **Evangelio oral.**—El primer Evangelio oral le constituyó la misma persona de Jesucristo, sus palabras y sus obras.

Pero el Salvador no había de estar siempre en este mundo, y para anunciar a los hombres la Buena Nueva, o sea el Evangelio de salvación, escogió doce apóstoles que hicieran sus veces y predicaran el Evangelio a las generaciones futuras: «Id, les dice, e instruid a todas las naciones enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado» (Mat., XXVIII, 20). Y llenos del Espíritu Santo, iniciaron el día de Pentecostés en Jerusalén la predicación evangélica y continuaron después por todo el orbe anunciándola a las gentes.

También esta predicación de los apóstoles forma el primer evangelio oral; de él nos dan idea los discursos de los apóstoles conservados en el libro de los *Hechos Apostólicos*.

5. Evangelio escrito.—El Evangelio de Jesucristo anunciado por él mismo y predicado por los Apóstoles, a fin de que llegara a conocimiento de todas las generaciones y no se alterara ni desfigurara en lo más mínimo, le dejaron consignado por escrito, impulsados por el Espíritu Santo, dos Apóstoles y dos varones apostólicos.

Así como el Evaingelio oral fué el que formó la Iglesia, el Evangelio escrito, transmitido y predicado a todas las generaciones, fué el que transformó al mundo.

El orden de tiempo o cronológico con el que se suceden los cuatro Evangelios, ya queda indicado arriba: Mateo, Marcos, Lucas, Juan.

a) Los tres primeros Evangelios llámanse *sinópticos*, por seguir con frecuencia el mismo orden y tener muchos puntos de contacto en la materia y aun a veces en las mismas palabras del relato.

b) El cuarto Evangelio, pasando de ordinario por alto los hechos que se consignan en los otros Evangelios, se detiene especialmente en demostrar por los milagros y las enseñanzas del Salvador, su mesianidad y divinidad.

6. Autoridad de los Evangelios: Nociones.—Se llama *autoridad* de un libro o de un documento el poder que tiene o fuerza demostrativa que encierra para probar que lo que dice es verdadero y absolutamente cierto. Esta autoridad puede ser divina y humana.

a) Un libro tendrá *autoridad divina*, si los escritos que contiene han sido inspirados por Dios, es decir, si el libro ha sido escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. Este libro tendrá entonces un carácter *infalible*, carecerá de todo error.

b) Pero el libro tendrá solamente *autoridad humana*, si las narraciones o relatos que refiere o verdades que expone dependeen únicamente de la veracidad o de la ciencia del hombre. Este libro tendrá entonces un carácter *veraz*, pero no infalible.

Los Evangelios reunen estos dos caracteres, tienen autoridad histórica (autoridad humana), y son divinamente inspirados (autoridad divina).

7. **Autoridad divina e histórica de los Evangelios.**—Para que un libro histórico merezca ser creído ha de reunir las siguientes cualidades: ser *auténtico*, *íntegro* y *verídico*.

a) Será *auténtico* si ha sido escrito en la época que se le asigna y por el autor a quien se le atribuye.

b) Será *íntegro* si ha llegado hasta nuestros días tal como fué escrito, sin haber sufrido alteración alguna en lo sustancial.

c) Será *verídico* si el autor del libro conoció los sucesos que refiere y no puede ni quiere engañar, sino decir la verdad.

Ahora bien; los cuatro Evangelios reunen estas tres cualidades: son auténticos, íntegros y verídicos, y más que todos los libros históricos.

Luego los Evangelios son enteramente dignos de fe.

La Apologética demuestra la historicidad absoluta de los Evangelios y por lo tanto su autoridad y certeza humana. La exposición de esta materia la omitimos como menos propia de este lugar.

Pero los Evangelios no sólo gozan de la certeza *humana*, sino *también de la divina*; es decir, son *infalibles*, porque todos sus relatos y todas sus partes han sido escritos por impulso y bajo la inspiración del Espíritu Santo.

LECCION 2.ª

NOCIONES GEOGRAFICAS DE PALESTINA

SUMARIO: 8. Situación y límites de Palestina.—9. División territorial en tiempo de Jesucristo.—10. Descripción de Judea.—11. Galilea.—12 Samaria.—13. Perea.; Decápolis y ciudades griegas.

8. Situación y límites de Palestina.—La región de Palestina es una parte de la Siria actual, por debajo del Asia Menor, comprendida entre los grados 31 y 33 de latitud Norte, y los 34 y 36 longitud Este, del meridiano de Greenwich.

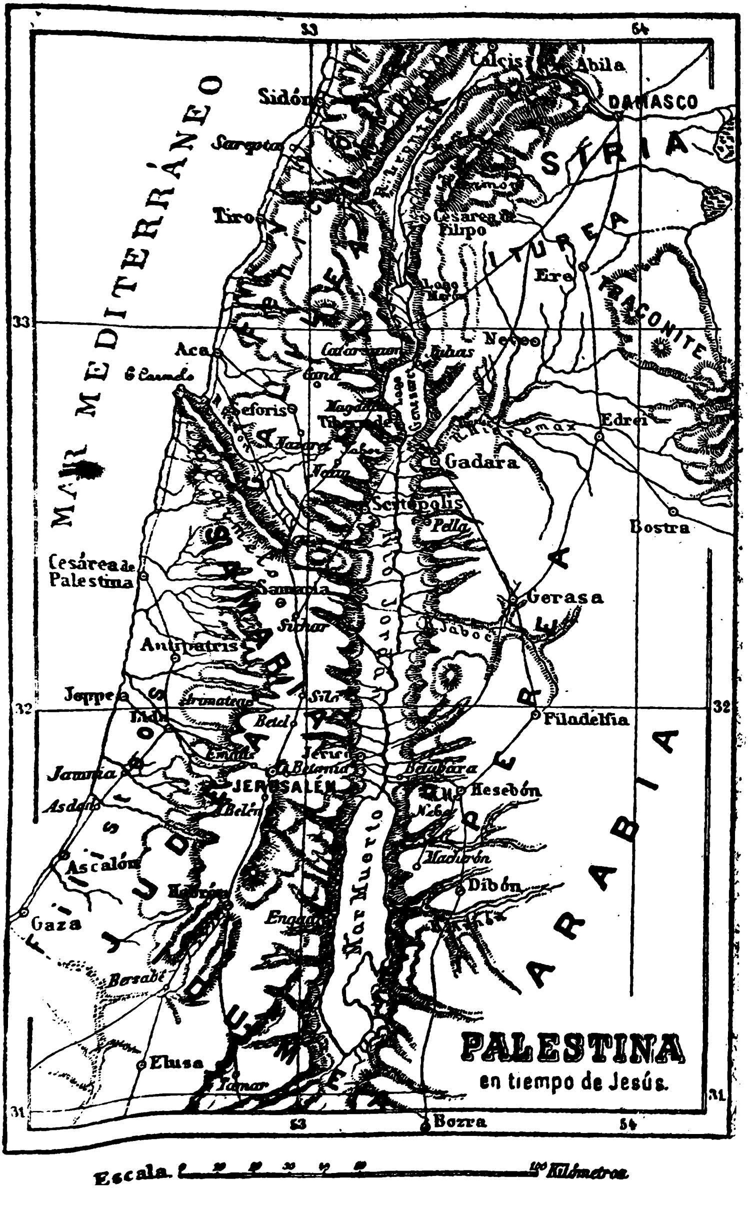
Sus límites naturales están bien determinados: al Norte limita con Siria; al Este y Sur con la Transjordania; y al Oeste con el mar Mediterráneo. cuyo rincón sur-este ocupa. Por su situación, es la fortaleza avanzada que defiende el delta del Nilo.

Se extiende de Norte a Sur, desde el monte Líbano hasta los desiertos de Egipto y de Arabia Pétrea, 240 kilómetros aproximadamente; y de occidente a oriente, desde el Mediterráneo hasta el desierto de Siria, al otro lado del Jordán, en una anchura media de 150 kilómetros. Tiene, por lo tanto, de *superficie* unos 30.000 kilómetros cuadrados.

La población actual de Palestina es difícil de evaluar con certeza, por falta de censos fidedignos, Según las últimas estadísticas probables, parece ser la población total de 1.337.000 habitantes, la mayor parte árabes; siguiendo los judíos, sirios, etc.; estos últimos son cristianos de diversas confesiones. En tiempo de Jesucristo estaba más poblada que ahora.

9. División territorial.—Palestina en tiempo de Jesucristo, que es lo que ahora más nos interesa saber, estaba dividida en cuatro provincias: *Judea* al sur; *Samaria,* en el centro; *Galilea,* al norte, y *Perea,* en la parte oriental o transjordánica.

Además de estas provincias había la Decápolis y las llamadas Ciudades Griegas.


PALESTINA
en tiempo de Jesús
MAR MEDITERRÁNEO
SIRIA
ITUREA
TRACONITE
ARABIA
JUDEA
SAMARIA
PEREA
IDUMEA
Sidón
Sarepta
Tiro
Calcis
Abila
DAMASCO
Cesarea de Filipo
Ere
Nejeo
Aca
C. Carmelo
Seforis
Caná
Magdala
Tiberiades
Nazaret
Naim
Gadara
Edrei
Escitópolis
Pella
Bostra
Cesárea de Palestina
Samaria
Sichar
Gerasa
Antipatris
Joppe
Arimatea
Silo
Betel
Lida
Filadelfia
Emaús
Jericó
Betania
Betábara
Jamnia
JERUSALÉN
Hesebón
Asdod
Belén
Nebo
Ascalón
Maqueronte
Dibón
Hebrón
Engadi
Gaza
Bersabé
Mar Muerto
Elusa
Tamar
Bozra
Jordán
Jaboc
33
32
31
34
Escala
Kilómetros

Los Evangelios nos presentan al Salvador recorriendo ya una, ya otra de las cuatro regiones. En Samaria y en Perea, fueron muy breves y transitorias sus estancias; en cambio, no así en Judea y en Galilea, principalmente en esta última, donde le veremos ejercer el miniterio público por más tiempo.

10. Descripción de Judea.—Ocupa la parte meridional de Palestina. De las cuatro provincias, Judea era la más importante, puesto que para los judíos era el centro religioso, el centro político, y de alguna manera el centro intelectual de Palestina. Allí habían acaecido las grandes epopeyas y los más notables sucesos bíblicos de la historia israelita. Allí radicaba *Jerusalén*, que era la capital, con su glorioso Templo; a ella debían acudir todos los judíos por lo menos una vez al año. Allí se hallaba el Sanedrín, con los jefes de las grandes academias rabínicas y los miembros más influyentes de la raza sacerdotal y de la secta farisaica.

Sus límites eran, en la época del Salvador, los siguientes: al norte, la Samaria; al este, el Jordán; al oeste, el Mediterráneo; al sur, el desierto de la Arabia Pétrea.

Las principales ciudades de Judea, además de *Jerusalén*, eran: *Belén*, al sur de Jerusalén, la ciudad de David, y sobre todo el lugar del nacimiento del Mesías; al norte *Betel*, donde Jacob tuvo su visión profética, y *Silo*, donde residió el Arca Santa largos años. En el valle del Jordán se levanta *Jerico*, milagrosamente conquistada por Josué; al sur se hallaba *Hebrón*, que existía ya en tiempos de Abraham y se honra de tener su sepulcro.

11. Descripción de Galilea.—Ocupaba el norte de Palestina y era una región muy hermosa, alegre y fértil, formada por valles risueños y colinas ondulantes, con sus ciudades construídas a orillas del lago de Tiberiades: *Cafarnaún, Magdala, Corozaín, Betsaida, Tiberiades*. Más al interior quedaban *Nazaret, Caná* y *Naín*, y la ciudad de *Estrelón* con su famosa llanura. En la costa, podemos mencionar de norte a sur, *Akka*, o *San Juan de Acre*, puerto que ha sido reemplazado por el de *Haifa*, que es hoy el mejor de Palestina; *Jafa*, hoy podemos decir puerto de Jerusalén, unidos por ferrocarril, y finalmente, *Gaza* con sus oasis amenazados por las arenas.

En Galilea, hacia el este de Nazaret, se halla el *monte Tabor*, lugar de la Transfiguración del Señor; y en la costa el *monte Carmelo*, donde residió el profeta Elías.

12. **Samaria.** — Se hallaba en el centro, entre Judea y Galilea, formada por un macizo montañoso, conocido por los *Montes de Efraín*.

Son ciudades históricas, entre otras, además de *Samaria*, *Siquem* (patria de la Samaritana del Evangelio), hoy *Naplusa*, con 30.000 habitantes; muy cerca, el famoso *pozo de Jacob*, teatro de uno de los episodios más conmovedores del Evangelio; y *Escitópolis* y *Betel*.

13. **Perea.** — Esta provincia se encuentra al otro lado del Jordán; sus ciudades más importantes eran: *Pela*, *Gerasa*, en cuyo lugar curó Jesucristo a varios endemoniados; *Filadelfia* y *Hesebón*.

Al norte de Perea, y como una prolongación de ella, había la *Decápolis*, nombrada algunas veces en el Evangelio, que era como una confederación entre diez ciudades (que eso significa la palabra decápolis), dominadas por la influencia griega, pero que no tenían unidad geográfica ni, según parece, unidad política. Entre ellas se contaban Damasco, Escitópolis, Pela, Gadara y Filadelfia.

Había también 33 ciudades independientes, las llamadas *Ciudades Griegas*, habitadas por paganos, principalmente griegos. No estaban sujetas a las autoridades judaicas, aunque se hallaban en tierra de Palestina, sino a las de Roma.

LECCION 3.ª

ESTADO POLITICO Y RELIGIOSO DE PALESTINA EN LA EPOCA DE JESUCRISTO

SUMARIO: 14 Situación política de Palestina.—15. Situación religiosa. 16. Local del culto: el templo.—17. Las sinagogas.—18. El sacerdocio.—19. Ceremonial del culto.—20. Autoridades de la vida religiosa.—21. Sectas judaicas: fariseos y saduceos.—22. Vista de conjunto de la situación política y religiosa del pueblo judío en tiempo de Jesucristo.

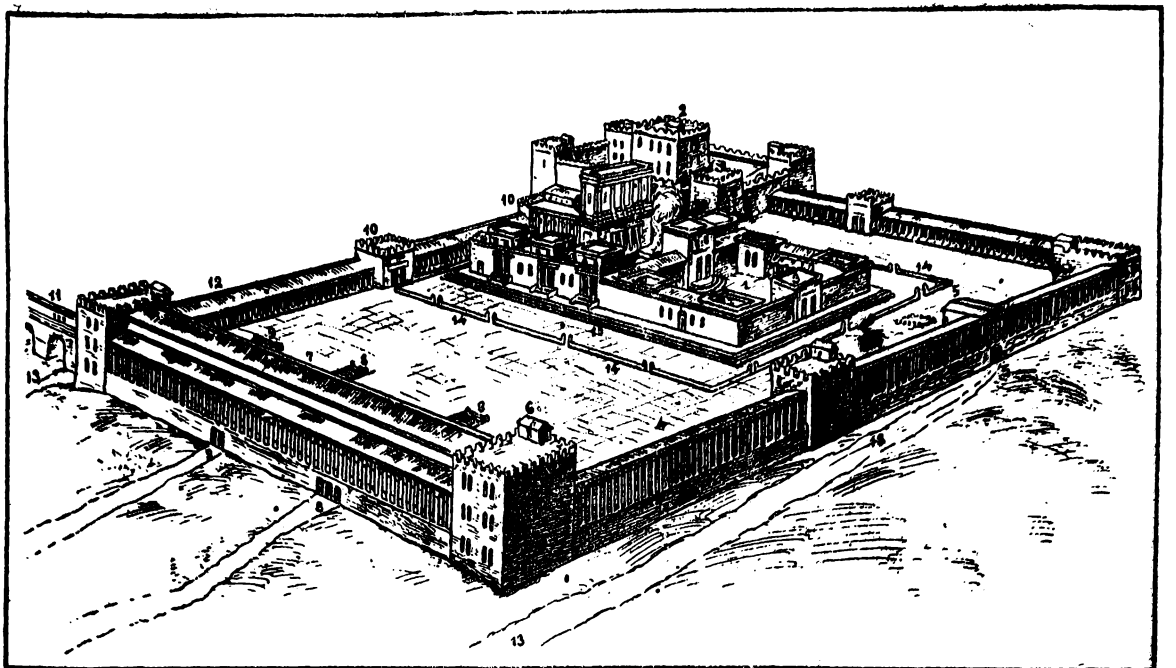
14. Situación política de Palestina en tiempo de Jesucristo.—El año del nacimiento de Jesucristo reinaba sobre toda Palestina Herodes el Grande, hijo de padre idumeo y de madre árabe. Este Herodes, con el auxilio de Roma, se apoderó de Jerusalén el año 37 antes de Jesucristo. Y reinó en Palestina hasta su muerte, acaecida durante el destierro en Egipto de la Sagrada Familia.

Con el fin de congraciarse con los judíos, restauró el templo de Jerusalén, agrandándole y embelleciéndole magníficamente, de tal manera que aun sin estar terminadas del todo las obras en tiempo de Jesucristo, era la admiración y el orgullo de sus contemporáneos.

En su muerte, repartió Herodes sus estados entre tres de sus hijos: al mayor, *Arquelao*, legaba Judea y Samaria con el título de Rey; a *Antipas*, Galilea y Perea (este Herodes Antipas fué el que hizo degollar al Bautista y escarneció a Jesucristo en su pasión); a *Filipo*, los distritos del noreste (Batanea, Traconite y Paneas).

Arquelao, a causa de sus crueldades, fué desterrado por Augusto a Viena de las Galias, donde murió el año 6 de nuestra Era.

Desde entonces Judea y Samaria, que constituían sus Estados, quedaron definitivamente bajo el dominio directo de Roma, y gobernados por procuradores romanos. Hasta la muerte del Emperador hubo tres de estos gobernadores; y después, durante el reinado de Tiberio, otros dos: *Valerio Grato* (del 15 al 26 d. de Jesucristo) y *Poncio Pilatos* (del 26 al 36 d. de Jesucristo).



El Templo de Jerusalén en tiempo de Jesucristo, en perspectiva

1. Templo.—2. Torre Antonia.—3. Puerta corintia o de Nicanor.—4. Pórtico de Salomón.—5. Puerta áurea.—6. Pináculo del Templo (ángulo exterior).—7. Pórtico real.—8. Puertas de Hulda.—9. Paso subterráneo a la Ciudad Baja.—10. Puertas del Arrabal.—11. Puente que conduce al monte Sión.—12. Valle del Tiropeón.—13. Valle del Cedrón.—14. Balaustrada con inscripciones.—15. Escalinata.

15. Situación religiosa.—Fué el mismo Dios el que, hallándose los hebreos acampados en la falda del Sinaí, después de su salida de Egipto, y luego de comunicarles su santa ley y de establecer con ellos una nueva alianza, por medio de Moisés, les dió una constitución religiosa que fuese capaz de conservar en medio del mundo pagano el tesoro de la divina revelación, que en la plenitud de los tiempos se había de comunicar a todas las naciones.

a) Allí recibió Moisés instrucciones acerca de la fiesta de los Azimos, de la consagración de los primogénitos, de la fiesta del sábado, de la de Pascua, de la de Pentecostés y de los Tabernáculos; de la presentación de todos los varones delante del Señor en tres épocas del año, y sobre todo de los actos religiosos con que debían honrarle, consistentes principalmente en los sacrificios.

b) Tres puntos principales abarcaba el culto o estado religioso del pueblo judío en la época de Jesucristo: *local* (el templo y sinagogas), *personal* (sacerdocio) y *ceremonial* (fiestas y culto), que estudiaremos por partes.

16. El templo de Jerusalén.—El centro del culto lo constituía principalmente el Templo de Jerusalén; el Templo primitivo fué construido por Salomón y destruído sin piedad por los soldados de Nabucodonosor en 588; pero fué reconstruído por Zorobabel, a la vuelta del cautiverio de Babilonia, en el mismo sitio del anterior, en lo alto del monte Moria; aunque sin el esplendor y magnificencia del antiguo templo.

Este segudo templo fué el que agrandó y embelleció Herodes el Grande.

La parte más exterior del templo la formaban una serie de atrios y vestíbulos de gran capacidad; lo más interior del templo estaba formado por dos recintos llamados el Santo y el Santo de los Santos.

El Santo. Aquí se hallaba un pequeño *altar de oro*, sobre el que mañana y tarde se quemaban unos granos de incienso, y el *candelabro* de siete brazos y la *Mesa* para los panes de la Proposición, ambos también de oro.

El Santo de los Santos. Era el lugar santísimo, que se componía de una sala cuadrada de unos veinte codos por cada uno de sus lados. Aquí solo podía entrar el Sumo Sacerdote una vez al año, el día de la *Expiación*, donde hacía breve oración por su pueblo. Un espeso velo cubría la entrada. En otro tiempo, en el primer templo, ocupó este lugar el *Arca de la Alianza*.

17. Las Sinagogas.—Estas fueron fundadas por los judíos en la época del destierro, porque entonces no les era posible ir al Templo. En ellas se reunían los sábados para oír la lectura y explicación de la ley; y una vez que volvieron a su país, conservaron esta costumbre. Uno de los grandes cuidados que tenían era la conservación de los Libros Santos, que guardaban en un cofre cubierto con un velo.

También las sinagogas fueron a menudo teatro de los milagros y predicación del Salvador.

18. El sacerdocio.—El personal del culto estaba repartido en tres categorías: el Sumo Sacerdote, los sacerdotes y los levitas, pertenecientes todos a la familia o tribu de Leví, cuyos primogénitos eran consagrados al servicio divino; con la diferencia de ser los sacerdotes pertenecientes a la familia de *Aarón*, que fué el primer *Sumo Pontífice*, y por eso de su descendencia salían todos los que habían de sucederle en el cargo.

Hasta el tiempo de la dominación romana, el cargo era vitalicio, pero Herodes, con el consentimiento de Roma, determinó venderlo, por lo que desde entonces este cargo vino a ser venal.

En la época de Jesucristo era Sumo Sacerdote Caifás; Anás, su antecesor, había sido depuesto pero conservaba su influencia.

19. Ceremonial del culto.—Sobre este punto conviene tener alguna idea siquiera de tres cosas: primero, de los *actos del culto*; segundo, de las *fiestas y tiempos sagrados*; tercero, del *calendario religioso*.

1.° *Las ceremonias y actos del culto* de los judíos consistían principalmente en el ofrecimiento de los sacrificios y en la oración.

Sacrificios. Dos veces al día, por la mañana y por la tarde, se ofrecían en sacrificio, en el Altar de los Holocaustos, un cordero de un año, sin mancilla, acompañado de ofrendas de harina y libaciones de vino y aceite; era este el sacrificio perpetuo. Luego entraba el sacerdote en el Santo y quemaba los perfumes o granos de incienso en el altar de oro. Mientras duraban los sacrificios tañían las trompetas y el pueblo oraba en los atrios.

Oración. Además del sacrificio cotidiano, se ofrecían en holocausto dos corderos más en el Templo, y los fieles se reunían en las Sinagogas.

para orar, cantar y oír la instrucción doctrinal. La oración privada era también tenida en gran estimación, pues los verdaderos israelitas dignos de tal nombre no sólo rezaban mañana y tarde largas fórmulas de invocaciones y súplicas, sino que gustaban de rodear de oraciones todos sus actos.

2.° *Fiestas y tiempos sagrados.* La fiesta semanal de los judíos era la del sábado, día de descanso, que exigía la cesación completa del trabajo, impuesta en el Decálogo en memoria del descanso de Dios después de los seis días de la creación. Empezaba el viernes al ponerse el sol, para terminar el sábado a la misma hora, y no se podía caminar más de dos mil pasos; por lo que se llamaba a esta distancia «camino del sábado».

Durante el año se celebraban tres grandes solemnidades, fiestas solemnísimas, en las que los judíos estaban obligados a ir al Templo, y era la de la *Pascua,* la de *Pentecostés* y la de los *Tabernáculos.* La fiesta de la Pascua era la más solemne de las tres, que se celebraba en memoria de la salida de Egipto; en ella tenía lugar la *Cena pascual* con la inmolación del cordero por cada familia en el templo y las ceremonias prescritas en la ley; empezaba en la tarde del mes de Nisán (corresponde de mitad de marzo a mitad de abril).

3.° *Calendario religioso.* Los judíos distribuían el *día,* desde la salida hasta la puesta del sol, en cuatro partes iguales. *Hora de Prima,* que comprendía desde la salida del sol hasta las nueve; *Hora de Tercia,* desde las nueve hasta el mediodía; *Hora de Sexta,* desde el mediodía hasta las tres de la tarde; *Hora de Nona,* desde las tres de la tarde hasta ponerse el sol. La *noche* la distribuían también en otras cuatro partes, llamadas Vigilias.

20. Autoridades de la vida religiosa.—Las formaban principalmente el *Sanedrín* (o Gran Consejo), que se componía de 71 miembros de tres clases: Príncipes de los Sacerdotes, Escribas o Doctores de la Ley y Ancianos del pueblo.

a) *Los Príncipes de los Sacerdotes* eran, además del Sumo Pontífice en ejercicio, los Pontífices depuestos y los representantes de las veinticuatro clases de sacerdotes.

b) *Los Escribas o Doctores* eran los Maestros de Israel, los *rabinos* que explicaban la Ley, interpretándola cada cual a su modo, por lo que sus escuelas eran frecuentadas por numerosos discípulos.

c) *Los ancianos del pueblo* (llamados también *Príncipes del pueblo*, eran los jefes de familia, a quienes los judíos respetaban extraordinariamente, por lo que intervenían en todos los negocios de la nación.

El Sanedrín era presidido por el Sumo Sacerdote, que ejercía la autoridad doctrinal, judicial y administrativa.

21. Sectas judaicas.—Entre otras había dos sectas célebres que tenían grande influencia popular, la de los *fariseos* y la de los *saduceos*.

1.ª *Fariseos.*—Afectaban mucha observancia y regularidad de vida, que en realidad era sólo externa; la mayoría de ellos eran hipócritas, orgullosos, avarientos. Los fariseos fueron los más encarnizados enemigos de Jesucristo, y muchas veces consta en el Evangelio que el Salvador les reprochó su coducta con términos muy severos.

Estos eran los que, para oprobio de los sacerdotes de entonces, mucho más que éstos, dirigían la vida religiosa de Israel, y con su rigorismo estrecho hacían de la ley un yugo insoportable; éstos eran los guías indignos de aquel pueblo, los que en la época de Jesús «se sentaban en la cátedra de Moisés». A esta secta pertenecían casi todos los escribas y Doctores de la Ley.

2.ª *Saduceos.*—Eran enemigos acérrimos de los fariseos así en política como en religión. Negaban la vida futura y gozaban plenamente de los placeres sensuales que los embrutecía. Estos eran a quienes el Precursor llamaba «raza de víboras, porque eran hombres llenos de veneno y malicia; duros y crueles, se gozaban en disputar y contradecir. A esta secta pertenecían la mayor parte de los sacerdotes de aquella época.

22. Vista de conjunto de la situación política y religiosa del pueblo judío en tiempo de Jesucristo.—*Bajo el aspecto político* de la masa de los judíos, en general, ya lo hemos visto; un pueblo caído de su grandeza, que había perdido la mayor parte de sus derechos, y lo que es más, el cetro de Israel; encontrándose por ello sujetos a los romanos, que los despreciaban, y obligados a aceptar como rey a un extranjero, al idumeo Herodes.

Bajo el aspecto religioso el estado de este pueblo, era también muy deficiente y decaído.

Ciertamente celebraban con regularidad los sábados y fiestas y asistían a los ejercicios del culto en las sinagogas; acudían a Jerusalén en los tiempos anuales prescritos por la ley, y diariamente acudían muchos de ellos a adorar a Dios en su templo; cada día se ofrecían los sacrificios mañana y tarde. No olvidaban la oración privada ni los ayunos, pero el culto era para muchos una fría ostentación; la virtud la hacían consistir principalmente en practicar las minuciosas observancias, mientras que los dirigentes del pueblo eran en su mayor parte personas viciosas, soberbias, entregadas al disfrute de los placeres, de la gloria humana, de las riquezas.

Mas en cuanto a su fe y esperanza, hay que reconocer que no eran indiferentes; todos sin excepción, esperaban con ansias y llenos de fe al Mesías; pero no un Mesías tal como le anunciaban los Profetas, pobre, humilde, que había de ser la víctima inmolada por la salvación del mundo; sino un Mesías como ellos se lo habían imaginado, temporal y terreno, que había de reconquistarles sus glorias antiguas y grandezas temporales.

La vida de N. S. Jesucristo la dividimos en cuatro partes:
VIDA OCULTA: desde su nacimiento hasta los treinta años.
VIDA PUBLICA: el tiempo de su predicación evangélica.
VIDA DOLOROSA: pasión y muerte.
VIDA GLORIOSA: resurrección y glorificación.

PARTE PRIMERA

VIDA OCULTA DE JESUS

LECCION 4.ª

HECHOS PREVIOS AL NACIMIENTO DE JESUS

SUMARIO: 23. Anunciación y concepción del Bautista.—24. Anunciación y Encarnación del Verbo.—25. La Visitación de María a Santa Isabel.—26. Nacimiento del Precursor.—27. Quén era la Virgen María.

23. Anunciación y concepción del Precursor.—La historia de Jesucristo comienza en Jerusalén, en el interior del Templo y durante uno de los actos más solemnes del culto, con el *anuncio del nacimiento* del Precursor, donde se nos refiere cómo el Arcángel San Gabriel anunció a Zacarías que su esposa Isabel tendría un hijo, a quien habrían de poner por nombre Juan.

NARRACIÓN.—En tiempo de Herodes (el Grande), rey de Judea, vivía en una de las ciudades de las montañas de Judá un sacerdote llamado *Zacarías,* de la clase sacerdotal de Abías, cuya mujer era de las hijas de Aarón y se llamaba *Isabel.* Ambos eran justos ante Dios, guardando todos los mandamientos y leyes del Señor irreprochablemente. Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos de avanzada edad.

Y aconteció que ejerciendo Zacarías sus funciones de sacerdote delante de Dios, según el orden de su turno, tocóle en suerte, según la costumbre establecida, entrar en el templo del Señor para ofrecer incienso. Y toda la multitud del pueblo estaba fuera, orando a la hora del incienso.

Entonces se le apareció a Zacarías un ángel del Señor (era el arcángel San Gabriel), en pie, a la derecha del altar del incienso. Turbóse Zacarías al verle, y quedó sobrecogido de espanto. Mas el ángel le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Isabel dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre *Juan*; el cual será para ti objeto de gozo y alegría, y muchos se regocijarán en su nacimiento, porque será grande delante del Señor».

Y Zacarías dijo al ángel: «¿Cómo conoceré yo esto?» El ángel le respondió así: «Yo soy *Gabriel*, que asisto al trono de Dios, y he sido enviado a anunciarte esta feliz nueva. Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, por cuanto no has creído a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo». Entre tanto estaba el pueblo esperando a Zacarías, y se maravillaban de que se detuviese tanto en el templo. Y habiendo salido, no podía hablarles palabra, de donde comprendieron que había tenido en el Templo alguna visión. Y procuraba explicarse por señas y permaneció mudo. (Luc., I, 5-25).

24. **Anunciación y Encarnación del Verbo.**—Habían transcurrido las setenta *semanas* en que el Arcángel Gabriel había presagiado a Daniel en Jerusalén se cumpliría el gran acontecimiento de la redención del hombre por Jesucristo, y el mismo mensajero celestial, cumpliendo su misión altísima, anuncia ahora a la Virgen María, a los seis meses de haber sido concebido el futuro Precursor del Señor, su elección para Madre del Mesías, teniendo entonces lugar la ejecución del gran misterio de la Encarnación que servirá de base al majestuoso edificio de la fe cristiana.

NARRACIÓN.—En el sexto mes después de esto, fué enviado por Dios el Angel Gabriel a *Nazaret*, ciudad de Galilea, a una *virgen* desposada con un varón llamado *José* de la casa de David, y el nombre de la virgen era *María*. Y habiendo entrado el Angel a donde ella estaba, la dijo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.*

Al oír estas palabras la Virgen se turbó, y púsose a considerar qué significaría una tal salutación. Pero el Angel la dijo: «No temas, María porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre JESUS; éste será grande y será reconocido por Hijo del Altísimo y Dios le dará el trono de David, y su reino será eterno».

La Virgen debió quedar sobrecogida ante la inaudita proposición de ser escogida para madre de Dios, pero sin salir de su humilde sencillez y prudencia expresó simplemente al Angel: «¿Cómo podrán realizarse en mí esas maravillas que me anuncias?». Entonces el Angel la tranquilizó diciendo: «El Espíritu Santo vendra sobre ti y su virtud te cubrirá con su sombra; y por eso el hijo que de ti nacerá será el *Santo, el Hijo de Dios*. Y he aquí que Isabel, tu pariente, en su vejez ha concebido también un hijo, y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes; porque para Dios no hay nada imposible». Entonces dijo María: *He aquí la esclava del Señor, Hágase en mí según tu palabra.* Y en seguida el Angel se retiró de su presencia (Luc., I, 26-38).

En aquel mismo instante el *Verbo de Dios* bajó de los cielos y tomó carne por obra y gracia del Espíritu Santo, y SE HIZO HOMBRE, y la Virgen María en su retiro, con un acto sublime de fe, de adoración y de amor adoró al Verbo que descendió a su purísimo seno.

25. **La Visitación de María a Santa Isabel.**—Después de la embajada del Angel nos refiere San Lucas cómo María visitó a su prima Santa Isabel y lo que en ella obró el Espíritu Santo. Este nuevo cuadro forma un delicado lazo de unión entre las dos anunciaciones y las dos santas natividades: la del Precursor y la del Mesías Redentor.

Como la Virgen María sabía por el Arcángel lo acaecido con su prima Isabel, se trasladó presurosa a su casa y la saludó. Apenas oyó Isabel el saludo de María, el niño dió saltos en su seno, y fué llena Isabel del Espíritu Santo, y exclamando en alta voz, dijo: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.* ¿De dónde a mí tanta dicha que venga *la madre de mi Señor* a visitarme? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo el niño en mi seno. ¡Bienaventurada tú que han creído, porque tendrá cumplimiento lo que te fué dicho de parte del Señor! (Luc., I, 39-45).

Al oír María tales alabanzas, llena de agradecimiento a Dios, pronunció el sublime cántico del *Magnificat*.

«Mi alma glorifica al Señor—y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador;—porque miró la bajeza de su esclava;—pues ya desde ahora me llamarán bienaventuradas todas las generaciones...» (Luc., I, 46-56).

Aparece aquí atestiguada la divinidad de Jesucristo, y singularmente la *Maternidad divina de María*, llamando Isabel (y por ella el Espíritu Santo) a María con la incomparable dignidad de *Madre de Dios*, porque de ella nacerá Jesucristo, que es Dios; dignidad casi infinita que supera todo el orden criado.

26. **Natividad del Precursor.**—En la concepción del Precursor ha intervenido la divina Providencia de un modo especial, lo mismo será su nacimiento, verdaderamente inesperado, en el que será imposible no reconocer la intervención divina.

NARRACIÓN.—Entre tanto le llegó a Isabel el tiempo de su alumbramiento y dió a luz un hijo. Supieron sus vecinos y parientes la gran misericordia de Dios para con ella, y todos la felicitaban. El día octavo vinieron a la circuncisión del niño y opinaban que debía imponérsele el nombre de su padre. Pero la madre dijo: «De ningún modo, sino que se ha de llamar Juan». Dijéronle: «Nadie hay en tu parentela que tenga ese nombre». Entonces preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se llamase. Y él pidiendo una tableta escribió en ella: *Juan* es su nombre. Lo que llenó a todos de admiración. Al instante recobró el habla y uso de la lengua, y empezó a hablar bendiciendo al Señor.

Y el niño iba creciendo y se fortalecía en el espíritu, y habitó en los desiertos hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel (Luc., I, 57-80).

Juan moró como solitario en el desierto todo el tiempo de su juventud hasta los treinta años, sirviendo a Dios en ayunos, oración y contemplación, creciendo cada día en gracia y en virtud. Para continuar por tanto tiempo una vida de tanta austeridad era necesaria una grande fortaleza, que le fué concedida del cielo; y así pasando su juventud en una vida toda *angelical e inocente*, se habilitó para predicar dignamente la penitencia y preparar los caminos del Señor. ¡Dichosos los jóvenes que pasan sus días en la inocencia y en la piedad!

27. Quién era la Virgen María.—Poco dicen los Evangelios acerca de la vida de la Santísima Virgen, y muy poco antes del Nacimiento de Jesucristo. Por tradición se sabe que fué hija de *San Joaquín*, que según la Sagrada Escritura, descendía de la real familia de David, y de *Santa Ana*, procedente también de la misma estirpe y de la sacerdotal de Aarón. Ambos vivían en Jerusalén, donde parece que nació la bienaventurada Virgen.

a) *Es la Santísima Virgen María* una celestial señora, llena de gracia y virtudes, la más santa que ha habido ni habrá en el mundo, concebida sin pecado original desde el primer instante de su ser natural, y enriquecida con otros singulares dones y gracias por haber sido elegida desde la eternidad para ser Madre de Dios.

b) *Su natividad* se celebra el día 8 de setiembre. Cuando aun tenía tres años la ofrecieron sus padres al Señor para el servicio del Templo, y allí llevó unan vida angelical y santísima, dedicada a la oración, lectura y meditación y a los trabajos y ocupaciones del servicio del Templo. Fué la primera que, impulsada por el Espíritu Santo, se consagró a Dios con voto perpetuo de virginidad.

LECCION 5.ª

NACIMIENTO DE JESUCRISTO Y HECHOS QUE LE SIGUIERON

SUMARIO: 28. Nacimiento del Mesías.—29. Anuncio a los pastores.—30. La Circuncisión.—31. El nombre de Jesús.—32. La Purificación de María y Presentación de Jesús en el templo.—33. Episodio de Simeón.

28. Nacimiento del Mesías.—San Lucas escribe con sencillez encantadora el episodio del Nacimiento del Salvador, y anuncia un dato histórico y cronológico a la vez, que puede servir de fecha general para determinar la época del nacimiento del Mesías.

NARRACIÓN.—Aconteció que en aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, mandando que se inscribiese (en el registro público) todo el orbe (es decir, todo el imperio romano). Este primer empadronamiento fué hecho siendo Quirino gobernador de la Siria; por lo que iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad (al lugar de origen de su familia).

Mas como *José* era de la casa y ciudad de David, vino de Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada *Belén*, en Judea, para empadronarse con *María*, su esposa, la cual veía ya cercana su hora.

Y estando allí legó la hora de María, la cual dió a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le recostó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada (Lucas, II, 1-7).

a) El nacimiento de Jesucristo fué milagroso, como lo fué su encarnación, saliendo del purísimo vientre de María, sin detrimento de su Virginidad, «a la manera que el rayo del sol sale por un cristal, sin romperle ni mancharle». Y después de nacido, quedó su madre *virgen perpetuamente*, como lo era antes; virgen purísima antes del parto, en el parto y después del parto.

b) Sobre este milagro de los milagros no hace ninguna reflexión el Evangelista San Lucas, ni se esfuerza en ponderar la pobreza y el

abandono del Rey de reyes y Señor de los señores, hecho niño pequeñito; porque tales fueron los *tres compañeros* que han de ser inseparables de Jesús durante toda su vida; la *pobreza*, las *humillaciones* y el *dolor*. Conténtase el Evangelitas con poner ante nuestros ojos al Hijo de Dios e Hijo de la Virgen, revestido de los más sublimes encantos, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Razón tenía San Agustín para decir que este Nacimiento todo es escuela de humildad y todo aquí nos da una lección sublime de esta fundamental virtud. Para todos había albergue en las posadas... Sólo para el Hijo de Dios no había hospitalidad. Era la primera humillación, el primer desdén que Jesús recibía en este mundo y le recibía de los suyos.

29. El anuncio de los pastores.—Nadie sospechaba en Belén, ni menos en Jerusalén, ni mucho menos en Roma y en Atenas, que en aquella noche se había realizado el mayor acontecimiento que registra la historia de la humanidad: el nacimiento del Mesías.

Sin embargo, no quiso el Eterno Padre que su Hijo Unigénito, humillado y abatido allí en Belén por amor nuestro, permaneciese entonces sin más testigos ni adoradores que su madre y padre adoptivo.

Los ángeles, por mandato suyo, como lo expresa San Pablo, todos le adoraron. Y los primeros entre los hombres a quienes quiso llamar, no fueron los grandes de Israel, ni los sabios, ni los poderosos; sino los humildes pastores, pertenecientes sin duda a aquella porción escogida del judaísmo que esperaba con fe viva y ardientes deseos la venida del Salvador (Luc., II, 8-20).

30. La circuncisión.—Dios, al prometer a Abraham que de su descendencia nacería el Salvador, y al escoger un nuevo pueblo, mandó que todos los varones que quisiesen pertenecer a este su pueblo (al pueblo de Dios), recibiesen en su cuerpo una marca sangrienta.

La ley de Moisés ordenaba que todos los recién nacidos de Israel fuesen circuncidados al octavo día de su nacimiento, y entonces se les imponía el nombre.

NARRACIÓN.—A los ocho días de su nacimiento, dice San Lucas, *fué circuncidado* el divino Niño, conforme a la prescripción de la Ley y recibió el santísimo nombre de *Jesús*, nombre glorio-

sísimo que el Angel había indicado antes de que fuera concebido (Luc., II, 21).

Jesucristo no estaba obligado, como se ve, a esta ceremonia; pero quiso someterse a toda la ley antigua, para darnos ejemplo de perfecta obediencia.

31. **El nombre de Jesús.**—El nombre le solían imponer los israelitas en la Circuncisión, como nosotros en el Bautismo.

El nombre de *Jesús* es un nombre muy glorioso, el más excelente y el mejor que ningún otro corresponde al Verbo Encarnado. Es el nombre personal y propio del Verbo: nombre traído del cielo por el Arcángel San Gabriel cuando anunció a la Virgen el misterio de la Encarnación; nombre que se le dió en recompensa de su humanidad; nombre que encierra en sí toda la excelencia de Jesucristo, y expresa todos sus oficios y todas sus virtudes y toda su vida, porque él es Dios Salvador o Dios salud.

Al nombre de *Jesús* se añade *Cristo*, que es el nombre oficial por su dignidad mesiánica. Con este nombre se le esperaba en el Antiguo Testamento; pues el Mesías Redentor sería *el Cristo*, es decir, el Ungido del Señor, como Sacerdote sumo, Profeta magno y Rey de reyes.

32. **Purificación de María y Presentación de Jesús en el Templo.**—Por la *ley de la Purificación* se ordenaba que la mujer que diese a luz un varón el cuadragésimo día del nacimiento fuese al Templo a purificarse de la mancha legal contraída, pues entre tanto debería estar recogida en su casa como inmunda; para lo cual ofrecería por su pecado un cordero y una tórtola; y si era pobre, un par de tórtolas o palominos, pidiendo al sacerdote que rogase a Dios por ella (Lev. XII, 1-8).

Mandaba también la ley que todos los primogénitos de los hebreos fuesen *ofrecidos y consagrados a Dios*, en memoria y gratitud de haber sido preservados los primogénitos de Israel de la muerte, cuando fueron muertos todos los primogénitos de los egipcios. Eran después rescatados por cinco siclos (equivalentes a unas diez pesetas, poco más o menos), que luego pagaban por

sus hijos primogénitos los padres hebreos o israelitas; de esa manera adquirían el derecho de tenerlos por suyos (Ex. XIII, 1-3; Lev. XXVII, 6; Núm. III, 47).

Llegado el día de la Purificación de María, a los cuarenta días del Nacimiento, y para cumplir la ley de Moisés, la Virgen y San José llevaron el Niño al templo de Jerusalén para presentarle al Señor; pues en la Ley está escrito: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor» (Ex. XIII, 2-12). Luego ofrecieron en sacrificio dos tórtolas o palominos, como estaba prescrito por la ley de los pobres, y dieron cinco siclos en rescate por el Niño (Luc., II, 22-24).

A María *no la comprendía la ley de la Purificación*, porque fué madre por obra y gracia del Espíritu Santo, sin detrimento de su virginidad, y por lo tanto, no pudo contraer ninguna impureza legal. Sin embargo, se sometió a dicha ley para demostrar el amor que tenía a todo lo que ordenaba la Ley, y para evitar el escándalo de los judíos, que ignoraban el gran misterio obrado en ella.

33. El episodio de Simeón.—En el mismo día y hora de la Presentación de Jesús en el Templo ocurrió una escena toda llena de emoción, en la que un anciano, por revelación del Espíritu Santo, reconoce en aquel niño al Mesías Redentor, y pronostica los destinos gloriosos y dolorosos del niño y de su madre.

NARRACIÓN.—Había a la sazón en Jerusalén un anciano, justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba lleno de anhelo ver al Salvador; porque le fué revelado por el Espíritu Santo, que moraba en él, que no moriría antes de ver al *Ungido del Señor*. Cuando María y José entraron con el Niño en el templo, Simeón iluminado con luz del cielo reconoció en él al Salvador prometido, y tomando al divino Niño en sus brazos, bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, ya puedo morir en paz; porque según tu promesa, ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado; al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine a los gentiles, y sea la gloria de tu pueblo de Israel».

María y José quedaron sobrecogidos de admiración al oír estas palabras proféticas de aquel anciano desconocido, por las manifestaciones tan milagrosas que Dios iba asociando a cada uno de los misterios de la infancia de Jesús (Luc., II, 25-33).

Y prosiguió Simeón profetizando los destinos del recién nacido y el dolor que había de atravesar como una espada el corazón de su Madre en la Pasión, diciendo: «*He aquí que este Niño está constituido para ruina y para resurrección* de muchos de Israel, y para ser el blanco de la contradicción; y una *espada traspasará tu propia alma*, a fin de que sean descubiertos los pensamientos ocultos en los corazones de muchos» (Luc., II, 34-35).

LECCION 6.ª

LA ADORACION DE LOS MAGOS Y SUCESOS POSTERIORES

SUMARIO: 34. Adoración de los Magos.—35. Degollación de los inocentes.—36. Huida de la Sagrada Familia a Egipto.—37. Jesús en el Templo a los doce años.—38. Vida oculta en Nazaret.—39. Jesús, modelo de la vida privada.

34. Venida, adoración y regreso de los Magos. — Fueron María y José y los ángeles los primeros adoradores de Jesús, y después los pastores que representaron a todos los verdaderos israelitas; entra ahora en los designios de la Providencia, según la profecía de Simeón, que el mundo pagano desde aquel momento tenga también sus representantes adoradores: éstos son los Magos, sabios de Oriente, que acuden de aquellas lejanas tierras a la ciudad de David como primicias de la gentilidad.

NARRACIÓN.—Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempo del rey Herodes, he aquí que unos sabios vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: «¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque nosotros vimos en Oriente su es-

trella y venimos a adorarle». Oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalén con él. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo. A lo cual ellos respondieron: «En Belén, de Judá, porque así está escrito por el Profeta (Miqueas): Y tú, Belén, en la tierra de Judá, no eres la menor entre los principados de Judá, porque de ti ha de nacer el caudillo que rija mi pueblo de Israel».

Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que les apareció la estrella. Y encaminándoles a Belén, les dijo: «Id, e informaos bien del Niño, y cuando le hubiéreis hallado, dadme aviso, para ir yo también a adorarle».

Luego que oyeron esto al rey, se fueron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que se paró sobre el sitio en que estaba el Niño; y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera. Y entrando en la casa, *hallaron al Niño con María, su madre*, y postrándose le adoraron; y abriendo sus cofres, le ofrecieron presentes de *oro, incienso* y *mirra*. Y habiendo recibido en sueños un aviso del cielo para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino (Mat., II, 1-12).

Cuándo tuvo lugar la visita y adoración de los Magos, no se sabe con exactitud. Algunos exégetas bíblicos suponen con sólido fundamento, que fué un año después del nacimiento del Salvador, por lo menos (casi puede darse por cierto) *después de la Presentación* en el Templo, en cuya época parece que ya estaba instalada la Sagrada Familia en una humilde casita de Belén, hasta que recibieron la orden del Angel de huir a Egipto.

35. Degollación de los Inocentes.—Viendo Herodes que no volvían los Magos, como él les había encargado, lleno de furor mandó matar a todos los niños de dos años abajo, que hubiese en Belén y su comarca, por temor de que este nuevo rey que había nacido a los judíos le despojase de la corona; esperando que así habría de quedar envuelto en la matanza aquel niño que le infundía tanto recelo.

Entonces se cumplió lo que había predicho Jeremías, cuando dijo: «Se han oído allá en lo alto voces de lamentos, de luto y de gemidos: son de Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque no existen» (Jer., XXXI, 15; Mat., II, 16-18).

36. **Huída a Egipto de la Sagrada Familia y regreso a Nazaret.**—El Mesías no quería ni debía morir antes del tiempo determinado; cerníase un inminente peligro sobre él, y ahora se verá cómo no fué abandonado a la crueldad de Herodes.

NARRACIÓN.—Después de la partida de los Magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José diciéndole: «Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle». José se levantó al punto, y aquella misma noche huyó a Egipto con el Niño y su Madre, donde permanecieron hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por boca del Profeta: «Yo llamé de Egipto a mi hijo».

Después de muerto Herodes, recibido nuevo aviso del cielo, la Sagrada Familia regresa del destierro a su patria, yendo a establecerse a Nazaret. Allí vivió Jesús con sus padres, como cualquier otro hijo de los hombres, de donde le vino el nombre de Jesús de Nazaret (Mat., II, 13-23).

37. **Jesús en el Templo a los doce años.**—Mandaba la Ley Mosaica que todos los varones hiciesen tres peregrinaciones cada año al templo de Jerusalén, con ocasión de las solemnes fiestas de Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos (Deut. XVI, 16).

Con ocasión, pues, de esta gran solemnidad acudían a Jerusalén millares y millares de fieles de todas partes, aun de los lugares más lejanos de Palestina. Jesús había cumplido los doce años, y por consiguiente se hallaba ya en posesión de todos los derechos de ciudadanía; era ya, como entonces se decía, «hijo de la ley».

NARRACIÓN.—He aquí el relato del Evangelista San Lucas.

Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el niño ya de doce años cumplidos,

habiendo subido a Jerusalén según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien persuadidos de que venía con algunos de los de su comitiva, le buscaron entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, tornaron a Jerusalén en busca suya. Y después de tres días de haberle perdido, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y haciéndoles preguntas. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados; y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo te hemos buscado llenos de aflicción». Y él les respondió: «¿Cómo es que me buscabáis? No sabíais que *yo debo emplearme en las cosas que miran a mi Padre*?» Mas ellos no comprendieron por entonces el sentido de la respuesta.

Después volvió Jesús con ellos a Nazaret; allí *estuvo sujeto a ellos* con entera obediencia hasta los treinta años (Luc., II, 41-52).

En este hecho quiso Jesucristo especialmente darnos un grande ejemplo de seguir el llamamiento de Dios en todas las circunstancias. Pues nos enseña a corresponder a la voluntad de Dios enteramente, y a vencer para ello generosamente todas las dificultades que se opongan al cumplimiento de la voluntad divina, de la llamada de Dios. A los padres, cuando él les pida sus hijos, a no regatearselos; a los hijos, a corresponder a la vocación, cuando se sintieren llamados por Dios. Por eso Jesús ejecuta esa acción misteriosa en su juventud, porque a la juventud generalmente toca la obligación de elegir estado.

38. Vida oculta en Nazaret hasta los treinta años.—La vida oculta de Jesús hasta la edad de treinta años, es sumamente encantadora y llena de misterios y profundas enseñanzas. Las condensa el Santo Evangelio en muy pocas palabras:

a) Que «*les estaba sujeto*», es decir, obedeciendo en todo a José y a María, para darnos ejemplo del respeto y obediencia que debemos a nuestros padres; no obstante ser él soberanamente independiente, y sobrepujando infinitamente en luces y santidad a José y a María, que no tienen ni pueden tener sino de él la santidad y las luces que ellos tienen.

b) Que entre tanto «*crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres*». Quiere decir esto que los rayos de la sabiduría y de la gracia, de que tenía en sí mismo el principio y vivía en él, se mostraban y descubrían más y más cada día con los progresos de la edad, tanto por lo que mira al servicio de Dios, su Padre, como a la conducta que tenía con los hombres (Luc., II, 51-52).

39. **Jesús, nuestro modelo en la vida privada.**—Uno de los principales motivos que movieron al Señor a escoger esta vida de obediencia, de humildad, de trabajo, de continuas privaciones, y durante un tiempo tan largo, fué porque quería ser en todo *el modelo y ejemplar de vida cristiana*. Con este fin «ejerció el humilde oficio de artesano» (Mat., VI, 3), soportando penalidades y cansancio, encalleciendo sus divinas manos con el manejo de duras herramientas, ganando el pan de cada día con el sudor de su rostro para darnos ejemplo de laboriosidad y humildad.

No hay que perder de vista que Jesucristo no vino solamente a redimirnos y salvarnos con el precio de su sangre, sino también a darnos ejemplo y a ser nuestro modelo en todos los estados. Pero en su vida oculta es donde nos da el ejemplo admirable de vida cristiana ordinaria, es donde pone los cimientos de todo progreso individual y social, de todo bienestar privado y público, puesto que nuestro progreso y bienestar tienen por base la obediencia, la humildad, el trabajo y el cumplimiento de nuestros deberes.

Por eso Jesucristo, antes de predicar el Evangelio, quiso practicarlo en sí mismo. Así se cumplió lo que predijo de él Isaías, que sería «*el Dios escondido y Salvador nuestro*» (XLV, 15).

PARTE SEGUNDA

VIDA PUBLICA DE JESUS

Comprende la vida pública de Jesús todo el tiempo que dedicó a la predicación del Evangelio.

He aquí, en síntesis, los hechos más importantes ocurridos en cada uno de estos tres años:

Año primero.—Después de un período preparatorio, que comprende desde la aparición del Precursor y el Bautismo de Jesús hasta el primer milagro en Caná de Galilea, abarca: el principio de la predicación de Jesús en Judea y los hechos allí ocurridos durante su estancia en Jerusalén, siguen los comienzos de su ministerio mesiánico en Galilea y la vocación definitiva de los Apóstoles y diversos milagros.

Año segundo.—Nuevamente en Jerusalén y en Galilea; institución del Colegio apostólico; sermón de la montaña y hechos posteriores; excursiones evangélicas por Galilea; parábolas del reino de Dios; diversos milagros y otros sucesos; promesa de la Eucaristía.

Año tercero.—Jesús sigue en Galilea; de allí da una vuelta rápida por Fenicia, Decápolis y Cesárea; hechos diversos de nuevo en Galilea y Judea e importantes milagros; nuevas enseñanzas de Jesús y diversas parábolas; evangelización de Perea; cima gloriosa de su vida pública.

LECCION 7.ª

ESTUDIO GENERAL DE LA VIDA PUBLICA DE JESUCRISTO

SUMARIO: 40. Enumeración de los hechos principales.—41. Predicación evangélica.—42. Formación del Colegio apostólico.—43. Milagros que hizo Jesucristo.—44. Misericordia de Jesús con los pecadores.

40. Enumeración de los hechos principales.—La vida pública de Nuestro Señor Jesucristo comprende todo el tiempo que dedicó a la predicación del Evangelio, y duró como unos tres años; éstos se cuentan de pascua a pascua, según se deduce del texto evangélico, principalmente del evangelio de San Juan, que habla de las tres pascuas sucesivas que tuvieron lugar durante el ministerio público de Jesucristo.

Los hechos más salientes vistos de conjunto de la vida pública de Jesucristo son los siguientes:

1.° La predicación de su doctrina por los pueblos y ciudades de Palestina.

2.° La formación de su Iglesia.

3.° La multitud de milagros que hizo para atestiguar su divinidad y probar que él era el verdadero Mesías prometido y esperado.

4.° La demostración, finalmente, de su misericordia y bondad en favor de los pecadores.

41. Predicación evangélica.—La principal labor de Jesucristo durante los tres años de su vida pública fué la predicación de la *doctrina evangélica,* o sea de la *buena nueva* o Reino de Dios, esperada desde la caída del hombre.

Los lugares donde predicaba, aunque como lugar especialmente escogido de su predicación eligió los pueblos que rodeaban el lago de Genesaret, Cafarnaún, Tiberiades y Betsaida; sin embargo recorrió todos los pueblos y ciudades de la Palestina, desde Jerusalén hasta Nazaret y desde Samaria hasta los confines de Tiro y Sidón, sin fijar la residencia en ninguna parte y hospedándose indiferentemente en casa de los pobres o de los ricos que le ofrecían hospitalidad.

Doctrina que predicaba. La doctrina que Jesucristo predicaba versaba por lo general sobre el Reino de Dios; porque él era el Rey anunciado por los Profetas, que venía a establecer el reino espiritual y de las almas en el mundo; no un reino temporal, como groseramente lo habían imaginado los judíos. Se aprovechaba de todas las circunstancias para hacer penetrar su salvadora doctrina en las inteligencias y en los corazones de las turbas que entusiasmadas le escuchaban; y hablaba con un lenguaje tan encantador y divino, que llegaban a decir: «Jamás hombre alguno ha hablado tan divinamente como este hombre» (Juan, VII, 46).

Objeto de sus divinas enseñanzas son los misterios de la Santísima Trinidad y la misión suya divina, aunque debido a la sublimidad de la materia y mala preparación del auditorio tiene que proceder de un modo gradual; la providencia divina, la confianza en Dios y la oración del Padre nuestro, el amor a Dios y al prójimo; la salvación del alma, el fin del mundo, el juicio de Dios y las penas eternas. Y mostrándose a veces como legislador supremo, explicaba y aun cambiaba los preceptos de la ley mosaica. Además, para aclarar y explicar mejor su doctrina, se valía de parábolas.

42. Formación de su Iglesia.—Una de las principales intenciones que Jesucristo tuvo durante su vida evangélica era *la formación de su Iglesia*, la cual habría de constituir su reino espiritual hasta la consumación de los siglos.

Para su fundamento escogió doce hombres, que llamó *Apóstoles*, es decir, enviados, que fueron testigos inmediatos de su doctrina y milagros, a los cuales instruyó y dedicó especiales cuidados; porque los había de enviar después por el universo mundo,

con su misma misión divina y plenos poderes del cielo, a predicar el Evangelio a toda criatura y aplicar los frutos de su redención a las almas.

1. *Durante el primer año*, después de sus primeras predicaciones, fué Jesucristo escogiendo de entre los que le seguían con mayor constancia a sus doce Apóstoles, número simbolizado diez y siete siglos antes en los doce príncipes y patriarcas de Israel, llamándoles o atrayéndoles interiormente en diferentes ocasiones y circunstancias, para formarlos e instruirlos en su escuela y hacerlos aptos para la misión a que iba a destinarlos: la de la conversión del mundo y la salvación de los hombres. Al efecto, quiere que anden constantemente en su compañía, que sean testigos oculares de sus milagros y escuchen de sus divinos labios la doctrina de vida que habían de propagar y predicar después ellos mismos a los hombres.

2. *Ya en el segundo año* completó Jesucristo su obra, eligiendo definitivamente de entre sus discípulos que le seguían los *doce* que habían de constituir el sagrado Colegio Apostólico, revelándose a la vez la base y la forma jerárquica que habría de tener la santa Iglesia destinada a perpetuar su misión entre los hombres.

43. Milagros que hizo Jesucristo.—Durante el curso de los tres años que duró su vida pública, hizo Jesucristo innumerables milagros, ora en testimonio de su divina misión y para confirmar la verdad de su palabra y doctrina, ora también para demostrar su bondad con los pobres y los necesitados.

Entre los milagros pueden citarse como muy principales: la conversión del agua en vino en las Bodas de Caná de Galilea; la multiplicación de los panes en el desierto, para alimentar a millares de hombres, mujeres y niños; la expulsión del demonio del cuerpo de los posesos; la cesación inmediata de la tempestad en el lago de Genesaret ante el imperio de una sola palabra; el caminar sobre las olas del mar; la curación de muchísimos enfermos, con una sola palabra o con el simple tacto de su mano; la resurrección de tres muertos, que fueron: el hijo de la viuda de Naín, la hija de Jairo y Lázaro, muerto hacía cuatro días y ya sepultado.

Todos estos milagros, y otros muchísimos, se citan con todos sus pormenores en casi todas las páginas de los Santos Evangelios.

44. Misericordia de Jesús con los pecadores.—La obra por excelencia de Jesucristo durante estos tres años fué el ejercicio de su misericordia en favor de los pecadores que se arrepentían, haciendo ver con palabras y con hechos la misión de misericordia que le traía a este mundo, *como lo prueban*:

1.° *Las muchas oraciones* que hacía con este fin; pues al devolver la salud del cuerpo devolvía a la vez la vida del alma con estas palabras: «Tus pecados te son perdonados; vete en paz y no quieras pecar más» (Mat., IX, 6; Luc., VII, 50; VIII, 48).

2.° *La amabilidad* con que siempre recibía a los pecadores, visitándolos también en sus casas, y algunas veces hasta se sentaba a comer a su mesa; por cuya causa acusábanle los fariseos, sus enemigos, a quienes les respondía diciendo que «no había venido a buscar a los justos, sino a los pecadores; porque no necesitan de médico los que están sanos, sino los enfermos» (Mat., IX, 13; Marc., II, 17).

3.° *La manera misericordiosa* con que trataba a los pecadores convertidos, como lo testifican la Magdalena, la mujer adúltera, la Samaritana, Zaqueo, etc.; y las parábolas del Buen Pastor, de la oveja extraviada, de la dracma perdida, del hijo pródigo, etc.

Con los pecadores endurecidos, en cambio, sobre todo con los hipócritas, con los escribas y los fariseos, mostrábase Jesucristo rígido y enérgico, reprendiéndoles sus maldades, y arrancándoles la careta con que cubrían su desmedido orgullo e infames vicios, como puede verse en el Evangelio de San Marcos (XII, 38-40), de San Lucas (XX, 45-47); y sobre todo en el de San Mateo (cap. XXIII), donde se exponen los gravísimos cargos y fuertes reprensiones de Jesucristo contra la soberbia y mala conducta y costumbres corrompidas de los Fariseos y Doctores de la ley (CR., 1.°, núm. 180).

AÑO PRIMERO DE LA VIDA PUBLICA

LECCION 8.ª

PRIMEROS HECHOS DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

SUMARIO: 45. Aparición del Precursor.—46. Bautismo de Jesús.—47. Ayuno y triple tentación de Jesús en el desierto.—48. Los primeros discípulos de Jesús.—49. Primer milagro en las bodas de Caná de Galilea.

45. Aparición del Precursor.—Antes de exponer el Evangelio el ministerio del mensajero de Cristo, menciona en términos solemnísimos el tiempo de su aparición.

Como se acercase el tiempo en que Jesús había de manifestarse en público como Redentor del mundo, el año 15 del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilatos gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea y Perea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconitis, y Lisanias tetrarca de Abiline, siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, *vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto.*

Una vez llegado ese momento, levántase Juan y va por toda la ribera del Jordán predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados. Hizo su aparición como está escrito en el libro de las palabras de Isaías profeta: «He aquí que envío yo mi ángel delante de tu faz, el cual preparará tu camino de-

lante de ti (Mat., III, 1): La voz que clama en el desierto preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; y verán todos los hombres la gloria del Señor». Y clamaba Juan a las turbas que le oían y seguían por las márgenes del Jordán: «*Haced penitencia, porque está cerca el reino de Dios*».

Traía Juan un vestido de pelos de camello y un cinto de cuero a sus lomos. y su comida era langosta y miel silvestre. Y acudía a él todo el país de Judea y todas las gentes de Jerusalén, y toda la ribera del Jordán; y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados (Mat., III, 1-12; Marc., I, 2-8; Luc., III, 1-8; Juan, I, 26-27).

El bautismo que predicaba Juan no era un sacramento que borrase los pecados ni diese la gracia, como nuestro Bautismo, sino un rito externo que disponía para la penitencia y el perdón de los pecados. Consistía en una inmersión en las aguas del Jordán.

46. Bautismo de Jesús.—El bautismo de Jesucristo tuvo por principal objeto una preparación inmediata para su vida pública, es decir, para el ejercicio de su misión divina como Mesías. No quiso el Salvador emprender su ministerio público sino después de una consagración solemne, la cual tuvo dos partes: primero *el bautismo,* que le da, por decirlo así, sus títulos oficiales, e inmediatamente después, *las tentaciones en el desierto,* en las que manifiesta su fortaleza de alma y su fidelidad.

NARRACIÓN.—Cuando Jesús hubo cumplido los treinta años, se despidió de su Madre santísima, y dejando a Nazaret de Galilea se encaminó al Jordán en busca del Bautista para ser por él bautizado y dar comienzo a su vida pública.

Empero Juan, que no le conocía de vista, fué interiormente iluminado en el momento mismo en que Jesús se disponía a bajar al río, y lleno de un profundo respeto, confesándose indigno de ello, se resistía diciendo: «Señor, yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» A lo que respondió Jesús diciendo: «Déjame hacer ahora lo que deseo, porque así nos conviene cumplir toda justicia». Entonces Juan condescendió con él y le bautizó.

Apenas fué bautizado el Señor, se abrieron los cielos y bajó el Espíritu Santo sobre Jesucristo en figura de paloma: al mismo tiempo oyóse una voz del cielo que resonó en todo el Jordán y que decía: «Este es mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias» (Mat., III, 13-17; Marc., I, 9-11; Luc., III, 21-23).

No tenía Jesucristo necesidad ninguna de ser bautizado, puesto que él era la santidad por esencia; pero quiso ser bautizado, entre otras razones, además de las indicadas arriba: 1.ª Para consagrar la misión del Bautista, sobre todo su bautismo, que era una figura del Bautismo cristiano. 2.ª Para darnos ejemplo de humildad, pues con este acto Jesús se anonadaba, apareciendo como pecador y nos enseñaba a aprovecharnos de todos los medios prescritos por Dios para nuestra salvación, como es hoy, después de la redención, el sacramento del Bautismo para toda la humanidad. 3.ª Para manifestarse con aquella ocasión ante el pueblo como verdadero Mesías e Hijo de Dios, e iniciar de una manera solemne y auténtica su misión divina.

47. Ayuno y triple tentación de Jesús en el desierto.— Jesucristo, después de haber sido bautizado, se retiró al desierto, al monte llamado de la Cuarentena, donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches, al cabo de los cuales permitió que el demonio le tentara.

Como hubiese, pues, ayunado cuarenta días y cuarenta noches después tuvo hambre. Acercándose entonces el tentador, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan». Mas Jesús le respondió: «Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» .

Después de esto le transportó el diablo a la santa ciudad de Jerusalén y, poniéndole sobre el pináculo del Templo, le dijo: «Si eres Hijo de Dios échate de aquí abajo, porque está escrito que te mandará sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra alguna piedra». Replicóle Jesús: «También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios».

Por fin le llevó el diablo a un monte muy elevado y, mostrándole todos los reinos del mundo, le dijo: «Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí, me adorares». Respondió entonces Jesús: «Vete de aquí, Satanás, porque está escrito: Ado-

lante de ti (Mat., III, 1): La voz que clama en el desierto preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; y verán todos los hombres la gloria del Señor». Y clamaba Juan a las turbas que le oían y seguían por las márgenes del Jordán: «*Haced penitencia, porque está cerca el reino de Dios*».

Traía Juan un vestido de pelos de camello y un cinto de cuero a sus lomos, y su comida era langosta y miel silvestre. Y acudía a él todo el país de Judea y todas las gentes de Jerusalén, y toda la ribera del Jordán; y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados (Mat., III, 1-12; Marc., I, 2-8; Luc., III, 1-8; Juan, I, 26-27).

El bautismo que predicaba Juan no era un sacramento que borrase los pecados ni diese la gracia, como nuestro Bautismo, sino un rito externo que disponía para la penitencia y el perdón de los pecados. Consistía en una inmersión en las aguas del Jordán.

46. Bautismo de Jesús.—El bautismo de Jesucristo tuvo por principal objeto una preparación inmediata para su vida pública, es decir, para el ejercicio de su misión divina como Mesías. No quiso el Salvador emprender su ministerio público sino después de una consagración solemne, la cual tuvo dos partes: primero *el bautismo*, que le da, por decirlo así, sus títulos oficiales, e inmediatamente después, *las tentaciones en el desierto*, en las que manifiesta su fortaleza de alma y su fidelidad.

NARRACIÓN.—Cuando Jesús hubo cumplido los treinta años, se despidió de su Madre santísima, y dejando a Nazaret de Galilea se encaminó al Jordán en busca del Bautista para ser por él bautizado y dar comienzo a su vida pública.

Empero Juan, que no le conocía de vista, fué interiormente iluminado en el momento mismo en que Jesús se disponía a bajar al río, y lleno de un profundo respeto, confesándose indigno de ello, se resistía diciendo: «Señor, yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» A lo que respondió Jesús diciendo: «Déjame hacer ahora lo que deseo, porque así nos conviene cumplir toda justicia». Entonces Juan condescendió con él y le bautizó.

Apenas fué bautizado el Señor, se abrieron los cielos y bajó el Espíritu Santo sobre Jesucristo en figura de paloma: al mismo tiempo oyóse una voz del cielo que resonó en todo el Jordán y que decía: «Este es mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias» (Mat., III, 13-17; Marc., I, 9-11; Luc., III, 21-23).

No tenía Jesucristo necesidad ninguna de ser bautizado, puesto que él era la santidad por esencia; pero quiso ser bautizado, entre otras razones, además de las indicadas arriba: 1.ª Para consagrar la misión del Bautista, sobre todo su bautismo, que era una figura del Bautismo cristiano. 2.ª Para darnos ejemplo de humildad, pues con este acto Jesús se anonadaba, apareciendo como pecador y nos enseñaba a aprovecharnos de todos los medios prescritos por Dios para nuestra salvación, como es hoy, después de la redención, el sacramento del Bautismo para toda la humanidad. 3.ª Para manifestarse con aquella ocasión ante el pueblo como verdadero Mesías e Hijo de Dios, e iniciar de una manera solemne y auténtica su misión divina.

47. Ayuno y triple tentación de Jesús en el desierto.— Jesucristo, después de haber sido bautizado, se retiró al desierto, al monte llamado de la Cuarentena, donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches, al cabo de los cuales permitió que el demonio le tentara.

Como hubiese, pues, ayunado cuarenta días y cuarenta noches después tuvo hambre. Acercándose entonces el tentador, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan». Mas Jesús le respondió: «Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Después de esto le transportó el diablo a la santa ciudad de Jerusalén y, poniéndole sobre el pináculo del Templo, le dijo: «Si eres Hijo de Dios échate de aquí abajo, porque está escrito que te mandará sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra alguna piedra». Replicóle Jesús: «También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios».

Por fin le llevó el diablo a un monte muy elevado y, mostrándole todos los reinos del mundo, le dijo: «Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí, me adorares». Respondió entonces Jesús: «Vete de aquí, Satanás, porque está escrito: Ado-

rarás al Señor, Dios tuyo, y a él sólo servirás». Con esto le dejó el diablo hasta cierto tiempo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían (Mat. IV, 1-11; Marc. I, 12-13; Luc. IV, 1-13).

Jesucristo fué tentado *sólo exteriormente*, porque siendo él la Santidad misma, no podía ser combatido por movimiento alguno interior desordenado.

48. **Los primeros discípulos de Jesús.**—Juan Bautista dió testimonio de Jesús repetidas veces, y por este testimonio se llegaron a Jesús los primeros discípulos. De la escuela, pues, del Bautista salieron las primicias del Colegio apostólico. La narración evangélica de este delicioso suceso nos permitirá asistir a los mismos comienzos de la Iglesia de Cristo.

NARRACIÓN.—Un día estaba el Bautista en el Jordán con dos de sus discípulos, y mirando a Jesús que pasaba, dijo: «*Ved al Cordero de Dios*». Los dos discípulos al oirle hablar así, se fueron en pos de Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, díjoles: «¿Qué buscáis?» Ellos respondieron: «Maestro, dónde vives?» Díjoles Jesús: «Venid y lo veréis». Fueron, pues, al lugar donde moraba, se quedaron con él aquel día; era entonces como la hora de las diez. Uno de los dos era *Andrés*, hermano de *Simón Pedro*. El primero a quien aquél halló fué su hermano Simón, y le dijo: «Hemos hallado al *Mesías* (que quiere decir Cristo); y le llevó a Jesús. Y Jesús mirándole con fijeza, le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado *Cefas*», que significa *Pedro*.

Al día siguiente, quiso Jesús encaminarse a Galilea, y halló *a Felipe*, y le dijo: «Sígueme». Era Felipe de Betsaida, patria de Andrés y Pedro. Felipe halló a *Natanael* (Bartolomé) y le dijo: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y anunciaron los profetas, a Jesús de Nazaret». Y Natanael le dijo: «¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?» Dícele Felipe: «Ven y lo verás». Vió Jesús venir hacia sí a Natanael, y dijo de él: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez». Natanael díjole entonces: «¿De dónde me conoces?» Respondióle Jesús: «Antes que Felipe te llamara, yo te vi cuando estabas debajo de

la higuera». Al oír esto Natanael, le dijo: «¡*Maestro*! *Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel*». Jesús le respondió, y le dijo: «Porque te dije que te ví debajo de la higuera, crees; mayores cosas que estas verás todavía. En verdad, en verdad os digo, que veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre» (Juan, I, 35-51).

1. Con la vocación de los primeros discípulos, Jesucristo pone los fundamentos de la Iglesia. Al principio estos discípulos estuvieron con Jesús sólo por algún tiempo; más tarde escogió los doce Apóstoles para que fuesen sus constantes compañeros y seguidores.

2. Jesucristo se da a sí mismo el título de *Hijo del hombre* ya desde el comienzo de su vida pública, porque este es el título honorífico de su *mesianidad*. Tiene su origen en aquella visión profética de Daniel, en la cual se mostró al Profeta un personaje «semejante al Hijo del hombre», que venía entre nubes y fué adornado *de eterna potestad real* sobre todos los pueblos, tribus y lenguas (Dan. VII, 12 y sigs.). Este es el título que corresponde a Jesucristo, y que se da a sí mismo siempre que ejerce la misión de Redentor y Salvador.

49. **Primer milagro de Jesús.**—Este primer milagro tuvo lugar en unas bodas de Caná de Galilea, convirtiendo Jesús el agua en vino.

NARRACIÓN.—Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, a las cuales asistió la madre de Jesús. Fué también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos. Y como llegase a faltar el vino, dijo a Jesús su madre: «No tienen vino». Y Jesús la dijo: «Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aun no es llegada mi hora». Dijo entonces su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga».

Había allí seis vasijas de piedra, destinadas para la purificación de los judíos, y cabían en cada una dos o tres cántaras. Y Jesús les dijo: «Llenad de agua aquellas vasijas», y las llenaron hasta el borde. Y Jesús les dijo: «Llevadlas ahora al maestresala»; e hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía lo que había sucedido pensó que se le daba a probar un nuevo vino. Encontró admirado que el vino era muy bueno; y llamando al esposo le dijo: «Todos sirven primero el mejor vino; y después que han bebido bien,

sacan el más flojo; mas tú, al contrario, has reservado el buen vino hasta ahora».

Este fué el primero de los milagros que hizo Jesús en Caná de Galilea, con lo que manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. Después de esto pasó Jesús a *Cafarnaún* con sus discípulos, y allí estuvieron unos cuantos días (Juan, II, 1-12).

Jesucristo quiso con su presencia en estas bodas *santificar el matrimonio*, que Dios había instituído en el paraíso, y que el Hijo de Dios debía elevar a la dignidad de sacramento; y quiso honrarle con el primer milagro, que fué la manifestación de su divinidad y contribuyó al afianzamiento de la fe de sus discípulos.

Notemos aquí también el *poder de intercesión* de la Virgen, que aparece ya como natural intercesora y mediadora de las gracias de su divino Hijo.

LECCION 9.ª

MINISTERIO DE JESUS EN JERUSALEN

SUMARIO: 50. Jesús en Jerusalén durante la festividad de la Pascua.—51. Predicción de su pasión y resurrección.—52. Coloquio de Jesús con Nicodemo.—53. Encarcelamiento del Bautista.—54. Vuelve Jesús a Galilea. La Samaritana.

50. Jesús en Jerusalén: purificación del Templo.—Va a comenzar Jesús su manifestación pública *como Mesías* en *Jerusalén*, y particularmente en el Templo.

NARRACIÓN.—Estaba ya cercana la Pascua de los judíos, dice el Evangelio, y Jesús subió a Jerusalén; y entrando en el Templo, vió allí en uno de los atrios del Templo a gentes vendiendo bueyes, ovejas y palomas para los sacrificios y a los cambistas sentados en sus mesas. Jesús entonces, lleno de indignación, aunque dueño de sí mismo, cogió del suelo algunas cuerdas que habían servido para atar a los animales, hizo con ellas un látigo, y sacudiéndole con sublime majestad a diestra y a siniestra, expulsó a todos del sagrado recinto, juntamente con las ovejas y bueyes y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas.

Mas a los que vendían palomas les dijo, señalando sus jaulas: «Quitad eso de ahí, y no queráis hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico». Entonces se acordaron los discípulos de lo que está escrito en un texto de los Salmos: «El celo de tu casa me consume» (Juan, II, 13-17).

El sitio donde tenía lugar el tráfico era el gran atrio de los gentiles, que se hallaba convertido así en un verdadero ferial.

Veíalo todo esto el Salvador con gran dolor y resolvió poner fin a este desorden y proceder sacrílego y hacer respetar la casa de Dios, arrojando de allí con un azote a los profanadores del Templo.

51. **Predicción de la Pasión y Resurrección.**—Viendo los sanedritas y los altos funcionarios levíticos encargados de la custodia del Templo lo que había pasado, no pudiendo disimular su descontento, se acercaron a Jesús y le preguntaron: «¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas?» Respondióles Jesús con serena dignidad: «*Destruid este Templo, y yo en tres días le reedificaré*». Los sanedritas le dijeron: «En cuarenta y seis años se ha reedificado este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días?». Pero él les hablaba del templo de su cuerpo. Así, cuando hubo resucitado de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que por esto lo decía, y creyeron a la escritura y a las palabras de Jesús.

En el tiempo que estuvo en Jerusalén con motivo de la solemnidad de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía. Mas el mismo Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía bien a todos; pues él sabía lo que había en el hombre (Juan, II, 18-25).

52. **Coloquio de Jesús con Nicodemo.**—Después de lo ocurrido en el Templo, Jesús permaneció en Jerusalén y aun recorrió varios pueblos cercanos durante las fiestas de la Pascua, en cuya tiempo verificó algunos milagros, que fué causa de que muchos creyeran en él.

Entre éstos, había un fariseo ilustre, llamado *Nicodemo*, miembro del Sanedrín, el cual tenía ardiente deseo de ser discípulo de Jesús. Deseoso de instruirse, pero por miedo a la persecución, fuése de noche a Jesús, y le dijo: «Maestro, sabemos que eres un sabio venido de Dios, pues ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no estuviera con él». Jesús le manifestó lo que era necesario para ser miembro de su reino, diciéndole: «En verdad, en verdad te digo que nadie puede entrar en el reino de Dios, sino aquel *que renaciere por medio del agua y del Espíritu Santo*».

Aquí se refiere Jesucristo al Bautismo sacramental; pues el *agua* y *Espíritu Santo* son el signo externo y la gracia interna del Bautismo.

Después de otras varias instrucciones, prosigue Jesús, diciendo: «Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en él no perezca, sino logre la vida eterna... Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que por su medio se salve. Quien cree en él, no será condenado; *pero quien no crea, ese está ya juzgado*, porque no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios» (Juan, III, 1-21).

En este coloquio con Nicodemo nos reveló Jesucristo varias verdades de la Religión cristiana; entre otras:

a) *La necesidad del Bautismo* para la salvación, porque es dogma de fe, que nadie puede salvarse sin haber recibido este sacramento, de hecho o de deseo.

b) *La necesidad de la Pasión* del Redentor para nuestra salvación. Había mandado Dios a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la levantara en alto; y la pusiera por señal, para que los que mordidos por las serpientes miraran confiadamente a la *serpiente de bronce* fueran sanados. Desde el Paraíso era la serpiente figura del pecado; y había de llegar un día en que el pecado y su autor fueran vencidos en lucha a muerte por el Redentor; era, pues, una figura preclara de Redentor en la cruz, que a todos los que con fe y arrepentidos de sus pecados vuelven a él sus ojos, los libra de las venenosas mordeduras de la serpiente infernal.

53. Prisión del Bautista.—El valeroso e intrépido Precursor del Señor no se contentaba con recordar a las turbas sus deberes religiosos y morales y prepararlas para recibir al Mesías ni con reprender severamente a los jefes de Israel, sino que reprochaba también y censuraba enérgicamente la conducta de Herodes Antipas por *todas las cosas malas* que éste había hecho; y en particular por el público escándalo de inmoralidad que estaba dando en la corte.

Por esta causa Antipas mandó *apresar a Juan* y aherrojarle en un calabozo, «viniendo con ello a colmo sus maldades» (Lucas. III, 19-20).

El lugar de la prisión del Bautista debió ser la fortaleza de *Maqueronte*, sobre el río Zarka, inaccesible casi por todos los lados, construída como nido de águila, en uno de los parajes más agrestes de la Perea meridional, al este del mar Muerto.

54. Jesús regresa a Galilea. La Samaritana.—Después de haber pasado algún tiempo evangelizando la región de Judea, Jesús resolvió trasladarse a Galilea. La razón de dejar por entonces Judea parece que fué, por una parte, el encarcelamiento del Bautista, y por otra que el mismo Jesucristo empezaba a ser perseguido en Judea, y no quería entregarse a sus enemigos hasta que llegara el tiempo por él señalado.

El camino más recto de Judea a Galilea pasaba por la región de Samaria. El Señor llegó a la ciudad Samaritana de Sicar; diez minutos antes de llegar a la población estaba el pozo de Jacob, junto al cual se sentó, cansado del camino, mientras los discípulos iban a la vecina Sicar a buscar algo de comer. Era la hora del medio día.

En esto llegó al pozo una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús la dijo: «Dame de beber». Con esta ocasión se entabló entre ambos un diálogo, en que Jesús la indujo suavemente a reconocer sus culpas, y en que por fin la pecadora pidió al Señor el agua viva de la gracia y le reconoció por Mesías. Y no contenta con esto, dejando el cántaro corrió a la ciudad vecina y dijo a sus conciudadanos: «Venid y veréis un hombre que me ha dicho

cuanto yo he hecho; ¿no será el Mesías?» Y muchos samaritanos creyeron en Jesús por las palabras de la samaritana, y muchos más creyeron por la predicación del mismo Jesucristo, que se detuvo dos días en la ciudad para evangelizarlos (Juan, IV, 1-42).

LECCION 10

MINISTERIO DE JESUS EN GALILEA

SUMARIO: 55. Pasa Jesús a Galilea y cura al hijo del Régulo.—56. Jesús fija su residencia en Cafarnaún y da comienzo a su predicación.—57. Vocación definitiva de los primeros apóstoles.—58. Conducta de Jesús en sábado y una curación milagrosa.—59. Otros milagros.—60. Evangelización de toda Galilea.

55. Pasa Jesús a Galilea y cura al hijo del Régulo.— De vuelta a Galilea, Jesús se detuvo primero en *Caná*, y a la noticia de su llegada a esta ciudad, fué a encontrarle un ilustre funcionario de Cafarnaún (algunos suponen con fundamento que era un alto empleado, tal vez mayordomo, del tetrarca Herodes Antipas), que tenía gravísimo a un hijo, salvando la distancia que va de Cafarnaún a Caná, 30 kilómetros y 800 metros de altitud, para pedir a Jesús su curación; suplicóle aquel funcionario real que bajase a curar a su hijo, que estaba en trance de muerte. Y Jesús le respondió: «Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis».

Reprende aquí Jesús con palabras de benevolencia la poca fe del Régulo y de los galileos en general, porque quería el Señor, no sólo sanar al hijo moribundo, sino también curar espiritualmente al padre y «a toda su casa» infundiéndoles fe viva.

Instábale el funcionario: «Ven, Señor, antes que muera mi hijo». Dícele entonces Jesús: «Anda, que tu hijo está ya bueno». Creyó aquel hombre a la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino. Y cuando volvía, le salieron al encuentro los criados con

la noticia de que su hijo estaba ya sano. Preguntóles a qué hora había sentido la mejoría y le había dejado la fiebre, y le respondieron que a la hora sétima. Reflexionó el padre que aquella era la misma hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo está bueno». Y creyó en Jesús, y con él toda la familia (Juan, IV, 45-54).

Es notable este milagro, pues un solo acto de la voluntad de Jesús obra a distancia un prodigio tan grande.

56. **Jesús fija su residencia en Cafarnaún y da comienzo a su predicación.**—Desde Caná continuó Jesús su camino a Cafarnaún, deteniéndose antes, como de paso, en Nazaret. Aquí enseñó en la sinagoga, pero sus habitantes se mostraron incrédulos, por aquello de que «ningún profeta es acepto en su patria» (Luc., IV, 16-30).

Dejando a Nazaret, fué Jesús a morar a *Cafarnaún*, ciudad marítima situada en los confines de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías: «La tierra de Zabulón y la de Neftalí, por donde se va al mar (de Tiberíades), a la otra parte del Jordán, la Galilea de los gentiles: este pueblo que se hallaba en tinieblas vió una grande luz; luz que vino a iluminar con sus resplandores a los que estaban sentados o habitaban en la región de la muerte».

Desde esta época comenzó Jesús a anunciar el Evangelio del reino de Dios por las Sinagogas de las ciudades y por los campos: «Y él enseñaba en las sinagogas de ellos, predicando la Buena Nueva y diciendo: *El tiempo se ha cumplido y acercándose el reino de Dios, arrepentíos y creed al Evangelio.* Y por su palabra elocuente y cálida, llena de gracia y de verdad, las gentes se convertían y era ensalzado de todos» (Mat., IV, 13-17).

57. **Vocación definitiva de los primeros discípulos.** — Poco después de su bautismo reunió Jesús los primeros discípulos (núm. 48), los cuales le acompañaron durante su ministerio preliminar en Jerusalén, en Judea y en Samaria; pero no parece que todos quedaron en su compañía de una manera estable; era

conveniente algún período de prueba y entre tanto habían tornado a sus ocupaciones ordinarias.

Ahora Jesús va a llamar definitivamente a cuatro de ellos, una parte, la principal del colegio apostólico que instituirá más adelante.

NARRACIÓN.—Hallándose Jesús un día junto al lago de Genesaret (lago risueño de 21 kilómetros de largo y 10 de ancho) las gentes se agolparon alrededor de él, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto vió Jesús dos barcas a la orilla del lago; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando sus redes. Subiendo, pues, en una de ellas, la de Simón, pidióle que la separase un poco de la ribera; y sentándose dentro, predicaba desde la barca a numeroso concurso. Acabada la plática, dijo a Simón: «Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar»: Replicóle Simón: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; no obstante, porque tú lo dices, echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tanta cantidad de peces, que se rompía la red; por lo que hicieron señas a sus compañeros de la otra barca, para que viniesen a ayudarles. Vinieron luego, y de tal manera llenaron las dos barcas que casi se hundían.

Al ver esto Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Porque él, y todos los que con él estaban, se habían llenado de temor y admiración. Entonces Jesús dijo a Simón: «*No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres*». Y sacadas las barcas a tierra, lo dejaron todo y siguieron a Jesús (Luc., V, 1-11).

Muy poco tiempo después tuvo lugar de una manera más decisiva el llamamiento formal a los cuatro primeros discípulos de la siguiente manera:

Caminaba Jesús por la ribera del mismo lago, y vió a *Simón Pedro* y a *Andrés*, su hermano, que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores, y les dijo: «Seguidme, que yo os haré *pescadores de hombres*». Ellos al punto, dejadas las redes, le siguieron. Pasando más adelante, vió a *Santiago*, el del Zebedeo, y a *Juan*, su hermano, que estaban también en una barca con los jornaleros componiendo las redes y con Zebedeo, su padre, y luego los llamó. Ellos también al punto, dejadas las redes y a su padre con los jornaleros, le siguieron (Mateo, IV, 18-22; Marc., I, 16-20).

58. Conducta de Jesús en un sábado y una curación milagrosa. —El sábado era el día festivo y de descanso absoluto de los judíos (núm. 19, 2.°), y en dicho día se reunían en las sinagogas tanto para el ejercicio del culto cuanto para la instrucción religiosa. De ahí que el Salvador frecuentara las sinagogas para enseñar la doctrina evangélica y pronunciar sus principales discursos, por encontrar allí un auditorio numeroso y generalmente bien dispuesto.

Era uno de estos sábados cuando a poco de llegar Jesús a Cafarnaún, entró en la sinagoga, y sentándose en la cátedra, explicó al pueblo la divina doctrina. No dicen los Evangelistas cuál fué el tema de su discurso, pero sí con un lenguaje expresivo encarecen la impresión que sintieron los oyentes, diciendo que «éstos estaban asombrados de su doctrina; porque enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas», cuya enseñanza se reducía a la interpretación de la ley, mientras Jesús enseñaba como legislador.

Curación de un poseso. Entre los oyentes había un hombre poseído de un espíritu inmundo, el cual exclamó, diciendo: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Ya sé quién eres: el Santo de Dios». Y le conminó Jesús, diciendo: «Enmudece, y sal de ese hombre». Entonces el espíritu inmundo, agitándole con violentes convulsiones y dando grandes alaridos, salió de él sin hacerle daño. Todos los concurrentes quedaron atónitos y maravillados, de tal manera, que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta? El manda con imperio a los espíritus inmundos y le obedecen» (Marc., I, 21-28; Luc., IV, 31-37).

59. Otros milagros.—Saliendo Jesús de la sinagoga, fué en seguida a casa de Simón Pedro y de Andrés, su hermano. Hallándose la suegra de Pedro en cama con fiebre; se lo dicen a Jesús y le rogaron por ella. Acercándose a la enferma la tomó por la mano y la levantó suavemente, al mismo tiempo que mandaba a la fiebre que la dejase. Al punto desapareció la enfer-

medad, y fué tan completa su curación, que ella misma se puso a preparar la comida.

Otras curaciones y entusiasmo en la ciudad. Por la tarde de ese mismo día, después de la puesta del sol (pasado el descanso sabático), llevaron a su presencia a todos los enfermos y posesos. Toda la ciudad se congregó a la puerta de la casa, y él poniendo las manos sobre cada uno de los enfermos, los fué sanando a todos y arrojó con una palabra los malos espíritus. Los demonios salían de los posesos, gritando y diciendo: «*Tú eres el Hijo de Dios*». Mas él les amenazaba y no les dejaba hablar, porque ellos sabían que él era el *Mesías* (Marc., I, 29-34; Luc., IV, 38-41).

a) Aparece patentemente en estos hechos el *poder divino* de Jesucristo, su omnipotencia, al curar las enfermedades con una sola palabra, y su *imperio sobre los demonios*, prueba de que es Señor, no sólo de la creación visible, sino también de la invisible, del mundo de los espíritus.

b) Se muestra también de relieve su *gran bondad*, al socorrer a todos cuantos enfermos le presentaron, prueba de que de la misma manera curará nuestras enfermedades espirituales, si se lo pedimos con fe viva, porque él es el médico divino de nuestras almas.

60. Evangelización de toda Galilea.—Al día siguiente, muy de madrugada, salió Jesús a un lugar solitario, y allí estaba en oración.

Los discípulos notaron su ausencia, y llenos de inquietud, al ver la gente que venía, pusiéronse a buscarle, guiados por Simón Pedro. Y habiéndole hallado le dijeron: «Todos te buscan». Jesús les dice: «Vamos a las aldeas y ciudades vecinas para que también allí predique; pues para esto vine». Las multitudes que le buscaban fueron hasta donde él estaba, y le detenían para que no se apartara de ellos y no se fuese. Mas él, les dijo: «Es preciso que también a las otras ciudades anuncie ya la buena nueva del reino de Dios, porque para esto he venido».

Y empezó luego Jesús a recorrer toda *Galilea*, enseñando en las sinagogas, arrojando los demonios y sanando toda dolencia y enfermedad. Su fama corrió por toda Siria, y presentábanle

los enfermos y aquejados de varios males y de dolores agudos, y los lunáticos y los paralíticos; y los curaba.

Y le seguía una gran muchedumbre de Galilea, y de la *Decápolis*, y de Jerusalén, y de Judea, y de la Transjordania (Mat., IV, 23-25; Marc., I, 35-39; Luc., IV, 23-25).

LECCION 11

LOS MILAGROS DE JESUS

SUMARIO: 61. Idea del milagro.—62. Fin principal que se propuso Jesucristo al realizar algunos milagros.—63. Valor demostrativo de los milagros.—64. Enumeración y clasificación de los principales.—65. Número de los milagros que obró Jesucristo.

61. Idea del milagro.—El *milagro* es un hecho sensible superior a las leyes de la naturaleza y realizado con especial intervención de Dios.

El milagro *sólo puede ser producido por Dios*, porque sólo él puede dejar sin efecto las leyes por él establecidas; es por lo tanto el milagro el sello auténtico de la divinidad.

1.° *Un hecho sensible*, es decir, que puede ser visto y percibido por los sentidos, a fin de que todos puedan estar ciertos y seguros de su realización; de lo contrario no tendría fuerza para probar una afirmación.

2.° *Un hecho superior a las leyes de la naturaleza*, es decir, que derogue las leyes naturales, constantes y conocidas, por las que se rigen todos los seres del universo; un hecho, por consiguiente, que obre fuera del orden natural, que no pueda atribuirse a las energías de la naturaleza; por ejemplo, que el fuego deje de quemar, que un muerto resucite.

3.° *Un hecho divino*, es decir, que solamente Dios puede obrar o ser a él atribuido como causa principal; porque ningún ser criado puede por sí mismo cambiar nada de las leyes de la naturaleza establecidas por el Criador.

62. Fin principal que se propuso Jesucristo al realizar algunos milagros.—Los milagros los obraba Jesucristo principalmente para demostrar su *divinidad*, y para confirmar su *mesianidad* y la *verdad de su doctrina* (núm. 43).

a) Preguntado Jesucristo por los discípulos del Bautista, que deseaban saber si él era el Mesías que había de salvar al mundo, les da por única respuesta la evidencia de sus milagros, y añade: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan» (Luc., VII, 22).

b) Otra vez a los judíos, que le preguntaban si él era el Cristo, respondió: «Os lo he dicho, y no me creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí... Si no me creéis a mí, creed a mis obras» (Juan, X, 24-25, 38).

c) Antes de resucitar a Lázaro, Jesucristo declara formalmente que va a obrar este milagro para que el pueblo crea la divinidad de su misión (Juan, XI, 39-45).

63. Valor demostrativo de los milagros.—Los milagros son la prueba característica de la divinidad, porque únicamente Dios puede dejar sin efecto las leyes de la naturaleza por él establecidas; por consiguiente, sólo Dios puede hacer verdaderos milagros, por sí mismo o por medio de sus enviados.

Ahora bien; Jesucristo hizo muchos milagros, realmente comprobados, como consta por el relato unánime de los Evangelistas, quienes nos refieren una infinidad de ellos, obrados: ora *sobre los demonios*, expulsándolos de los cuerpos de los posesos; ora *sobre la naturaleza inanimada e insensible*, como multiplicando los panes, calmando las tempestades con una sola palabra, caminando a pie sobre la superficie de las aguas del mar, etc.; ora *sobre la salud y la vida*, curando toda clase de enfermedades al imperio de su palabra o al simple contacto de sus manos o de sus vestiduras, resucitando los muertos, etc.

La Apologética comprueba la realidad de estos milagros hechos por Jesucristo, y demuestra que no pueden ser efecto de causas naturales, sino obrados por su propia virtud y poder.

La consecuencia es obvia: luego Jesucristo es el verdadero Mesías; Jesucristo es el Hijo de Dios, es verdadero Dios.

64. Enumeración y clasificación de los principales milagros. Son *muy numerosos*: apenas hay alguna página en el Evangelio donde no se encuentre el relato de alguno; pueden dividirse en cuatro clases.

1.° *Milagros sobre la naturaleza inanimada.*—Jesucristo convierte el agua en vino en las bodas de Caná (Juan, II, 1-11); anda por encima de las aguas (Mat., XIV, 25-26; Marc., VI, 48-49); con una sola palabra apacigua las tempestades (Mat., XIII, 24-26; Mar., X, 30); dos veces multiplica los panes y los peces para alimentar a las muchedumbres (Mat., XIV, 15-21; Marc., VI, 30-44; Luc., IX, 10-17; Juan, VI, 1-15); hace que una higuera quede seca repentinamente (Mat., XXI, 19), etc.

2.° *Milagros sobre las enfermedades.*—Jesucristo sana multitud de enfermos, víctimas de muy diversas enfermedades; devuelve la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el uso de los miembros a los paralíticos, limpia a los leprosos; y esto, ya con una simple palabra, ya con la imposición de su mano, ya con el contacto de sus vestidos (Mat., IV, 23-24; Luc., VI, 17-19). Los Evangelistas refieren por menudo en muchas de sus páginas estas estupendas curaciones.

3.° *Milagros sobre la muerte.*—Jesucristo resucita al hijo de la viuda de Naím, a quien llevaban a enterrar (Luc., VII, 11-17); a la hija de Jairo, para la cual ya se habían hecho los fúnebres preparatvos (Mat., IX, 18-25; Marc., V, 22-23; 35-39); y a Lázaro sepultado hacía cuatro días y hediondo (Juan, XI, 1-46).

4.° *Milagros sobre los demonios.*—De éstos refieren los Evangelistas siete casos. Al oír la palabra de Jesucristo, los demonios salen de los cuerpos de los poseídos, y algunas veces proclamando que él es el hijo de Dios (Marc., III, 12; Luc., IV, 41). (Apologética, núm. 168).

65. Número de los milagros que obró Jesús. — En los cuatro Evangelios se refieren hasta 41 milagros (24 en San Mateo, 22 en San Marcos, 24 en San Lucas y 9 en San Juan, que suman 79; pero como algunos los refieren varios Evangelistas, resultan 41 distintos), todos de rigurosa autenticidad crítica e histórica.

Estos son los que señala y especifica el Evangelio; no obstante realizó Jesucristo otros muchísimos, que no están contenidos en el Evangelio, pues los mismos Evangelistas nos dicen que el Salvador hizo muchos milagros en diferentes ocasiones, sin expresar el número ni la clase (Juan, XX, 30-31).

No ponemos en este libro todos los que refiere el Evangelio, que llenarían muchas páginas; sino parte de ellos, los suficientes para la finalidad a que se ordena el texto; conocer más y más a Jesucristo según los Evangelios.

LECCION 12

VARIOS MILAGROS DE JESUS

SUMARIO: 66. Curación de un leproso.—67. El paralítico de Cafarnaún.—68. Vocación de San Mateo.—69. El paralítico de la piscina. 70. Controversias sobre el sábado y otro milagro.

66. Curación de un leproso.—La mayor parte de los milagros y los más importantes, los obró Jesús en el año segundo y en el tercero de su vida pública; pocos nos ofrece el Evangelio durante el primer año, aunque a fines de él nos señala algunos notables, entre ellos el de la curación de un leproso.

NARRACIÓN.—Seguía Jesús predicando en las sinagogas y en toda Galilea; y estando en una de sus ciudades, vino a él un hombre todo cubierto de lepra, el cual postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: «Señor, si tú quieres, puedes curarme». Y Jesús, compadecido de él, alargó la mano, y tocándole, le dijo: «Quiero, sé curado». Y de repente quedó limpio de la lepra. Dícele Jesús entonces: «Mira, que a nadie lo cuentes; mas ve, preséntate al sacerdote, y lleva la ofrenda por tu curación, según lo ordenado por Moisés, a fin de que les sirva de testimonio».

Mas él fué y lo propaló por todas partes, de suerte que Jesús durante varios días no pudo entrar manifiestamente en la ciudad (de Cafarnaún) por el excesivo concurso del pueblo, que quería mostrarle un caluroso agradecimiento, sino que se mantuvo en lugares retirados y allí oraba (Mat., VIII, 1-4; Marc., I, 39-45; Luc., V, 12-16).

La lepra, cuando se presenta como una putrefacción del cuerpo en vida, es una figura del pecado mortal, o por mejor decir, del que ha contraído un vicio pecaminóso, que le produce una corrupción moral, y la muerte del alma por el pecado, y la muerte eterna. La fe reverente y viva confianza con que el leproso se acerca a Jesús, son asimismo una imagen de la fe y confianza con que el pecador debe acercarse a la gracia, para obtener con ella la salud de su alma. Por su parte, Jesucristo está dispuesto a concederla, siempre que el alma pecadora se acerque con las debidas disposiciones a las fuentes de la gracia.

67. **El paralítico de Cafarnaún.**—Después de su predicación por Galilea, volvió Jesús a Cafarnaún; y como se extendiese por toda la ciudad la noticia de su regreso, fué invadida por tanta muchedumbre la casa donde moraba y todos sus alrededores, y hasta por delante de sus puertas, que obstruía por completo el paso.

Se hallaba el Salvador sentado en medio de la casa enseñándoles, y entre las turbas que les escuchaban había varios fariseos y doctores de la Ley, que habían venido de todos los pueblos de la Galilea, y de Judea, y de la ciudad de Jerusalén para observarle; porque la virtud del Señor se manifestaba en sanar a los enfermos.

NARRACIÓN.—En estas circunstancias, he aquí que llegan unos hombres que traían tendido en una camilla a un paralítico; y como no pudiesen llegar a donde estaba Jesús por el concurso de gente, subieron (por la escalera exterior) a la terraza de la casa, y por una abertura descolgaron al enfermo con la camilla delante de Jesús. El cual, al ver la fe de ellos, dijo al paralítico: «Consuélate, hijo mío, tus pecados te son perdonados».

Entonces los escribas y fariseos empezaron a pensar y decir interiormente: «Este blasfema; porque, ¿quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?» Jesús, que veía sus pensamientos, les dijo: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados, levántate (dijo al paralítico), yo te lo mando, toma tu camilla y vete a tu casa». Y levantándose al punto, cargó con su camilla y marchó a su casa, dando gloria a Dios. Y todos quedaron pasmados y sobrecogidos de temor; y alabaron a Dios, diciendo: «Nunca se ha visto cosa semejante; hoy hemos visto maravillas» (Mat., IX, 1-8; Marcos, II, 1-2; Luc., V, 17-26).

68. **Vocación de Mateo.**—Desde la casa donde había acaecido el gran prodigio de la curación repentina del paralítico, y dejando la ciudad, se fué Jesús hacia la playa del lago, en donde le alcanzó una considerable muchedumbre, a la que dirigió su divina palabra.

Terminado el discurso, siguió caminando a lo largo de la orilla, hasta llegar a una agencia de aduanas, de las cuales había allí muchas, a cargo de un considerable número de publicanos, por ser un punto de tránsito del tráfico comercial de Damasco a Acco.

NARRACIÓN.—Al pasar Jesús por aquel lugar, vió allí a un hombre llamado *Leví* o *Mateo*, hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos, y le dijo: «Sígueme». Y levantándose, dejándolo todo, le siguió. Lleno de alegría, preparó un gran banquete al Señor en su casa; y vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos. Escandalizáronse de ellos los escribas y fariseos y decían a los discípulos del Señor: «¿Cómo es que vuestro maestro come y bebe con los publicanos y pecadores?» Habiéndolo oído Jesús, replicó: «No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended qué cosa es: misericordia quiero y no sacrificio; porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia» (Mateo, IX, 9-13; Marc., II, 13-17; Luc., V, 27-32).

69. El paralítico de la piscina.—Había ya transcurrido un año desde la primera Pascua que estuvo Jesús en Jerusalén (número 50), y se acercaba la segunda. «Era, dice San Juan, la fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén».

Inmediatamente después de su llegada obró otro gran milagro, en la piscina de Betesda (o Bethsaida), curando a un hombre que llevaba 38 años enfermo, declarándose a la vez Hijo de Dios. El elemento hostil que pocos meses hacía empezaba a mostrarse contra Jesús en Jerusalén va a tomar ahora incremento formidable, aunque también la fe y el amor aumentarán constantemente, lo que será de gran consuelo al Corazón del Salvador.

NARRACIÓN.—Hay en Jerusalén una piscina, llamada probática, en hebreo Bethsaida, la cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía grande número de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas. Pues un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina y removía el agua. Y el primero que entraba en la piscina, después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.

Allí estaba un hombre enfermo hacía treinta y ocho años. Como Jesús le viere tendido y conociese que hacía mucho le aquejaba la enfermedad y se viera desamparado, le dijo: «¿Quieres ser curado?» Respondió el doliente: «Señor, no tengo una persona que me meta en la piscina así que el agua esté agitada; por lo cual mientras yo voy, ya otro ha bajado antes». Díjole entonces Jesús: «*Levántate, coge tu camilla y anda*». Al punto quedó este hombre completamente curado, cogió su camilla e iba caminando.

Sucedió esto un sábado; por lo que contrariados los judíos decían al que había sido curado: «Hoy es sábado; no te es lícito llevar la camilla». Respondióles: El que me ha curado, él mismo me ha dicho: «Toma tu camilla y anda». Entonces le preguntaron: «¿Quién es ese hombre que eso te ha dicho?» Mas el que había sido curado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado del tropel de gente que allí había. Hallóle después Jesús en el Templo, y le dijo: «Bien ves cómo estás ya curado; no peques más adelante, no sea que te acontezca alguna cosa peor» (Juan, V, 1-15).

Los escribas y fariseos no pudieron disimular su enojo contra Jesús y le perseguían, porque hacía estas curaciones en sábado, presentándose abiertamente como enemigos suyos, calumniándole y tratando de matarle.

Jesús trató de persuadirles de que había obrado rectamente, y *descubriéndose ahora en su completa majestad, de Hijo de Dios e igual al Padre*, les dijo: «En verdad, en verdad os digo, que todo lo que hace el Padre, lo hace también de igual manera el Hijo. Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así ha concedido al Hijo el tener la vida en sí mismo; y así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Y el Padre no juzga a ninguno, porque todo juicio ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. En verdad, en verdad os digo, que viene la hora en que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios. Y los que hicieren bien, resucitarán a la vida, y los que hicieren mal, irán a la resurrección del juicio de condenación» (Juan, V, 16-29).

70. Controversias sobre el sábado y otro milagro.—No sólo los escribas y fariseos de Jerusalén y de toda Judea eran opuestos a Jesús, sino también en Galilea, manifiestan su contradicción y hostilidad, con pretexto de otras dos violaciones del descanso sebático, provocando al efecto ocasiones para dañarle.

Curación del hombre de la mano seca. Un sábado entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar. Hallábase allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Los escribas y fariseos le estaban acechando por si curaba en sábado, para hallar de qué acusarle; pero Jesús, que penetraba sus pensamientos, dijo al que tenía seca la mano: «Levántate y ponte en medio». Díjoles entonces Jesús: «Tengo que haceros una pregunta: «¿Es lícito en día de sábado hacer bien o mal, salvar a un hombre la vida o quitársela?» Y lanzando una mirada de enojo en derredor suyo, condolido de la ceguedad de su corazón, dijo al hombre: «Extiende tu mano». Extendióla y la mano quedó sana. Mas ellos, llenos de furor, salieron a fuera y conferenciaron con los herodianos cómo podrían perderle (Mat., XII, 1-14; Marc., II, 23-28; III, 1-6; Luc., VI, 1-11).

En su ansia de perder a Jesús y quitarle la vida, buscan los fariseos congraciarse con los partidarios de Herodes Antipas y de la dominación romana, enemigos irreconciliables del pueblo judío.

AÑO SEGUNDO DE LA VIDA PUBLICA

LECCION 13

SERMON DE LA MONTAÑA

SUMARIO: 71. Institución del Colegio Apostólico.—72. El sermón del monte: las ocho bienaventuranzas.—73. La justicia que debe brillar en los cristianos.—74. La recta intención en las buenas obras.—75. La única solicitud digna del hombre.—76. Deberes con el prójimo.

71. Institución del Colegio Apostólico.—Entre los hechos culminantes de la vida del Salvador merece contarse la institución del Colegio Apostólico, de capital importancia y que marca el paso decisivo en la fundación de la Iglesia.

Jesucristo no debía estar siempre en el mundo; acabada su misión divina, volverá triunfante y glorioso al cielo; era menester que su obra continuase y se desenvolviese sin dilación por hombres a quienes él hubiera comunicado sus poderes y su espíritu; que su doctrina salvadora, la «Buena Nueva» de salvación, se predicase en todo el universo y a toda criatura. Para eso fundó el Colegio Apostólico, fundamento de su Iglesia.

De ahí la *Apostolicidad*, una de las notas características de la verdadera Iglesia de Cristo.

NARRACIÓN.—Al comenzar el segundo año de su predicación después de la segunda Pascua, uno de aquellos días, tuvo lugar la elección de los Apóstoles.

Subiendo entonces Jesús a un monte cercano, dicen los Evangelistas, se retiró a orar y pasó toda la noche en oración. Así que fué de día, reunió a sus discípulos y escogió *doce* de entre ellos, a quienes le plugo, y en razón de la misión que más tarde les confiara, les dió el nombre de Apóstoles, es decir, enviados. He aquí sus nombres: El primero ***Simón***, a quien puso por sobrenombre ***Pedro*** y ***Andrés***, su hermano; ***Santiago***, el hijo de Zebedeo, y su hermano ***Juan***, a quienes dió el sobrenombre de «hijos del trueno»; ***Felipe*** y ***Bartolomé***; ***Mateo*** el publicano y ***Tomás***; ***Santiago***, el hijo de Alfeo, y ***Simón*** el Cananeo, por sobrenombre Zelotes; ***Judas*** Tadeo, hermano de Santiago (ambos hijos de Alfeo y parientes de Jesús según la carne), y ***Judas Iscariote***, que fué el traidor (Mat., X, 1-4; Marc., III, 13-19; Luc., VI, 12-16). Sólo Judas Iscariote era judío, los demás galileos.

De esta manera pone Jesucristo los cimientos de su Iglesia, que debía continuar su obra en el mundo por todos los siglos hasta el fin de los tiempos.

72. El Sermón del Monte: Las ocho bienaventuranzas.— El gran discurso que Jesucristo pronuncia es la *Promulgación oficial de la Nueva Ley*, lo que expresamente se ha llamado la «Carta del reino de los cielos», y los Apóstoles quedan instituídos como auxiliares oficiales, que difundirán esas divinas enseñanzas por todos los ámbitos del mundo.

Ocasión del discurso y mansedumbre de Jesús. Después de haber elegido Jesús a los doce Apóstoles, bajó con ellos del monte y se paró en un llano donde estaba un grupo numeroso de sus discípulos y un gran gentío de toda Judea, de Jerusalén, y de la costa de Tiro y Sidón, que habían venido a oírle y a ser curados de sus enfermedades, y también los poseídos de espíritus inmundos. Toda la gente quería tocarle, porque salía de él una virtud que daba la salud a todos. Subió luego de nuevo al monte, y se sentó allí con sus discípulos; y toda la multitud se sentó también a su alrededor, y todos esperaban en silencio sus palabras.

Exordio: *fundamentos del reino de los cielos.* Entonces, dirigiendo Jesús su mirada hacia los discípulos, abrió sus labios, y enseñó diciendo:

Bienaventurados *los pobres de espíritu,* porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados *los mansos y humildes,* porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados *los que lloran,* porque ellos serán consolados.

Bienaventurados *los que tienen hambre y sed de justicia,* porque ellos serán hartos.

Bienaventurados *los misericordiosos,* porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados *los limpios de corazón,* porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados *los pacíficos,* porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados *los que padecen persecución por la justicia,* porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos vosotros cuando por mi causa os aborrecieren los hombres, y os persiguieren, y hablaren falsamente contra vosotros. Alegraos y regocijaros, porque vuestro galardón será grande en el reino de los cielos (Mat., V, 1-12).

En contraposición a estas bienaventuranzas pronunció Jesús estas amenazas y maldiciones:

Mas ¡ay de vosotros *los ricos*!, porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo. ¡Ay de vosotros los que estáis *hartos*! porque sufriréis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora *reís*!, porque día vendrá en que gemiréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros cuando os *aplaudieren* los hombres del mundo!, porque eso hacían sus padres con los falsos profetas (Luc., VI, 24-26).

73. **La justicia que debe brillar en los cristianos.** —Esta parte se encamina a perfeccionar la antigua Ley, exponiendo Jesucristo la justicia verdadera en contraposición de la farisaica, sobre el homicidio, el adulterio, el divorcio, el juramento, la ley del talión y las relaciones con los enemigos.

Luego dirigió Jesús sus ojos a la inmensa multitud, y le dijo:

«No penséis que yo haya venido a destruir la ley o los profetas; no he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento. En verdad os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor y más cumplida que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído, por ejemplo, a los escribas este mandamiento: *No matarás*; quien matare, será reo de juicio. Mas yo os digo: Todo aquel que se enojare con su hermano, quedará obligado a juicio; y quien zahiriere a su hermano, obligado será a concilio; y el que injuriare a su hermano, será reo del fuego del infierno».

«Habéis oído de boca de los escribas: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*; mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis hijos de vuestro padre celestial, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Porque si amáis solamente a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿Por ventura no hacen esto los publicanos? Y si solamente saludáreis a vuestros hermanos, ¿qué mérito hay en ello? Por ventura no hacen también esto mismo los gentiles? Sed, pues, perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mat., V, 17-48; Luc., VI, 27-30).

a) Jesús se nos presenta aquí como *Legislador del Nuevo Testamento*, y habla con la plenitud de su autoridad, en nombre propio, como Dios; no como Moisés y los profetas, que hablaban y mandaban en nombre de Dios.

b) La nueva ley de Jesús, *ley moral cristiana*, es una ley perfecta, que no sólo prohibe las malas acciones, los malos actos, sino también las malas palabras, los malos pensamientos, los malos deseos y las malas intenciones; no sólo mira al hombre exterior, sino también a su santificación y ennoblecimiento interior.

c) Se extiende además la nueva ley *a la perfección cristiana*, a que *trabajemos* incesantemente en nuestra perfección, proponiéndonos como modelo la perfección divina.

74. **La recta intención en las buenas obras.**—Esta parte se refiere a evitar la vana ostentación en las buenas obras, con tres aplicaciones prácticas sobre la limosna, la oración y el ayuno.

«Guardaos bien de hacer *vuestras buenas obras* por ser vistos de los hombres; de otra manera no recibiréis el galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.

Así, cuando das *limosna* (o cualquier obra de caridad), no quieras publicarla a son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres. En verdad os digo, que estos tales han recibido ya su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha; para que tu limosna sea ignorada; y tu Padre, que ve las cosas ocultas, te lo recompensará.

Cuando *ores*, retírate a tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre, que ve las cosas ocultas, te premiará. Ved, pues, cómo habéis de orar: *Padre nuestro, etc.*

Y cuando *ayunes*, no se altere tu semblante y no quieras ponerte triste, para que conozcan los hombres que ayunas; y tu Padre, que ve las cosas ocultas, te dará por ello la recompensa» (Mat., VI, 1-18).

75. La única solicitud digna del hombre.—En esta parte enseña Jesucristo cuáles son los tesoros por los que el cristiano debe suspirar, y la confianza que ha de tener en Dios.

«No queráis *amontonar tesoros en la tierra*, donde el orín y la polilla los consumen, y los ladrones los desentierran y roban; atesorad más bien tesoros en el cielo, donde no hay orín, ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben. *Nadie puede servir al mismo tiempo a dos señores*; así, pues, vosotros no podréis servir a Dios y a las riquezas.

Por lo mismo os digo: *No os afanéis demasiado* por vuestra vida pensando qué comeréis, ni por vuestro cuerpo pensando cómo hayáis de vestiros. ¿Por ventura no es más el alma que la comida, y el cuerpo que los vestidos? Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros más que ellas? Contemplad los lirios del campo; no labran ni hilan, y sin embargo ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió tan magníficamente como uno de éstos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es,

y mañana es arrojada al fuego, Dios viste así, ¿cuánto más no hará con vosotros, hombres de poca fe? *Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia* y todas las demás cosas se os darán por añadidura» (Mat., VI, 19-34).

a) *La confianza en Dios.* No quiere decir Jesucristo que no atendamos a las cosas temporales o absolutamente las descuidemos, ni mucho menos; pues esto sería reprensible. Lo que el Señor avisa es el peligro de la solicitud desasosegada, que no piensa en Dios y su amorosa Providencia.

b) *La salvación del alma.* También de lo terreno ha de cuidar el hombre, pero sin descuidar lo principal, la salvación del alma. Por lo tanto, nuestro principal empeño ha de ser vivir en gracia de Dios y aspirar a ser virtuosos, que esto es «buscar la justicia». Por eso Dios mismo da al hombre la seguridad de que no le faltará lo necesario, con tal que permanezca fiel a su primera obligación.

76. Los deberes con el prójimo.—Esta parte es una suma de todos los deberes para con el prójimo, resumidos en la conducta que se ha de seguir en los juicios y en las obras.

«No queráis juzgar, para no ser juzgados; no condenéis, para no ser vosotros condenados; perdonad, y vosotros seréis perdonados. Con el mismo juicio que juzgareis, habréis de ser juzgados; y con la misma medida con que midiéreis, seréis medidos. Mas tú, ¿por qué ves la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ¿O cómo dices a tu hermano: déjame sacarte la pajita de tu ojo, teniendo una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y después verás de sacar la pajita del ojo de tu hermano.

Haced vosotros con los demás todo lo que deseáis hagan con vosotros. Esta es la doctrina de la Ley y los Profetas» Mat., VII, 1-5; 12).

Cuando Jesús hubo concluído este discurso, los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina, porque la enseñaba como quien tiene autoridad del cielo, esto es, potestad soberana para dar leyes y mover los corazones de los hombres (Mat., VII, 28-29).

LECCION 14

DIVERSOS HECHOS DE JESUS DESPUES DEL SERMON DE LA MONTAÑA

SUMARIO: 77. Curación del siervo del Centurión.—78. Resurrección del hijo de una viuda de Naím.—79. Embajada del Bautista.—80. Conversión de la pecadora anónima.

77. **Curación del siervo del Centurión.**—Después que Jesús terminó el sermón de la Montaña, entró en Cafarnaún y allí acaeció, poco después, la famosa curación del siervo del Centurión, que estaba en aquella ciudad al servicio del tetrarca Herodes Antipas.

Se le llama *Centurión* porque era jefe o comandante de una centuria o división de cien soldados; no hay que confundirle con el Régulo (núm. 55).

NARRACIÓN.—He aquí cómo expresa este hecho el Evangelio: Desde la montaña se dirigió Jesús a Cafarnaún, donde había un Centurión, capitán romano, muy inclinado a los judíos, para quienes había edificado a sus expensas una sinagoga; el cual tenía en su casa enfermo a la muerte a un criado suyo, a quien amaba mucho.

Cuando este Centurión supo que Jesús iba a Cafarnaún, envió a su encuentro algunos ancianos de los judíos para que le rogasen viniera a sanar a su siervo. Entonces fué Jesús con ellos, y cuando ya estaba cerca de la casa, salió a su encuentro el Centurión, y le dijo: «*Señor*, no te tomes esa molestia, que *yo no soy digno de que entres en mi casa*; por lo cual ni aun me he creído yo digno de salir a buscarte; *mas di una sola palabra, y mi siervo será sano*. Porque también yo soy un oficial subalterno, que tengo soldados a mis órdenes; y digo al uno: ve, y va; y al otro, ven, y viene; y a mi siervo: haz esto, y lo hace».

Así que Jesús oyó estas palabras quedó maravillado; y vuelto hacia el pueblo, que le iba siguiendo, dijo: «En verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado fe tan grande. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán en el reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob; mas los hijos del reino (los judíos) serán arrojados a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes». Después dijo Jesús al Centurión: «Vete, y como creiste, así te suceda». Y en aquella hora misma quedó sano el criado (Mat., VIII, 5-13; Luc., VII, 1-10).

Estas palabras: *Señor, yo no soy digno*, etc., las pone la Iglesia en boca de los sacerdotes y de los fieles en el momento de la comunión; son *un modelo de oración*, por el respeto, la humildad y la fe absoluta en la omnipotencia de Jesús.

78. **Resurrección del hijo de una viuda de Naim.**—A continuación del gran prodigio de la curación del esclavo del Centurión, sucede otro incomparablemente mayor: el de la resurrección del hijo de una viuda de Naím.

Desde Cafarnaún hasta Naím hay unos 38 kilómetros, que los recorrió el Señor para llegar, según parece, a la tarde del día siguiente. Iba acompañado de sus Apóstoles y de una turba numerosa, que providencialmente contribuiría a multiplicar los testigos del nuevo milagro.

NARRACIÓN.—Fué Jesús a una ciudad llamada Naím (ciudad hermosa, situada a unos 12 kilómetros al sudeste de Nazaret); y con él iban sus discípulos y mucho gentío. Cuando ya estaba cerca de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un joven difunto, hijo único de su madre, que era viuda, la cual iba llorando detrás de féretro, y con ella muchas gentes de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido a compasión, la dijo: «No llores». Después se adelantó, y tocó el féretro para que se pararan los que le llevaban, los cuales se detuvieron. Entonces dijo Jesús al cadáver: «Muchacho, yo te lo mando, ¡levántate!», y al punto se incorporó el joven, que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y Jesús se lo volvió a su madre.

Con esto quedaron todos penetrados de temor; y glorificaban a Dios, diciendo: «*Un gran profeta ha aparecido entre nosotros*, y Dios ha visitado a su pueblo» (Luc., VII, 11-16).

En este estupendo milagro se manifiesta con nuevo brillo la *omnipotencia del Salvador*, como señor de la vida y de la muerte, y por lo tanto otra palpable prueba de su divinidad.

79. **Embajada del Bautista.**—El episodio de la embajada del Bautista siempre se ha considerado como uno de los hechos más notables de la vida de Jesús.

Herodes Antipas, para satisfacer su odio contra el Precursor, que reprendía sus vicios, le mandó encarcelar (núm. 53).

Sus discípulos, al ver los incesantes prodigios que Jesús hacía y los prósperos efectos producidos, fueron a la prisión a referírselos al Bautista. Este, que no dudó un momento de que Jesús era el Mesías, pues recibió clara revelación de ello, viendo próxima ya su muerte y deseando que sus discípulos se robustezcan en la fe de Jesús, quiere darles ocasión de que le conozcan, se unan a él y le sigan. Tal es el fin de esta embajada del Bautista al Salvador.

Testimonio que Jesús da de sí mismo. Entonces Juan llamando a dos de sus discípulos envióles a Jesús para que le hiciesen esta pregunta: «¿Eres tú el que has de venir, o esperamos a otro?» Jesús les contestó mostrándoles los muchos milagros que obraba con muchos enfermos y miserables, y les dijo: «Id y contad a Juan todo lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres les es anunciado el Evangelio. Y bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí» (esto es, que al ver mi pobreza y humildad, mi pasión y mi muerte, no le sirva de tropiezo para dejar de creer en mí).

Quiso Jesús probar su *misión divina*, al contestar a los emisarios del Bautista, alegando los vaticinios de los profetas acerca de sus milagros; en especial alude a la profecía de Isaías, que dice así: «*Dios mismo viene a salvarnos*». Abranse, pues, los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos, pues el tullido saltará como un ciervo; y desátese

la lengua de los mudos» (Is., XXXV, 4 y sigs.; LXI, 1 y sigs.). Encié-rranse en estas palabras dos testimonios de su mesianidad: los mila-gros mismos y el cumplimiento de las profecías que los anunciaban.

80. **Conversión de la mujer pecadora anónima.**—Otro episodio sumamente conmovedor relata el Evangelio, en que se pone de manifiesto la misericordia infinita de Jesucristo para con los pecadores arrepentidos.

La escena tiene lugar «en una ciudad», de Galilea que no nombra el Evangelio, probablemente cerca de Cafarnaún; y en casa de un fariseo, que invitó a Jesús a un banquete, más por curiosidad que por afecto al Señor, como se hecha de ver por la frialdad con que el anfitrión le obsequia.

NARRACIÓN.—Rogóle uno de los fariseos, llamado Simón, que fuera a comer con él. Y habiendo entrado Jesús en casa del fari-seo, se puso a la mesa. Cuando he aquí que una pecadora que había en la ciudad, tan pronto como oyó que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, se apresuró a llevar un vaso de alabas-tro lleno de bálsamo, y poniéndose detrás de él, a sus pies, comen-zó a bañárselos con sus lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza y los besaba, y derramaba sobre ellos el perfume.

Viendo esto el fariseo que le había convidado, decía para consigo: «Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién es esta mujer, que es una pecadora». Jesús, respondiendo a su pen-samiento, le dijo: «Simón, te quiero decir una cosa. Un acreedor tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen con qué pagarle, perdonó a entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos, a tu parecer, le amará más?» Respondió Simón: «Yo creo que aquel a quien se perdonó más». Díjole Jesús: «Rectamente has juzgado».

Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me has dado agua para lavar mis pies; mas ésta los ha bañado con sus lágrimas y los ha en-jugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; pero ésta desde que llegó no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza; y ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por todo lo cual te digo: que perdonados le son sus

muchos pecados, porque ella ha amado mucho; mas aquel a quien menos se le perdona, menos ama». En seguida dijo a la mujer: «*Perdonados te son tus pecados.* Tu fe te ha salvado: ¡vete en paz!» (Luc., VII, 36-50).

El Evangelio omite el nombre de esta mujer, llamándola delicadamente «la pecadora»; pero es opinión la más generalizada que se refiere a María Magdalena (la María, natural de *Magdala*, ciudad del extremo meridional de la llanura de Genesaret, seis kilómetros al norte de Tiberíades). No debe confundirse, por lo tanto, este pasaje de San Lucas con otro análogo referido por los otros tres Evangelistas; debiendo admitirse como cosa probadísima que en ambos casos es María Magdalena, hermana de Lázaro y Marta de Betania, la que unge los pies del Señor. Y con tanta mayor razón, cuanto que San Lucas habla expresamente de María Magdalena, después de convertida, entre las que seguían a Jesús por Galilea. Es, por consiguiente, esta pecadora (María Magdalena) la misma que ungió los pies del Salvador poco antes de la pasión.

LECCION 15

PARABOLAS DEL REINO DE DIOS. EL SERMON DEL LAGO

SUMARIO: 81. Idea de la parábola.—82. Qué se entiende por reino de Dios.—83. Número y clasificación de las parábolas.—84. El sermón del lago.—85. Parábola del sembrador.—86. Otras parábolas: la del grano de mostaza; de la levadura; de las perlas; de la red.

81. **Idea de la parábola.**—Muchas de las enseñanzas de Jesús, ya desde el comienzo de su vida pública, las formuló empleando *parábolas*; por lo que antes de exponerlas, es muy interesante tener algún conocimiento de este método pedagógico de enseñanza.

Parábola es la narración de un suceso, real o posible, tomado ora de la naturaleza, ora de la vida cotidiana o humana, con el fin de hacer patente una verdad profunda, moral o religiosa, para darla así mayor relieve y hacer que penetre más hondamente en las inteligencias y en los corazones.

Es esencial, por lo tanto, en estos cuadros una *comparación*, a veces desarrollada, a veces sólo indicada.

La parábola evangélica es, pues, en sentido lato, una imagen terrena que declara una verdad celestial.

82. Qué se entiende por reino de Dios.—Las parábolas comienzan por lo general: El reino de los cielos es semejante a... etcétera. Quiere decir el reino del Mesías, el reino de Jesucristo sobre la tierra.

Este se puede considerar bajo dos aspectos: 1.° uno exterior, visible, que es el reino de su Iglesia; 2.° otro interior, invisible, que es el reino de su gracia y de su verdad en las almas; es decir, en cuanto Cristo reina en los corazones de los hombres con su gracia y su verdad.

A veces se entiende también por reino de los cielos o reino de Dios, el reino de la bienaventuranza, el cielo mismo, al que nos conduce el reino de Cristo en la tierra.

83. Número y clasificación de las parábolas.—Pueden clasificarse las parábolas en *tres grupos*, que se distinguen entre sí, no sólo por su tema general, sino por los períodos del ministerio de Jesús a que pertenecen.

1. *El primer grupo* consta de ocho parábolas del reino de los cielos: la del sembrador, la de la cizaña y el trigo, la de la semilla que germina, la del granito de mostaza, la de la levadura, la del tesoro escondido, la de las perlas y la de la red de pescar.

2. *El segundo grupo* es aún más considerable y de gran interés doctrinal, y comprende: las parábolas del buen samaritano, del criado sin compasión, del amigo que llega en la noche, del rico insensato, de la higuera estéril, del gran convite, de la oveja extraviada, de la moneda perdida, del hijo pródigo, del administrador infiel, del rico avariento y del pobre Lázaro, del juez inicuo, del fariseo y del publicano, la de los obreros enviados a la viña y la de los deudores.

3. *El tercer grupo* sólo comprende seis parábolas: la de las minas, la de los hijos, la de los viñadores homicidas, la de las bodas reales, la de las diez vírgenes y la de los talentos.

Estas últimas refiérense, como las del primer grupo, al reino de Dios, pero desde otro punto de vista.

Contienen todas estas parábolas maravillosos e inagotables tesoros de doctrina, que tomadas aisladamente sólo dan resultados parciales; pero en su conjunto derraman viva y esplendorosa luz sobre toda la doctrina moral y religiosa.

No exponemos en este libro todas las parábolas, sino sólo algunas del primer grupo, que corresponden cronológicamente a esta lección, y que Jesús pronunció en el *sermón del lago*, y algunas otras separadamente en sus propios lugares.

84. El sermón del lago.—Después del episodio de la pecadora, inauguró Jesús una segunda evangelización en Galilea, esta vez acompañado de sus doce Apóstoles y otro séquito de muchas personas agradecidas que habían sido curadas por él de sus dolencias y enfermedades (Luc., VIII, 1-3).

En una de estas excursiones, tuvo lugar una enseñanza doctrinal de Jesús, en el lago de Genesaret, al pueblo agrupado en la orilla o ribera, en forma de parábolas, con las que el Salvador nos instruye acerca del reino de la gracia y de la verdad, fundado por él.

Ocasión de las parábolas. Salió Jesús cierto día de Cafarnaún hasta el lago de Genesaret, y la turba que antes le había acompañado volvió de nuevo a unírsele, aumentada con nuevos grupos, que acudían de las ciudades vecinas.

Jesucristo se sentó allí a la orilla del mar, y era tan grande el concurso de gentes que se juntó a su alrededor, ávidas de verle y oírle, que le fué preciso hacer lo que el día de la pesca milagrosa, refugiarse en una barca que allí había, para verse libre de las apreturas. Una vez sentado allí en la popa, comenzó el divino Maestro a hablar a la muchedumbre, que estaba en pie en la playa, enseñándole muchas cosas en forma de parábolas.

85. Parábola del sembrador.—«Salió una vez cierto sembrador a sembrar, y al esparcir los granos, algunos cayeron cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y se los comieron. Otros

cayeron entre piedras, donde había poca tierra, y luego brotaron, y cuando salió el sol se quemaron y secaron, porque no tenían raíz. Otros granos cayeron entre espinas, las cuales creciendo ahogaron la siembra; y otros, en fin, cayeron en buena tierra, y crecieron y dieron fruto, unos treinta, otros sesenta y otros ciento». Cuando Jesús hubo hablado, añadió: «El que tenga oídos, que oiga» (Mat., XIII, 1-9; Marc., IV, 1-9; Luc., VIII, 4-8).

Significación de la parábola.—El mismo Jesús explica la parábola, diciendo: «Le semilla es la palabra de Dios; la que cae junto a un camino es en aquellos que la oyen; pero luego viene el diablo y la arrebata de sus corazones para que no crean y no sean salvos. Caen los granos en terreno pedregoso, cuando los que oyen la palabra de Dios, la reciben con alegría, pero no tienen raíz en sí mismos, creen en ella durante algún tiempo, y luego en la hora de la tentación sucumben. La que cae entre espinas, son los que oyen la palabra de Dios, pero los afanes del siglo, las riquezas y los placeres de la vida, la sofocan, de manera que nada produce. Lo que fué sembrado en buena tierra, son los que oyen la palabra de Dios, y la retienen en su corazón, y dan fruto en paciencia con perseverancia» (Mat., XIII, 18-23; Marc., IV, 13-20; Luc., VIII, 11-15).

86. **Otras parábolas del reino de Dios.**—*Parábola del granito de mostaza.* «El reino de los cielos es semejante a un granito de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña entre las semillas; pero después de crecida, es mayor que todas las legumbres; y se hace árbol, en cuyas ramas vienen a hacer sus nidos las aves del cielo».

Parábola de la levadura. «El reino de los cielos también es semejante a la levadura que toma una mujer, y la mezcla con la demás masa, hasta que toda fermenta».

Parábola de las perlas. «El reino de los cielos es asimismo semejante a un negociante que busca perlas finas; y habiendo encontrado *una* de gran valor, vendió cuanto tenía y la compró».

Parábola de la red de pescar. «También es semejante el reino de los cielos a una red que echada en el mar allega todo género de peces; y cuando está llena, la sacan a la orilla, y escogen los peces buenos y arrojan fuera los malos. Así sucederá al fin del mundo. Saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los

buenos, y los arrojarán al horno de fuego; y allí será el llanto y crujir de dientes» (Mat., XIII, 31-50; Marc., III, 26-32; Luc., XIII, 20-21).

Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo, para que se cumpliera la profecía: «Abriré mi boca *para hablar en parábolas*; y diré cosas que han estado ocultas desde el principio del mundo». Mas cuando estaban solos las interpretaba a sus discípulos (Mat., XIII, 34-35; Marc., IV. 33-34).

LECCION 16

NUEVA SERIE DE MILAGROS EN GALILEA Y OTROS HECHOS

SUMARIO: 87. Jesús calma una tempestad.—88. Los endemoniados de Gerasa.—89. Resurrección de la hija de Jairo.—90. Curación de dos ciegos y un mudo.—91. Martirio de San Juan Bautista.

87. **Jesús calma una tempestad.**—La misma tarde en que tuvo lugar el sermón del lago, va a obrar el Salvador un gran milagro sobre los elementos, y poco después, en el mismo día y en el siguiente, según parece, otros cinco, que han de conmover aun más a las muchedumbres; es decir, en menos de veinticuatro horas realiza Jesús seis estupendos milagros.

NARRACIÓN.—Aquel mismo día por la tarde, en que Jesús había propuesto las parábolas del reino de Dios, como viese que las turbas le seguían y aclamaban, para evitar estas demostraciones de entusiasmo, dijo a sus Apóstoles: «Pasemos a la otra parte del lago». Subió, pues, con sus discípulos a una barquichuela, y le acompañaron otras muchas barcas. Mientras ellos navegaban, se levantó una gran tempestad de viento, que arrojaba las olas en la barca, de suerte que ya ésta se llenaba de agua. Entre tanto Jesús estaba dormido en la popa sobre un cabezal.

Entonces se llegaron a él sus discípulos, y le despertaron, diciendo: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos? ¡Señor! ¡Salvadnos, que perecemos!» Y Jesús les dijo: «¿Por qué estáis temerosos, hombres de poca fe?» Levantándose entonces Jesús, *mandó al viento y a la mar*: «¡Calla, sosiégate!» Y al instante cesó el viento y sobrevino una grande bonanza. Los hombres (tanto los discípulos como las gentes que acompañaban a Jesús en las otras embarcaciones) tuvieron gran miedo y se decían asombrados: «¿Quién es este a quien aun los vientos y el mar obedecen?» (Mat., VIII, 18; 23-27; Marc., IV, 35-40; Luc., VIII, 22-25).

La barca azotada con las olas enfurecidas es una figura de la Iglesia militante, que ha sido siempre blanco del furor del infierno y de sus satélites, y lo será siempre hasta el fin de los tiempos; siempre tendrá que luchar contra toda clase de tormentas a través del mar borrascoso de este mundo, pero a la vez siempre victoriosa, porque Jesús, aunque aparezca dormido, va continuamente dentro de esta barca, hasta que haya entrado, con todos los escogidos, en el puerto de la gloria.

88. **Los posesos del país de los gerasenos.**—En cuanto Jesús llegó con sus Apóstoles a la otra parte del lago, al territorio de los gerasenos, frente a Tiberiades, tuvo lugar un suceso extraordinariamente gráfico y animado.

NARRACIÓN.—Apenas desembarcado, corrieron al encuentro de Jesús dos endemoniados que salían de unas cuevas sepulcrales, los cuales eran tan furiosos, que nadie osaba transitar por aquel camino.

Uno de ellos particularmente estaba tan furioso, que no había hombre que pudiese refrenarle ni aun con cadenas, las cuales rompía y despedazaba, sin que nadie pudiera domarle. Hacía tiempo que no usaba ropa alguna y no vivía en casa, sino en sepulcros cavados en las rocas; andaba noche y día gritando y golpeándose con agudas piedras. Este, pues, viendo de lejos a Jesús, corrió a él y le adoró; y clamando en voz alta dijo: «¿Qué tengo que ver yo contigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? En nombre del mismo Dios te conjuro que no me atormentes». Y es que

Jesús, le decía: «Sal, espíritu inmundo, sal de este hombre». Y preguntóle Jesús: «¿Cuál es tu nombre?» El respondió: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos». Y suplicábale con ahinco que no le echase de aquel país.

Había en aquel lugar, pastando en la falda del monte vecino, una gran piara de puercos. Y los espíritus infernales rogaban a Jesús diciendo: «Si nos arrojas de aquí envíanos a los puercos, para que entremos en ellos». Y Jesucristo se lo permitió al instante. Y saliendo los espíritus inmundos, entraron en los cerdos; y toda la piara se precipitó con gran furia en el mar, que eran como unos dos mil, y se ahogaron todos.

Cuando vieron esto los pastores, huyeron a toda prisa y llevaron la noticia a la ciudad y a las alquerías. Las gentes salieron a ver lo acontecido; y llegando a donde estaba Jesús, ven al que antes era atormentado del demonio allí sentado, vestido y en su sano juicio; y todos quedaron espantados. Los que se hallaban allí presentes les contaron lo que había sucedido al endemoniado y lo de los cerdos. Y temiendo nuevas pérdidas, comenzaron a rogar a Jesús que se retirase de sus términos (Mat., VIII, 28-34; Marc., V, 1-20; Luc., VIII, 26-39).

89. **La hija de Jairo.**—Dejada la región de Gerasa, a donde quizá había ido Jesús con el fin de tomar algún descanso, atravesó nuevamente el lago en dirección contraria, hacia Cafarnaún, y una vez que hubo allí regresado, salió todo el pueblo lleno de alegría a recibirle. Entonces se le presentó el jefe de una sinagoga, llamado Jairo, el cual tenía una hija de doce años que estaba a la muerte. Echándose a los pies de Jesús, le suplicaba diciendo: «Señor, mi hija está en su última hora, se está muriendo; ven, impónle tu mano, y vivirá». Jesús fué con él y también los discípulos, y una gran multitud de gentes, de suerte que era muy grande el tropel y muchedumbre que se apiñaba alrededor de Jesús.

En esto les salió al encuentro uno de la casa de Jairo diciéndole: «Tu hija ha muerto; no tienes por qué molestar más al Maestro». El padre se conmovió profundamente; pero Jesús le

dijo: «No temas, basta que creas, y tu hija volverá a la vida». Cuando Jesús entró en la casa encontró una multitud de gentes que gemían y lloraban, y también flautistas que, según la costumbre de aquel tiempo, tocaban en los duelos. Jesús les dijo: «¿Por qué lloráis y hacéis ruido? La muchacha no está muerta, sino que duerme». Y se mofaban de él, porque sabían muy bien que la niña estaba muerta, y no pensaban que Jesús había ido allí para resucitarla.

Jesús entonces echó fuera a toda la gente, y entrando con los padres de la niña y con tres de sus discípulos en la habitación donde yacía el cadáver, se acercó a él, le tomó por la mano y le dijo: «¡Niña, levántate!» Y se levantó al instante y echó a andar, pues tenía doce años; Jesús mandó que la diesen de comer. Los padres quedaron llenos de asombro; a los cuales mandó el Señor que no dijeran nada de lo sucedido; pero el ruido de este milagro se extendió por toda la comarca, con lo que aumentó más la gloria de Jesús (Mat. IX, 18-26; Marc. V, 21-43; Luc. VIII, 40-56).

El motivo por que mandó el Señor que no se publicara el milagro fué para prevenir las aclamaciones populares y para que no creyesen las gentes que quería prodigar las resurrecciones como las curaciones.

90. Jesús da vista a dos ciegos y cura a un poseso mudo.— Cuando el Señor se retiraba de la casa de Jairo, guiados seguramente por el vocerío del pueblo que acompañaba al Maestro, le siguieron dos ciegos gritando: «Hijo de David, ten compasión de nosotros». Luego que llegó a la casa donde se alojaba, volviéndose a los ciegos, les preguntó: «¿Creéis que yo puedo curaros?» Ellos le dijeron: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos, diciendo: «Según vuestra fe, así os sea hecho». Y al instante se les abrieron los ojos; y Jesús les increpó que no lo dijeran a nadie; mas ellos lo publicaron por toda la comarca.

Luego que éstos se fueron, le presentaron a un hombre mudo poseído del demonio; y Jesús le curó en seguida, y lanzado que fué el demonio del cuerpo, habló el mudo, y las gentes se llenaron de admiración, y decían: «Jamás se ha visto cosa semejante en Israel».

Pero los fariseos, por el contrario, carcomidos por la envidia, no pudiendo negar la realidad del milagro, se esforzaban en disminuir su valor y sus efectos, repitiendo su odiosa y criminal blasfemia: «En virtud y por arte del príncipe de los demonios expele a los demonios» (Mat., IX, 27-34).

91. Degollación del Bautista.—Por entonces Jesús mandó a sus discípulos a predicar por los pueblos y mientras los Apóstoles ejercían su misión, Jesús prosiguió su predicación por Galilea, tal vez acompañado de algunos de los otros discípulos que le seguían, y entonces fué cuando ocurrió el martirio del Bautista.

El Tetrarca había puesto en prisiones a Juan (núm. 53), porque le reprendía el pecado de estar casado malamente con Herodías: «No te es permitido casarte con la mujer de tu hermano». Pero Antipas no quería pasar más adelante; bastábale con haber reducido a prisión al Bautista, seguro de que ya no podría recriminarle, al menos públicamente.

No se contentaba con eso Herodías, que odiaba a muerte al Precursor, por lo que aprovechó la ocasión que se le presentó para hacerle desaparecer criminalmente. La ocasión fué la siguiente:

Dió Herodes un convite a los príncipes y personas ilustres de su reino para celebrar el aniversario de su nacimiento. Entró entonces en el lugar del banquete la hija de Herodías, y bailó; y agradó tanto a Herodes y a los convidados, que dijo el rey a la muchacha: «Pídeme lo que quieras, que yo te lo concederé». Y le añadió con juramento: «Aunque sea la mitad de mi reino, te la daré».

Petición criminal de la hija de Herodes. La joven fué a su madre, y la dijo: «¿Qué deberé pedir al rey?» Respondióle: «La cabeza de Juan Bautista». Y volviendo a toda prisa a donde estaba el rey, le hizo esta demanda: «Yo quiero que me des en un plato la cabeza del Bautista». Entristecióse el rey; pero llevado de una falsa estimación de su juramento, que en todo caso no le obligaba a hacer ninguna cosa mala, no quiso negarse delante de los convidados, y envió al punto al verdugo, mandando traer

en una fuente la cabeza de Juan. El verdugo degolló, pues, al Bautista en la prisión, y trayendo la cabeza del santo, se la entregó a la impía muchacha, la cual se la dió a su cruel madre.

Cuando los discípulos de Juan lo supieron, vinieron llenos de aflicción, cogieron su cuerpo y le dieron sepultura. Luego se fueron a anunciar a Jesús la dolorosa nueva (Mateo, XIV, 1-12; Marc., VI, 14-29).

Fin trágico de los causantes del martirio de Juan. Pocos años después de esta muerte violenta y cruel, privó el emperador Calígula a Herodes de sus Estados y le desterró a Lyon. Según Josefo, de allí, tanto él como su mujer, vinieron a España, y murieron en la más espantosa miseria. La hija de Herodías, patinando por un lago helado, habiéndose quebrado el hielo, se hundió, y fué su cuello aprisionado hasta quedar cortado (Nicéf. Hist. Eccle., 1, 20).

LECCION 17

PROMESA DE LA EUCARISTIA. MILAGROS QUE PRECEDIERON

SUMARIO: 92. Primer milagro que precede: la multiplicación de los panes.—93. Segundo milagro que precede: Jesús camina sobre las aguas.—94. Jesucristo, «pan de vida»; promesa de la Eucaristía.—95. Fidelidad de los Apóstoles y el traidor.

92. Multiplicación de los panes.—Poco después de la muerte del Bautista, muy próxima ya la fiesta de la Pascua (la tercera de vida pública de Jesús), y con el fin de que los Apóstoles descansaran de su excursión evangélica, les dijo Jesús: «Venid y descansad un poco en algún sitio retirado».

NARRACIÓN.—En cuanto las muchedumbres se apercibieron de que Jesús y sus Apóstoles se iban a la otra parte del lago, les fueron siguiendo por tierra y consiguieron llegar antes que ellos.

Cuando Jesús vió aquella multitud de gentes, se compadeció de ellas; y sin concederse descanso alguno, subiendo a una mon-

taña para que todos le pudiesen oír, se sentó allí con los Apóstoles y discípulos, y comenzó a enseñarles muchas cosas. Después que hubo hablado, curó a todos los enfermos que allí había.

Jesús da de comer a cinco mil hombres. Y como entre tanto comenzase a declinar el día, se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: «Despide al pueblo para que vaya a las aldeas próximas y compre alimentos». Pero Jesús les dijo: «No tienen necesidad de ir. ¿Cuántos panes tenéis? Andrés contestó: «Aquí hay un muchacho que tiene *cinco panes de cebada y dos peces;* pero ¿qué es esto para tanta gente?» Y dijo Jesús: «Traédmelos acá». Entonces dió Jesús esta orden: «Haced sentarse a la gente formando grupos». Había en aquel lugar mucha hierba; y se fueron sentando todos, unos *cinco mil,* sin contar mujeres y niños, por grupos de ciento y de cincuenta.

Tomando Jesús los cinco panes y los dos peces, elevó sus ojos al cielo, los bendijo, los partió y se los dió a sus discípulos para que los distribuyesen al pueblo. Del mismo modo repartió Jesús los peces, y todos recibieron cuanto quisieron. Cuando todos quedaron saciados, dijo Jesús a sus discípulos: «Recoged los pedazos que hayan sobrado para que no se desperdicien». Los recogieron y llenaron doce canastas de pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada y de los dos peces.

Efectos del milagro. Viendo este prodigio las gentes se decían llenas de asombro: «Verdaderamente este es el Profeta que ha de venir al mundo. Por la cual, conociendo Jesús que habían de venir, para llevárselo por fuerza y hacerle rey, huyó él solo otra vez al monte, y a sus discípulos les mandó pasar en una barca a la orilla opuesta del lago (Mat., XVI, 13-23; Marc., VI, 30-46; Luc., IX, 10-17; Juan, VI, 1-15).

El objeto principal de este sorprendente milagro, además del fin general de todos los milagros de Jesús, el de demostrar su misión divina y su divinidad personal, tiene aquí una finalidad especial: el prefigurar el gran prodigio de la Santísima Eucaristía, donde tan maravillosamente se multiplica la real presencia de Jesucristo, y así disponer los ánimos para que los hombres creyesen en este prodigioso y divino alimento; ya al día siguiente le prometió el Señor.

93. Jesús camina sobre las aguas.—La turba que quería proclamar a Jesús por rey, viendo frustado su intento, se fué retirando poco a poco, Jesús, entre tanto, en la colina próxima a donde había subido solo, estaba en fervorosa oración, como solía hacerlo en momentos decisivos de su misión apostólica.

NARRACIÓN.—Como se hiciese tarde, mientras Jesús oraba en el monte, atravesaron los discípulos el lago. Era de noche, y la navecilla, por el recio viento que soplaba, era combatida de las olas en medio del mar. Viendo Jesús el grande esfuerzo que tenían que hacer para remar, cuando llevaban bogando unas cuatro o cinco horas con grande fatiga, cerca de la cuarta vigilia de la noche (como las tres de la madrugada), vino a ellos *andando por encima de las aguas*, como si quisiera pasar junto al barco. Creyendo ellos todos asustados que era un fantasma, gritaron llenos de terror, diciendo: «¡Es un fantasma!», pues todos le vieron y se asustaron.

Al instante les habló Jesús, diciendo: «Cobrad ánimo, yo soy, no tengáis miedo». Y *Pedro* respondió: «Señor, si eres tú, mándame venir a ti sobre las aguas». Y él dijo: «¡Ven!» Pedro en seguida saltó del barco y fué por encima de las aguas para llegar a Jesús. Pero viendo la fuerza del viento, se atemorizó; y empezando luego a hundirse, dió voces diciendo: «¡Señor, sálvame!» Entonces, extendiendo Jesús la mano, le cogió del brazo y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Y luego que subieron al barco, cesó el viento, y pronto llegaron a la orilla. Mas los que estaban en el barco (al ver afectados con un «asombro extremado» la divinidad de Jesús), se acercaron a él y le adoraron, diciendo: «*Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios*».

En cuanto llegó el barco a la orilla occidental del lago de Genesaret, pronto corrió la noticia por toda la comarca. De todas partes venían enfermos, los cuales eran puestos en las calles por donde Jesús pasaba, y le pedían que les permitiese tocar tan sólo la orla de su vestido. Y todos cuantos le tocaban quedaban sanos (Mat., XIV, 24-36; Marc., VI, 47-56; Juan, VI, 16-21).

El caminar Jesús sobre las aguas, era también, como el milagro de la multiplicación de los panes, una preparación a la promesa de la

Eucaristía; pues era una prueba portentosa de la omnipotencia y de amor de Cristo, que serviría para robustecer la fe y avivar la confianza de los Apóstoles, en la gran lucha que tendrán que sostener al día siguiente, cuando Jesús en aquel «duro discurso» les anuncia su separación de ellos.

94. Jesucristo, «pan de vida»: Promesa de la Eucaristía.—A la mañana siguiente, como no viesen las turbas allí a Jesús que tan milagrosamente les había dado de comer, se dirigieron a Cafarnaún a buscarle. Encontráronle en la sinagoga. Cuando Jesús los vió, les dijo: «No me buscáis por los milagros que visteis, sino porque comísteis del pan y os saciasteis. No os afanéis por la comida que perece (o sea por el pan terreno), sino por aquella que permanece para la vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre.

Ellos le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan». A lo que Jesucristo respondió: «*Yo soy el pan de vida*; el pan vivo que descendí del cielo. El que comiere de este pan, vivirá eternamente. *El pan que yo daré, es mi carne que yo entregaré por la vida del mundo*» (Juan, VI, 22-40).

Jesucristo dará su cuerpo y sangre por la vida del mundo, es decir, que ofrecerá en sacrificio su mismo cuerpo humano para conseguir al mundo la vida de la gracia, la redención; y *este mismo cuerpo le dará también como pan*, que sirva para alimento del alma.

Disputan los incrédulos judíos y Jesús confirma con palabras graves y solemnes su promesa. Comenzaron entonces los judíos que había en la sinagoga a altercar unos con otros, diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer *sus propia carne*?» Pero Jesús, no habiendo dado a sus palabras una significación figurada ni simbólica, sino real y literal, las explicó con mayor claridad diciendo: «En verdad, en verdad os digo, que *si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre*, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque *mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida*. Quien come mi carne y bebe mi sangre, *en mí mora y yo en él*. Así como el Padre viviente me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá también por mí. *Este es el pan de vida* que ha bajado del cielo: No es como el maná que vuestros padres comieron en el desierto, y no obstante murieron; pero quien come de este pan, vivirá eternamente». Todo esto dijo Jesús enseñando en la sinagoga de Cafarnaún (Juan, VI, 41-60).

95. Confesión de fe de los Apóstoles: el traidor.—Estas promesas tan sublimes a la vez que consoladoras no hallaron buena acogida; no sólo entre los judíos que permanecieron hostiles e incrédulos, sino hasta en algunos discípulos que con los Apóstoles acompañaban a Jesús en sus viajes de peregrinación. Es el lenguaje de la incredulidad: negar la posibilidad.

La manducación de carne humana escandalizó a muchos de los oyentes, porque aun no conocían el misterio eucarístico. Pasado poco más de un año, verán a Jesús subir a los cielos: Este milagro, no sólo confirmará su doctrina, sino será a la vez una forma de hacer creer el misterio eucarístico.

NARRACIÓN.—Al oír aquellas palabras comenzaron a murmurar muchos de sus oyentes, y dijeron entre sí: «Dura es esta doctrina, ¿quién puede escucharla?» Unos no comprendían cómo pudiese Jesús darles su propia carne y sangre por alimento; otros pensaban que habían de alimentarse de la carne de Jesús después de muerto.

Desde entonces muchos de sus discípulos se alejaron definitivamente de él. Y como el momento era grave y decisivo, el Salvador, no obstante la pena que esta separación le causaba, quiso hacer también experiencia de la fe de sus Apóstoles, y así les dijo: «¿Vosotros queréis también marcharos?» Respondióle Pedro en nombre de todos: «¡Señor!, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos *creído* y *conocido* que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Pero había entre ellos un germen de *apostasía*, y lo que es más, también de *traición*; y por eso *replicóle* Jesús: «Pues qué, ¿no os escogí yo a los doce?; y con todo, uno de vosotros es un diablo». Esto lo decía por Judas Iscariote; que no obstante ser uno de los doce, le había de vender (Juan, VI, 61-72).

AÑO TERCERO DE LA VIDA PUBLICA

LECCION 18

HECHOS DIVERSOS EN GALILEA

SUMARIO: 96. Excursión por Fenicia.—97. La confesión y primacía de San Pedro.—98. Primera predicción de la Pasión.—99. La Transfiguración del Señor.—100. Segundo anuncio de la Pasión.—101. Jesús y los niños.

96. Excursión por Fenicia.—Entramos en la tercera Pascua, comienzo del tercero y último año de la vida pública de Jesús.

En este año tercero, Jesús no subió a Jerusalén a celebrar la Pascua; pero no obstante fué para la fiesta de los Tabernáculos, hacia el mes de octubre, o sea seis meses después, y también a la fiesta de la Dedicación del Templo, hacia el mes de enero; luego va a Perea y nuevamente vuelve a Judea.

Jesús se detuvo algún tiempo al principio de este tercer año en la región de Genesaret, y luego emprendió un largo viaje, marchando por la parte occidental a *Fenicia* (el país de *Tiro* y *Sidón*), donde tuvo lugar el episodio de la *Cananea*, que llegó a hacer inclinar a Jesús a su favor, curando repentinamente la hija de esta mujer pagana (Mat., XV, 21-28; Marc., VII, 24-30).

Dejando Jesús los dominios de Tiro, vino por Sidón a las proximidades de Cesarea de Filipo, donde prometió el Primado a Pedro, como se verá a continuación.

97. La confesión y primado de Pedro.—Un acontecimiento muy extraordinario y de importancia suma es la *confesión* de San Pedro, testimoniando la divinidad de Jesús, y la magnífica recompensa que por ello recibe, prometiéndole Jesús el *primado*, es decir, eligiéndole para cabeza visible y suprema de la Iglesia y Vicario suyo en la tierra.

NARRACIÓN.—Viniendo Jesús al territorio de *Cesarea de Filipo* (de 40 a 50 kilómetros al norte de Betsaida), preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre?» Respondieron ellos: «Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, o alguno de los profetas». Y añadió Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Entonces contestó Simón Pedro: «*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*».

Y Jesús respondiendo, le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná; porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos*» (Mat., XVI, 13-20; Marc., VIII, 27-30; Luc., IX, 18-21).

Es de admirar la infinita sabiduría con que Jesús procede en la fundación de su Iglesia. Comenzó atrayendo a su aprisco las ovejas dispersas de Israel, y luego les preparó pastores, instituyendo el Colegio Apostólico. Ahora atiende a proveer a este su rebaño de Pastor supremo, que le reemplace a él mismo, cuando abandonando la tierra vuelva al cielo.

Este es uno de los puntos culminantes de la Historia de Jesús; es el paso decisivo para la *institución y perpetuidad* de su Iglesia.

98. Primera predicción de la Pasión.—Jesús, al instituir el primado de Pedro, dejó entrever la gloria e inmortalidad de su Iglesia. Pero como los Apóstoles aun participaban de la esperanza judía sobre un Mesías terrenal, poderoso como los reyes temporales; a fin de desterrar de ellos tal ideología, les anuncia por primera vez el tremendo misterio de su Pasión y Muerte.

«Es el grano de trigo que debe morir antes de desplegarse en lozana espiga».

El gran misterio de la Pasión. Y entonces (cuando los Apóstoles estaban ya tan firmes en la fe de su divinidad, que no era ya fácil ser inducidos a error), comenzó Jesús a manifestarles que convenía que él, el Hijo del Hombre, fuese a Jerusalén y que allí padeciese de parte de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto, y que resucitase al tercer día. Y esto lo decía Jesús claramente.

Entonces Pedro, impresionado ante esta terrible profecía, llamándole aparte, se atrevió a decirle, tratando de persuadirle: «¡Lejos de ti eso, Señor! Eso no ha de ser así». Mas Jesús, volviéndose a él y mirando a sus discípulos, conminó a Pedro diciendo: «Quítateme delante, Satanás (es decir, adversario, tentador, que ahora obras como el diablo que no quiere la redención del mundo). *Me eres escándalo*; porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres» (Mat., XVI, 21-23; Marc., VIII, 31-33; Luc., IX, 22).

Necesidad de la abnegación cristiana. Dirigiéndose luego Jesús a la numerosa concurrencia que allí se hallaba cerca de él y de sus discípulos, dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque, ¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿o ¿cómo podrá el hombre rescatarla una vez perdida?

Quien se avergonzare de mí y de mi doctrina en medio de esta generación adúltera y pecadora, igualmente se avergonzará de él el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de sus ángeles; y entonces dará a cada uno según sus obras» (Mat., XVI, 24-28; Marc., VIII, 34-39; Luc., IX, 23-27).

La abnegación cristiana consiste, por lo tanto, en imitar a Jesús, siguiéndole por el camino real de la cruz; seguirle es lo mismo que imitarle. La cruz representa toda suerte de humillaciones y dolores, que no nos faltan nunca durante la vida. Por eso todos debemos tomar la cruz de cada día, y llevarla con resignación cristiana.

99. **La transfiguración de Jesús.**—Otro suceso de altísima importancia; en él veremos a Jesús, dentro de su vida, ya tan extraordinaria y sublime, elevarse a regiones aún más elevadas,

antes de bajar al más profundo valle de la humillación y del dolor.

Esta escena sublime de la gloriosa Transfiguración de Jesús, tiene lugar en el *monte Tabor*, al sudeste del lago Genesaret, transcurrida casi una semana de la confesión de Pedro (núm. 97) y del prenuncio de la Pasión a sus discípulos.

NARRACIÓN.—Seis días después, tomando Jesús consigo a Pedro y a Santiago, y a Juan su hermano, subió con ellos solos a un alto monte a hacer oración. Y mientras oraba, se transfiguró a la vista de ellos; su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo se le aparecieron a ambos lados Moisés y Elías, en forma gloriosa, conversando con él de lo que debía padecer en Jerusalén.

Arrebatado *Pedro* por las cosas tan maravillosas que veía, dijo a Jesús: «Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». (Estaba completamente embelesado ante la hermosura y gloria del Salvador transfigurado y hablaba sin reflexión, «sin saber lo que se decía», subyugado por la aparición). Aun estaba Pedro hablando, cuando vino una *nube resplandeciente*, que elevó a Moisés y a Elías y resonó de la nube una voz que decía: «*Este es mi Hijo muy amado* en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle a él». Al resonar esta voz, Jesús estaba solo.

Los discípulos al oirla, cayeron sobre su rostro en tierra y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesús se llegó a ellos, y tocándolos les dijo: «Levantaos y no tengáis miedo». Y alzando los ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús. Cuando descendieron del monte, les dijo Jesús: «*No digáis nada a nadie de esta visión*, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos (Mat., XVII, 1-9; Marc., IX, 1-8; Luc., IX, 28-36).

El objeto de la Transfiguración es, por una parte, instruir a estos tres Apóstoles en el misterio de la Pasión, y por otra parte *fortalecer* su fe, de tal manera, que no sean capaces de desarraigarla las humillaciones, las afrentas, los escarnios, los tormentos y angustias que ha de sufrir Jesús el Viernes Santo. Estos tres eran los designados para sostener en la fe y en la esperanza a los demás.

100. Segundo anuncio de la Pasión.—Después de la *Transfiguración* Jesús dirige su pensamiento al *Calvario*. Los discípulos no acaban de entender este misterio de la cruz; le conocerán más tarde, cuando después de resucitado les explique el Maestro que esta Pasión era *voluntaria*, porque él quería sufrirla por amor nuestro; que era necesaria para la reparación de la gloria de Dios y restauración de su reino en la tierra; que todo estaba predicho por los profetas y todo debía ser cumplido. Por eso reitera a sus discípulos en términos muy claros y concisos la profecía de su Pasión y Muerte.

NARRACIÓN.—Cuando Jesús bajó del monte al día siguiente, viniendo a donde estaban los demás discípulos, los halló rodeados de la muchedumbre y de los escribas que disputaban con ellos. Pronto se apercibieron las turbas de la llegada del divino Maestro, que esperaban impacientes; y al verle, llenos de respeto y asombro, todos acudieron a saludarle. Entonces le llevaron un enfermo lunático, que Jesús curó en circunstancias verdaderamente dramáticas.

Luego de esto, partió de allí Jesús con sus discípulos, atravesando Galilea, ocultamente, sin que nadie lo supiese, camino de Cafarnaún. Y como los discípulos admirasen la grandeza de Dios en las cosas que Jesús hacía, les dijo estas palabras: «Tomad buena cuenta de esto y no lo olvidéis. *El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres, y le harán morir, y al tercero día después de muerto resucitará*» (Mat., XVII, 14-22; Marc., IX, 14-30; Luc., IX, 37-44).

Los Apóstoles no entendieron este lenguaje, y les era tan oscuro, que nada comprendieron, ni se atrevieron a preguntarle sobre lo dicho, acerca del hecho tan terrible de la muerte del Maestro. Y se entristecieron en extremo (Mat., XVII, 22; Marc., IX, 31; Luc., IX, 45).

101. Jesús y los niños.—Se acercaron luego los discípulos a Jesús, preguntando quien había de ser el mayor en el reino de los cielos. Entonces el Señor, sentándose, les dijo: «Si alguno pretende ser el primero, hágase el último de todos y el siervo de ellos». Y llamando a un niño, le tomó y le puso en medio de ellos;

y después de abrazarle, díjoles: «En verdad os digo, que si no os hiciéreis y volviéreis como niños (es decir, sinceros, humildes y sin pretensiones), no entraréis en el reino de los cielos. Y el que acogiere a un niño en mi nombre, ese me acoge a mí. Y el que escandalizare a alguno de estos pequeñuelos que en mí creen (esto es, el que sea de cualquier modo culpable de que peque), mejor le sería que le ataran al cuello una rueda de molino, y le arrojasen al profundo mar».

Después continuó Jesús diciendo: «¡Ay del mundo por razón de los escándalos! Forzoso es que vengan escándalos; más ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! Por lo tanto, si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y échalo de ti; más te vale entrar manco o cojo en la vida eterna, que teniendo dos manos y dos pies ser arrojado en el infierno, en el fuego inextinguible, en *donde su gusano nunca muere, y el fuego nunca se apaga*»..., etc. (Mat., XVII, 24-26; XVIII, 1-11; Marc., IX, 33-49; Luc., IX, 46-50).

El escándalo es un arma de dos filos que hiere al que lo da y al que lo recibe. ¡Terrible debe ser este pecado, cuando tales castigos merece!

LECCION 19

JESUS EN JERUSALEN EN LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS

SUMARIO: 102. Jesús parte de Galilea para Jerusalén. El samaritano. 103. La fiesta de los Tabernáculos o de las tiendas.—104. Discursos de Jesús en el Templo.—105. Jesús, luz del mundo.—106. El ciego de nacimiento.—107. Alegoría del Buen Pastor.

102. Jesús parte de Galilea para Jerusalén: Parábola del Samaritano.—Jesús deja definitivamente a Galilea, donde había vivido habitualmente, teniendo siempre por centro a Cafarnaún, a donde de ordinario volvía después de sus excursiones evangélicas; ahora se encamina a la capital judía, a Jerusalén, teniendo por meta o centro esta ciudad santa, desde donde hará otras

diferentes y breves excursiones en direcciones diversas: ora a Jericó, ora a Perea, ora a Betania, etc., y siempre con miras al término final, al de su vida mortal, de la que sólo le restan seis meses, que aprovechará para consolidar más su obra.

La salida de Galilea, y lo mismo su llegada a Judea, las realizó el Salvador de *incógnito*; pues quiere en estos últimos meses de su ministerio vivir más que nunca retirado; por eso, fuera de las visitas que haga a Jerusalén, pocas veces se le verá con las turbas, y aún entonces por muy breve tiempo.

El Samaritano. En el camino tuvo lugar la escena del Escriba y del Samaritano. Cuando Jesús iba llegando a Jerusalén, atravesando Judea, se acercó a él un escriba, y díjole por tentarle (es decir, con ánimo de explorarle, o para tenderle un lazo): «Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?» Jesús le respondió: «¿Que es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees?» respondió él: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas, y al prójimo amarás como a ti mismo». Replicóle Jesús: «Bien has respondido: haz eso y vivirás.» El escriba quedó desconcertado ante la respuesta tan prudentísima de Jesús: y aparentando tener mucho deseo de cumplir la ley, preguntó de nuevo: *¿Y quién es mi prójimo?*»

Jesús contestó con una parábola, de la cual el escriba podía deducir por sí mismo la respuesta exacta a su pregunta: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron de todo, y después de haberle herido, se fueron dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque le vió, pasó de largo. Después llegó un levita, y habiéndole visto, siguió también adelante. Pero acertando a pasar por allí un caminante samaritano, llegóse a él y al verle se movió a compasión. Y acercándose, le lavó con aceite y vino las heridas y se las vendó; y subiéndole en su cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, en que el samaritano debía proseguir su camino, sacó dos denarios de plata y se los dió al posadero, diciéndole: Cuida de este hombre; y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré cuando vuelva».

Y concluyó Jesús diciendo: «¿Cuál de estos tres te parece haber sido el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» A lo que respondió el escriba: «Aquel que usó con él de misericordia» Entonces dijo Jesús: «Pues ve, y haz tú lo mismo» (Luc. X, 25-37).

103. La fiesta de los Tabernáculos o de las tiendas.—Eran tres las fiestas más solemnes en que los judíos estaban obligados a ir al Templo de Jerusalén: en la solemnísima de la *Pascua*, en la de *Pentecostés* y en la de los *Tabernáculos* (véase lo dicho en el número 19, apartado 2.°).

Objeto de la fiesta de los Tabernáculos. Se celebraba en el otoño en memoria de la estancia de los israelitas en el desierto y de los beneficios que el Señor les había allí mostrado. Duraba de siete a ocho días y era la más alegre de todas.

Las tiendas. Durante estos días los judíos levantaban tiendas al aire libre (en los jardines, en las plazas públicas y en los terrados de las casas), cubiertas con ramaje verde y frondoso en memoria de que cuando se hallaban por el desierto no habitaban en casas, sino en tiendas y cabañas.

Era muy pintoresco el aspecto de Jerusalén durante tales días. «El pueblo se dirigía al Templo llevando en la mano ramos de oliva o de palmera. Los sacerdotes iban con un vaso de oro a la piscina de Siloé a buscar agua, recordando así la que brotó de la roca por orden de Moisés, y le ofrecían en libación juntamente con el vino que contenía otro vaso. Por la noche se encendían dos grandes candelabros en el Atrio de las Mujeres para recordar la columna de fuego que guió a los israelitas.»

104. Discursos de Jesús en el Templo.—En cuanto Jesús hizo su llegada a Jerusalén, empezó en seguida su predicación. Se encontraba entonces en la ciudad santa una ingente muchedumbre de todos los distritos de Palestina y de las mismas provincias romanas, que habían acudido allí con motivo de la fiesta de los Tabernáculos.

Los ánimos de los judíos estaban muy excitados y divididos entre sí y se notaba una marcada hostilidad en muchos de ellos, sobre todo en las autoridades del Sanedrín, contra Jesús; pues no ignoraban que ya se hallaba en Jerusalén, porque le buscaban.

Iba él de nuevo a ofrecerles su gracia, pero su celo iba a estrellarse contra la incredulidad y obstinada resistencia de aquellos jerarcas fariseos y del pueblo dominado por ellos.

NARRACIÓN.—En estas circunstancias se presenta Jesús, probablemente el cuarto día de la fiesta, en los pórticos del Templo; al punto le rodeó una abigarrada multitud y púsose en seguida a enseñar. Todos le escuchaban maravillados, y los judíos se decían unos a otros: «¿Cómo sabe éste las Letras Sagradas sin haberlas estudiado?» (querían decir con esto, que no había sido discípulo de ningún escriba ni había recibido instrucción ninguna superior).

Jesús satisface a esta pregunta con un discurso en que explica estos tres puntos: «Mi *doctrina,* que os propongo, viene de Dios; mi *proceder* es irreprochable; mi *Persona* misma es divina». Al oír esto, porque Jesús se había proclamado Dios, sus enemigos sumamente enfurecidos intentaron apresarle; mas ninguno le echó mano, porque aun no era llegada su hora.

Entre tanto, muchos del pueblo creyeron en él y decían: «Cuando venga el Cristo, ¿hará más milagros que los que hace éste?» (Juan, VII, 11-53).

105. Jesús, luz del mundo.—Al día siguiente, de madrugada, volvió Jesús al Templo, y pronto el pueblo se fué reuniendo cerca de él para gustar de aquellas divinas palabras que no se cansaba de escuchar. También se presentaron allí de nuevo un grupo de escribas y fariseos con los mismos ánimos, siempre hostiles y rencorosos.

Ahora le dará Jesús nuevos testimonios, cada vez más reveladores y más enérgicos, referentes a su *naturaleza divina* y a su *mesianidad,* por lo que acabará de manifestárseles. «Es preciso que los buenos tengan todos los motivos para determinarse a creer en él; y por eso es preciso que también los malos sólo a sí mismos puedan achacar su endurecimiento».

NARRACIÓN.—Sentóse el Señor, y volviéndose a los oyentes, dijo: «*Yo soy la luz del mundo*: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de la vida».

Tal es el testimonio que Jesús da de sí mismo: El es, *como Dios*, la verdadera luz que ilumina a todos los hombres, y les derrama la luz y la vida de la gracia y de la gloria; y *como hombre*, con su predicación nos revela la luz de Dios. Con ello, pues, nos revela Jesús su mesianidad, porque con el nombre de «Luz» es designado en los libros proféticos.

Algunos de los fariseos se atrevieron a replicar a Jesús: «Tú das testimonio de ti mismo; y así, tu testimonio no es idóneo». Jesús les contestó: «Aunque yo doy testimonio de mí mismo, verdadero es mi testimonio; porque sé de dónde vengo y a dónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo y a dónde voy. Vosotros juzgáis según las humanas apariencias, pero mi juicio no es así; y cuando yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no soy yo sólo, sino *yo y el Padre*, que me envió» (Juan, VIII, 12-18).

Consecuencia de la incredulidad de los judíos. Sigue Jesús, después de una breve interrupción, dando nuevos testimonios de sí mismo, pero los fariseos se obstinan en no darle crédito y entonces predice Jesús las consecuencias de su incredulidad, y así les dice: «Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado; por lo mismo que no creéis que yo soy el Mesías, el verdadero Hijo de Dios».

Al oír esto, replicábanle: «¿Pues quién eres tú?» Respondióles Jesús: «Yo soy el principio, el mismo que os hablo (esto es, Dios, Hijo del Padre celestial)... *Cuando habréis levantado en alto al Hijo del hombre*, entonces conoceréis quién soy» (es decir, cuando le hubieran alzado en la cruz, ora por los milagros que han de acompañar su muerte, su resurrección, etc., ora por el torrente de gracias que han de salir de la cruz, conocerán que es verdaderamente el Hijo de Dios).

Por su relación con Abraham, prosiguió Jesús dando tsetimonio de su eterna divinidad, refutando las objeciones que le oponían los incrédulos judíos, los cuales no pudiendo resistir tan profundo testimonio y tomándolo por grande blasfemia, intentaron apedrearle; pero Jesús lo frustó, deslizándose naturalmente entre la muchedumbre y saliendo del templo (Juan, VIII, 19-59).

106. El ciego de nacimiento.—En una de las puertas del Templo, solían reunirse los mendigos, lisiados y enfermos para pedir limosna a los transeúntes; y aquí fué donde acaeció la escena del ciego de nacimiento, a quien curó Jesús a su salida del

sagrado recinto. Este milagro fué examinado y confirmado judicialmente.

NARRACIÓN.—Cuando el Señor salió del Templo, vió a un hombre ciego de nacimiento. Y los discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para haber nacido ciego?» (creían los judíos que las dolencias corporales era consecuencia fatal de algún pecado), Jesús contestó: «Ni él ni sus padres han pecado; mas así ha sucedido para que las obras de Dios se manifiesten en él». Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra e hizo lodo y frotando con él los ojos del ciego, le dijo: «Anda y lávate en la piscina de Siloé». El ciego fué, y se lavó allí y volvió con vista (Juan, IX, 1-7).

Citación del ciego curado y de sus padres ante el Sanedrín. Cuando los fariseos lo supieron, se reunieron en gran Consejo, y allí citaron al ciego, ya con vista, y le preguntaron cómo había llegado a ver. Y habiéndoselo dicho le volvieron a preguntar: «¿Y qué dices tú de aquel que te ha abierto los ojos?» El contestó: «Que es un profeta». Los fariseos no querían creer que aquel hombre hubiera sido ciego y que después viera, hasta que llamaron a sus padres, y les preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís que nació ciego? ¿Cómo ve ahora?» Los padres contestaron: «Sabemos que este es nuestro hijo, y que nació ciego, pero cómo ha llegado a ver, no lo sabemos. Preguntádselo a él mismo; que edad tiene para poder dar razón de sí». Esto dijeron sus padres por temor a los fariseos, quienes habían decidido expulsar de la sinagoga a cualquiera que confesase a Jesús por Mesías.

Los fariseos hicieron venir otra vez al que había sido ciego, y le dijeron: «¿Cómo te ha abierto los ojos?» El contestó: «Ya os lo he dicho. ¿Por qué queréis oirlo otra vez? ¿Acaso pensáis haceros discípulos suyos?» Y le maldijeron los fariseos diciéndole: «Tú seras discípulo suyo, que nosotros somos discípulos de Moisés», y le arrojaron fuera.

Oyó Jesús que le habían echado fuera y viniendo a su encuentro, le dijo: «¿Crees tú en el *Hijo de Dios*?» Y él contestó: «¿Quién es, para que crea en él?» Díjole Jesús: «Tú le has visto, y *es el mismo que está hablando contigo*». Entonces dijo el que había sido ciego: «Señor, yo creo». Y postrándose a sus pies le adoró (Juan, IX, 8-38).

107. Alegoría del Buen Pastor.—Continuó el Señor su discurso, exponiendo una tiernísima alegoría del Buen Pastor, en la que se retrata a sí mismo, en contraposición de los hipócritas fariseos, que se jactaban de ser guías legítimos de la nación judía, y no eran sino unos egoístas y criminales asalariados.

NARRACIÓN.—«*Yo soy el Buen Pastor*». El buen pastor lleva sus ovejas a buenos pastos, y va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz; así me siguen mis ovejas, porque yo las conozco, y ellas me conocen a mí. Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas; pero el mercenario, que apacienta el rebaño por el lucro y provecho propio, en viendo venir el lobo desampara las ovejas y huye, y el lobo las arrebata y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por la razón de que es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas; yo doy mi vida por mis ovejas.

Todavía tengo otras ovejas en otros rebaños (que no pertenecen al pueblo de Israel, a saber, las naciones gentiles), y a éstas también yo apacentaré, y ellas oirán mi voz, y de todas se hará *un solo aprisco y un solo pastor*. Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida por *mis ovejas* para volverla a tomar. Nadie me la arranca, sino que yo la doy por mi propia voluntad; y soy dueño de darla y dueño de recobrarla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre» (Juan, X, 1-21).

Jesús es el Pastor divino de nuestras almas, que tan finamente las ha amado, que ha sacrificado su vida por rescatarlas; a él le pertenecemos porque nos ha comprado con su sangre preciosa, y con él debemos estar siempre íntimamente unidos por la fe y por la gracia.

Mas cuán grande sea el amor que este divino Pastor tiene a la humanidad descarriada, y sus ansias por reconciliarlas con Dios, lo demuestra la *parábola de la oveja perdida*, según se verá en el número 110 de la lección siguiente.

LECCION 20

NUEVAS ENSEÑANZAS DE JESUS. PARABOLAS DE LA MISERICORDIA

SUMARIO: 108. En la fiesta de la Dedicación del Templo.—109. Seguimiento de Jesús.—110. Parábolas de la misericordia.—111. El hijo pródigo.—112. Uso de las riquezas: El rico epulón y el mendigo.

108. Jesús en la fiesta de la Dedicación del Templo.— Esta fiesta (que aunque de segundo orden era muy popular entre los judíos) tenía lugar a fines del mes de Casleu (diciembre), el día 25; duraba ocho días consecutivos, y se celebraba con inusitado esplendor en memoria de la purificación del Templo que había hecho Judas Macabeo, para reparar la profanación sacrílega ejecutada por Antíoco Epifanes el año 165 antes de nuestra era.

Llamábase también «*fiesta de las Encenias* o de las luces», a causa de las alegres iluminarias que se hacían por la noche, no sólo en Jerusalén, sino en toda Palestina.

NARRACIÓN.—Ultimo testimonio que Jesús da de sí, declarándose Hijo de Dios, por lo cual los judíos tratan de apedrearle y de prenderle.

Celebrábase en Jerusalén la *fiesta de la Dedicación*, y ya era invierno. Estaba entonces Jesús en el Templo, en el pórtico de Salomón, situado en la parte oriental; en cuanto se apercibieron de su presencia, rodeáronle los judíos (eran éstos los incrédulos jefes del pueblo, especialmente los miembros del Sanedrín), y le dijeron: «¿Hasta cuándo nos has de traer perplejos? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente». Respondióles Jesús: «Os lo estoy diciendo, y no lo creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí; mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, pues resistís a la gracia y no queréis

creer» (alude a la parábola del buen pastor, núm. 107). Y les dijo claramente: «*Mi padre y yo somos una cosa*». Al oír esto los judíos cogieron piedras para apedrearle (Juan, X, 22-42).

Esta declaración de Jesús no podía ser más explícita: era un testimonio sublime, no sólo de su mesianidad, sino también de su naturaleza y esencia divina, que él y el Padre eran una misma sustancia, un solo Dios.

109. Seguimiento de Cristo.—En uno de estos últimos viajes a Jerusalén, como viese Jesús que muchos, aunque le consideraban como Mesías, le acompañaban por conveniencia propia o algo superficialmente, vuelto a ellos les manifestó cuáles eran las condiciones que habían de tener para ser sus discípulos, y les dijo: «Si alguno viene a mí, y no aborrece, es decir, no *ama menos que a mí* a su padre y a su madre, y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y aun a su misma vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo» (Luc., XIV, 25-35).

El seguimiento de Cristo lleva consigo la abnegación de toda afección desordenada y aceptación de los trabajos y sacrificios, simbolizados por la cruz. Es preciso estar dispuestos a despegar el corazón de cuanto nos sea más amado, si ello es obstáculo para seguir a Jesús.

110. Parábolas de la misericordia.—Muchas fueron las veces en que Jesús mostró la bondad de su corazón y su gran caridad, especialmente para con los pecadores. Era tal su celestial dulzura; y tan vivas, tan elevadas y a la vez tan populares sus enseñanzas, que donde quiera que se detenía atraía tras de sí las muchedumbres, que no se cansaban de oírle; hasta los mismos publicanos y otros pecadores se agrupaban continuamente en derredor suyo ávidos de escuchar su divina doctrina.

En este tiempo fué cuando con una de estas ocasiones, propuso el Señor las parábolas de la misericordia.

NARRACIÓN.—Solían los publicanos y pecadores, dice el Evangelio, acercarse a Jesús para oírle, Y los fariseos y escribas murmuraban de ello diciendo: «Mirad cómo se familiariza con los

pecadores y come con ellos». Entonces les propuso estas parábolas:

La oveja perdida. «¿Quién de vosotros, dijo, es el hombre que teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y no va a buscar la oveja perdida hasta que la encuentra? Y en hallándola se la pone muy gozoso sobre sus hombros, y viene a su casa, y llama a sus amigos y vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que había perdido. Así os digo, que habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia».

La dracma o moneda perdida. «O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiere una de ellas, no enciende una lámpara, y barre la casa, y lo registra todo, hasta dar con ella? Y después que la ha hallado, convoca a sus amigas y vecinas, y dice: «Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo, que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia» (Mat., XVIII, 12-13; Luc., XV, 1-10).

111. El hijo pródigo.—Esta parábola es aún más conmovedora: «Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el más joven dijo a su padre: «Padre, dame la herencia que me pertenece. El padre se la dió, y pocos días después, recogiendo todas sus cosas el joven, se marchó a un país extranjero. Allí malbarató toda su fortuna viviendo una vida disoluta. Y cuando todo lo hubo gastado, sobrevino una grande hambre en aquel país, y comenzó a padecer necesidad. Entonces entró a servir a un habitante de aquella región, el cual le mandó ir a una hacienda, para que guardarse allí los puercos. Y deseaba saciar su gran hambre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba.»

Esta trágica situación del joven pródigo es una imagen del pecador que se entrega ciegamente a sus pasiones, que le conducen a una extrema miseria y a una horrenda esclavitud.

«Volviendo entonces en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan en abundancia, y yo me estoy

muriendo aquí de hambre! Me levantaré y volveré a mi padre, y le diré: Padre mío, pequé contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Con esta resolución se puso en camino para la casa de su padre. Cuando aun estaba lejos, le alcanzó a ver su padre, y movido de íntima compasión, corre a su encuentro, le echa los brazos al cuello y le cubre de besos. Entonces el hijo le dice: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. Pero el padre no le dejó continuar, sino dijo a sus criados: Traed aquí prontamente la ropa más preciosa y vestídsela; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies; y traed un ternero cebado, y matadlo, y celebremos un banquete; porque este hijo mío era muerto, y ha revivido; era perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron a celebrar el banquete» (Lucas, XV, 11-24).

Aquí se nos representa, por una parte, una bella imagen de la conversión sincera del pecador, y por otra, en la bondad y generosidad de este padre, la grandeza de la bondad de Dios y su infinita misericordia, que resplandece de un modo especial en el corazón bondadosísimo de Jesús.

«El hijo mayor estaba en el campo cuando llegó su hermano; y al volver, cerca ya de su casa, oyó una alegre música y llamando a uno de sus criados, le preguntó qué era aquéllo. Este le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un ternero cebado, porque le ha recobrado sano y salvo. Entonces el hijo mayor se indignó, y no quería entrar. Cuando el padre lo supo, salió fuera él mismo instándole a entrar. Pero el hijo replicó diciendo: Tantos años ha que te sirvo, y no he quebrantado tus mandatos, y tú nunca me has dado ni un cabrito para comerlo alegremente con mis amigos; y ahora que ha venido este otro hijo tuyo, el cual ha disipado su fortuna con malas compañías, luego has hecho matar para él un ternero cebado. Hijo mío, respondió el padre, tú has estado siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo (y está a tu disposición). Pero era justo celebrar un banquete cuando tu hermano, que estaba muerto, revivió, y que estando perdido, ha sido de nuevo hallado» (Luc., XV, 25-32).

112. Uso de las riquezas: El rico Epulón y el mendigo.— Según San Lucas, parece que a continuación de las parábolas sobre la misericordia de Dios, propuso otras sobre el uso de las riquezas, que es un punto fundamental para la vida cristiana.

«Hubo cierto hombre muy rico, que se vestía de púrpura y de lino finísimo y celebraba cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual cubierto de llagas, yacía a la puerta del rico, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa de aquél, pero nadie se las daba; solamente los perros venían a lamerle las llagas. Sucedió que murió el pobre, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y cuando en medio de los tormentos levantó el rico los ojos, vió en lo alto a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces gritó: Padre mío Abraham, compadécte de mí y envíame a Lázaro para que mojando siquiera la yema del dedo en agua, refresque mi lengua, porque sufro terribles tormentos en estas llamas. Respondióle Abraham: Acuérdate, hijo, que tú recibiste bienes en esta vida y Lázaro males; y así es él aquí consolado y tú atormentado. Además hay entre nosotros y vosotros un gran abismo (una separación eterna e infranqueable), de manera que es imposible de ahí pasar acá, y de aquí ir a vosotros.

Entonces dijo el rico: Te ruego, pues, ¡oh padre!, que le envíes a mi casa paterna, donde tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio del infierno, y no vengan también ellos a este lugar de tormentos. Replicóle Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas; escúchenlos. Dijo de nuevo el rico: No, padre Abraham, ellos no les oyen, pero si un muerto fuese a ellos, harían penitencia. Abraham replicó: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aunque alguno de los muertos resucitase» (Lucas, XVI, 19-31).

Para creer en la vida futura no hay necesidad de recurrir a los medios *extraordinarios* de credibilidad, como son las apariciones, etc.; sobradas pruebas tenemos para creer con los motivos normales de credibilidad puestos por Dios, refrendados por los milagros, según enseña la Apologética.

Aun esos mismos medios extraordinarios no bastan para convencer, cuando la incredulidad proviene de las pasiones, como vemos que ocurrió con los escribas y fariseos, que no se hicieron creyentes cuando, pocos días después, vieron a un muerto resucitado casi a las mismas puertas de Jerusalén; por el contrario, se obstinaron aún más, como se verá en los números 119 y 120.

LECCION 21

JESUS, EN LOS CONFINES DE JUDEA

SUMARIO: 113. Curación de diez leprosos.—114. Parábola del juez inicuo y la viuda.—115. El fariseo y el publicano.—116. El amigo de los niños.—117. Episodio del joven rico.—118. Premio del seguimiento de Cristo.

113. Curación de diez leprosos. — Localizamos aquí este milagro, siguiendo el orden que nos da el tercer Evangelio, aunque el hecho acaeció en un viaje de Jesús, tal vez el último que hizo a Jerusalén; pero sí en la región de Perea.

NARRACIÓN.—Aconteció que, pasando Jesús por entre Samaria y Galilea, y entrando en una aldea, saliéronle al encuentro *diez hombres leprosos*, los cuales se pararon a lo lejos, y levantando la voz decían: «Jesús, Maestro, ten misericorlia de nosotros». Luego que él los vió, les dijo: «Id, mostraos a los sacerdotes». Y he aquí que cuando iban, quedaron curados.

Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atrás glorificando a Dios a grandes voces, y se postró a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole gracias; y éste era samaritano. Jesús dijo entonces: «¿Por ventura no quedaron limpios los diez? ¿Y los nueve, dónde están? No hubo quien volviese a dar a Dios la gloria, sino este extranjero». Después dijo: «Levántate, vete, que tu fe te ha salvado» (Luc., XVII, 11-19).

Quiso Jesús premiar la fe y la obediencia de estos leprosos, quedando curados repentinamente mientras iban a cumplir el mandato de Jesús. Pero sólo uno, el samaritano, mostró su gratitud al Señor, recibiendo por ello una insigne gracia, aún más preciosa que la primera, la de haber sido curado en el alma. La ingratitud privó a los otros de tan señalado favor.

114. Parábola del juez inicuo y la viuda. — Esta parábola que nos va a proponer Jesús y la del número siguiente, encierran dos cualidades muy importantes que ha de llevar siempre la oración. En la primera, nos propone el Señor que la oración

ha de ser *perseverante*; en la segunda, que es continuación de la anterior, se precisa que debe ser acompañada de la *humildad*.

El juez inicuo y la viuda. Propúsoles también una parábola, para enseñarles que es menester orar siempre y no desfallecer, diciendo: «Había un juez en cierta ciudad que no temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno. Allí mismo vivía también una viuda, la cual solía ir a él y le decía. Hazme justicia en mi contrario; mas el Juez por mucho tiempo no quiso. Pero después dijo para sí: aunque yo no temo a Dios, ni respeto a los hombres, con todo, porque me es importuna esta mujer, le haré justicia, para que me deje en paz y no acabe por venir a ultrajarme.

Ved, añadió el Señor, lo que dijo este juez inicuo. Pues que, ¿creéis que Dios dejará de hacer justicia a sus escogidos que claman a él día y noche, y que ha de permitir siempre que se les oprima? Os aseguro que no tardará en hacerles justicia. Mas cuando viniere el Hijo del hombre, ¿pensáis que hallará fe sobre la tierra?» (Luc., XVIII, 1-8).

Se refiere el Señor en estas últimas palabras *al día del juicio*, en que serán pocos los creyentes; no deja de ver con tristeza que en este terrible día de la recompensa general, es decir, cuando se aproxime reinará entonces en las naciones y en los hombres la infidelidad y la apostasía general (Mat., XXIV, 38-51; 2.ª Tes., II, 3-11; 2.ª Ped., III, 3).

115. **El fariseo y el publicano.**—Dijo asimismo esta parábola a unos que presumían de justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar; el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana y pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo; sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Os digo, pues, que éste volvió a su casa justificado, pero no así el otro; porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» (Luc., XVIII, 9-14).

116. El amigo de los niños.—Fué en Perea, al poco de llegar esta vez Jesús, cuando tuvo lugar nuevamente la suavísima escena de la bendición de los niños. El hecho lo refieren los tres sinópticos; distinguiéndose en esto San Marcos, que lo describe con más extensión y viveza, y parece que sucedió dentro de una casa o cuando salía de ella.

En esta sazón le presentaron al Señor unos niños para que les impusiera las manos y orase por ellos. Mas los apóstoles, creyendo que le importunaban o que era fatigoso para el Maestro, apartaban riñéndolas a aquellas mujeres que los traían. Pero Jesús, al ver esto, lo llevó a mal y les dijo: «Dejad a los niños que vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. En verdad os digo, que quien no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él». Y abrazándoles, y poniendo sobre ellos las manos, los bendijo (Mat., XIX, 13-15; Marc., X, 13-16; Luc., XVIII, 15-17).

Nos da aquí una lección práctica Jesús sobre la necesidad de poseer las *cualidades morales de los niños* para merecer el título de verdaderos cristianos, entre otras, la *simplicidad, docilidad* y *humildad*: éstas son las que habren a los adultos las puertas del cielo.

117. Episodio del joven rico.—Se refiere en él lo que Jesús dijo a un joven distinguido qué había de hacer para ser perfecto, y se deduce lo peligrosos que son las riquezas para la salud del alma.

NARRACIÓN.—Saliendo Jesús de camino, vino a su encuentro un *joven rico*, y arrodillándose le dijo: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?» Jesús le contestó: «Conoces los mandamientos: honrarás a tu padre y a tu madre; no matarás, no fornicarás, no robarás, no levantarás falso testimonio; amarás a tu prójimo como a ti mismo». Dícele el joven: «Maestro, todo esto he guardado desde mi juventud; ¿qué me falta aún?» Dirigiéndole Jesús entonces una mirada amorosa (porque le era muy agradable este deseo del joven de aspirar a ser más perfecto), le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el

cielo. Después vuelve de nuevo, y sígueme». Habiendo oído esto el joven entristecióse, porque poseía muchos bienes.

Y mirando Jesús en torno suyo, dijo a sus discípulos: «¡Oh cuán difícilmente entrarán los ricos en el reino de los cielos!» Los discípulos quedaron atónitos al oír tales palabras. Pero Jesús, añadió de nuevo: «¡Hijitos! ¡Cuán difícil es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar ese tan rico en el reino de los cielos». Con esto subió de punto el asombro de los discípulos, y se decían unos a otros: «¿Quién podrá, pues, salvarse?» Pero Jesús, mirándoles con fijeza, les dijo: «A los hombres es esto imposible, mas no a Dios, para quien todas las cosas son posibles; es decir, el hombre no puede librarse por sus propias fuerzas del desordenado amor al mundo y a las riquezas, mas sí puede con el auxilio de la divina gracia» (Mateo, XIX, 16-26; Marc., X, 17-27; Luc., XVIII, 18-27).

Las riquezas de suyo no son malas, pero, por una parte, fomentan la soberbia, la gula, la lujuria y todos los demás vicios; y por otra, dada nuestra inclinación al mal, crece el peligro cuando aumenta la facilidad de cometerlo.

118. **Premio del seguimiento de Cristo.**—Tomando entonces Pedro la palabra en nombre de todos, como solía, lleno de entusiasmo al ver que ellos practicaban lo que aquel rico no quiso, dijo a Jesús: «He aquí que nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué es, pues, lo que nos espera?» A lo que el Señor respondió: «En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, cuando el Hijo del hombre se sentare en el día de la resurrección general en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, y juzgaréis a las doce tribus de Israel (es decir, seréis los jueces de todas las naciones). Y cualquiera que hubiese dejado casa, o hermanos, o padre, o madre, o hijos, o heredades por amor a mí y del Evangelio, recibirá aún en este mundo, en medio de las persecuciones, el cien doblado, y en el otro, la vida eterna» (Mat., XIX, 27-30; Marc., X, 28-31; Lucas, XVIII, 28-30).

LECCION 22

ULTIMOS DIAS DEL MINISTERIO DE JESUS

SUMARIO: 119. Resurrección de Lázaro.—120. Efectos del milagro y retirada de Jesús a Efrén.—121. Ultimo viaje a Jerusalén: Tercera predicción de la Pasión.—122. Los ciegos de Jericó.—123. La unción de Betania.

119. Resurrección de Lázaro.—Este milagro es el mayor y el más importante de cuantos hizo el Señor en su vida pública: «Un muerto de cuatro días (y ya sepultado y hediondo), es devuelto a la vida con una simple palabra. El hecho sucede a las puertas mismas de Jerusalén y es comprobado por muchos testigos, algunos de ellos hostiles a Jesús».

NARRACIÓN.—Mientras Jesús estaba en la región de Perea, enfermó Lázaro en Betania, lugar de María y Marta, sus hermanas. Esta María es aquella misma que derramó sobre el Señor el perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos (núm. 80); su hermano Lázaro, a quien Jesús amaba mucho, estaba ahora gravemente enfermo. Las hermanas enviaron a decirle: «Señor, el que amas está enfermo». Oyendo Jesús el recado, díjoles: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que por ella el Hijo de Dios sea glorificado.

Jesús quedó aún allí por dos días, y al cabo de ellos se dirigió con sus discípulos a Judea. Cuando llegó a Betania, hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Las hermanas del difunto estaban muy afligidas, y muchos de los judíos las habían ido a visitar para consolarlas. Luego que María supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro, y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no hubiera muerto». Respóndele Jesús: «Tu hermano resucitará».

El sepulcro estaba en una roca; la entrada estaba cerrada con una gran piedra. Cuando Jesús llegó, dijo: «Quitad la losa».

Marta le respondió: «Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro días». Pero Jesús la dijo: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Apartaron la losa, y Jesús levantó los ojos al cielo, y dijo: «¡Oh Padre! Gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabía que siempre me oyes; mas por causa del pueblo que está alrededor de mí digo yo esto, para que crean que tú me has enviado». (Aquí Jesús, Dios y hombre verdadero, oraba como hombre, como Mesías, y obra como Dios, con su omnipotencia). Dicho esto, gritó Jesús en alta voz: «*¡Lázaro, sal afuera!*» Y al punto el que había estado muerto salió fuera, ligado de pies y manos con vendas, y tapado el rostro con un sudario. Mandó entonces Jesús: «Desatadle y dejadle ir» (Juan, XI, 1-44).

Finalidad especial de este gran milagro. Como ya estaba próxima su pasión y muerte, quiso Jesús confirmar en la fe de su divinidad a los judíos, a los discípulos y de un modo particular a los Apóstoles, «para que creáis» y no vacilasen, cuando vieran pronto a su Señor y Maestro en la humillación más profunda; y para que después de sepultado, estuvieran firmes en la esperanza de que resucitaría del sepulcro, como ahora Lázaro había salido vivo de su tumba.

120. **Efectos del milagro y retirada de Jesús a Efrén.**— Este milagro produjo un *doble efecto* entre los judíos que le presenciaron: en unos, dar fe a la mesianidad de Jesús y creer en su divinidad; en otros, por el contrario, resistiendo a la gracia, van a denunciar el hecho famoso a la autoridad religiosa, carcomidos por la envidia.

Entonces los *príncipes de los sacerdotes y fariseos juntaron concilio,* y dijeron: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así todos creerán en él; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y la nación». Mas uno de ellos llamado Caifás, que era sumo Pontífice de aquel año, les dijo: «Vosotros no entendéis nada, ni reflexionáis que os conviene que *muera un solo hombre por el pueblo,* y no perezca toda la nación». Pero esto no lo dijo de propio movimiento; sino que como era el sumo Pontífice en aquel año, *profetizó que Jesús había de morir por la nación*; y no solamente por la nación judaica, sino también por todos los hombres.

Por lo cual Jesús ya no se dejaba ver en público entre los judíos, sino que se retiró a un territorio cerca del desierto, yendo a una ciudad llamada *Efrén* (situada muy hacia el norte de Judea, lindante casi con la Samaria); y allí moraba con sus discípulos (Juan, XI, 45-54).

121. Ultimo viaje de Jesús a Jerusalén: Tercera predicción de la Pasión.—La estancia de Jesús en Efrén fué breve, tan sólo unos cuantos días o tal vez algunas pocas semanas.

Como se aproximaba ya la Pascua, la última de la vida terrestre de Jesús, muchos peregrinos acudían de todas partes a la ciudad santa para purificarse antes de la fiesta (eran las purificaciones legales que duraban varios días). Los judíos buscaban a Jesús; y se decían unos a otros, formando grupos en los atrios del Templo: «¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?» Jesús era el objeto de todas las conversaciones, todos preguntaban por él; tanta era la fama que había logrado con su predicación y milagros. Pero el Señor no tardará ya en aparecer en la ciudad santa para morir en ella.

Por su parte los miembros del Sanedrín habían dado orden de que si alguno sabía dónde estaba lo denunciase, para prenderle. ¡Pronto los enemigos de Jesús lograrán satisfacer plenamente sus deseos; pues él mismo se entregará voluntariamente a ellos!

Jesús, camino de Jerusalén. Llegó por fin el momento de subir el Señor a Jerusalén para consumar allí su sacrificio. Al emprender el camino, Jesús se adelantó a sus discípulos andando muy de prisa (como para indicar la buena gana con que iba a la Pasión), a la vista de lo cual, ellos estaban como atónitos y le seguían llenos de temor.

Anuncio de la Pasión.—Parándose Jesús, llamó a los Doce y comenzó a repetirles lo que había de sucederle, diciéndoles: «Mirad que vamos a Jerusalén, donde se ha de cumplir cuanto anunciaron los profetas acerca del Hijo del hombre. Porque ha de ser entregado a los príncipes de los sacerdotes, a los escribas y a los ancianos; y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que sea escarnecido, y azotado, y escupido, y crucifica-

do; mas él resucitará al tercer día». Estas palabras, con ser tan claras, los Apóstoles no las entendieron, porque no hallaban la manera de conciliar esa predicción de humillaciones y tormentos con sus ideas, esperanzas y deseos sobre el Mesías glorioso (Mateo, XX, 17-19; Marc., X, 32-34; Luc., XVIII, 31-34).

122. Los ciegos de Jericó.—Durante el viaje, *a su llegada a Jericó,* acaeció la curación de dos ciegos.

NARRACIÓN.—Cuando Jesús se acercaba a esta ciudad, estaban sentados cerca del camino dos ciegos pidiendo limosna; y uno de ellos se llamaba *Bartimeo.* Y cuando oyeron el tumulto de gente que pasaba por delante, preguntaron qué fuese aquéllo. Y les dijeron que venia allí Jesús Nazareno. Entonces comenzaron a dar voces: «¡Jesús, hijo de David!, ¡ten lástima de nosotros!» Mas las gentes les reñían, para que callasen. Pero ellos gritaban mucho más diciendo: «¡Señor, hijo de David!, ¡apiádate de nosotros!» Paróse Jesús, y llamándolos, les dijo: «¿Qué queréis que os haga?» Y ellos respondieron: «Señor, que se abran nuestros ojos». Jesús les dijo: «Andad; vuestra fe os ha curado». Y de repente comenzaron a ver, y siguieron a Jesús por el camino glorificando al Señor. El pueblo que vió la curación, prorrumpió en alabanzas a Dios (Mat., XX, 29-34; Marc., X, 46-52; Luc., XVIII, 35-43).

123. La unción de Betania.—Desde Jericó continuó Jesús su viaje a Jerusalén, deteniéndose en Betania, que dista unos tres kilómetros, para disfrutar aquí de la afectuosa hospitalidad de sus amigos, Lázaro, Marta y María.

Nos refieren ahora los Evangelistas cómo María, hermana de Lázaro, ungió al Señor con bálsamo muy precioso, y cómo Judas murmuró, dando así principio a su traición, y cómo Jesús alabó la piadosa acción de esta mujer.

NARRACIÓN.—Entre tanto vino Jesús de Jericó a Betania *seis días antes de la Pascua,* donde Lázaro había muerto y a quien el Señor resucitó. Estando allí, le dispusieron una cena en casa de Simón el leproso. Marta servía, y Lázaro era uno de los convidados que estaban con él a la mesa. Entonces se llegó a él María

con un vaso de alabastro, lleno de ungüento o perfume hecho de la espiga del nardo, de mucho precio; y quebrando el vaso, derramó el bálsamo primeramente sobre los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos, y después sobre su cabeza, llenándose la casa de la fragancia del perfume.

A Judas Iscariote le pareció esto muy mal, y comenzó a decir: «¿A qué este desperdicio? ¿Por qué no se ha vendido este perfume en trescientos denarios para limosna de los pobres?» (Unas trescientas pesetas, cantidad enorme y de mucho valor en aquel tiempo). Esto dijo, como lo nota inmediatamente San Juan, no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa hurtaba de lo que se echaba en ella. Tomó entonces Jesús la defensa de la piadosa María, y dijo (dirigiéndose a Judas y a los demás Apóstoles que se habían contagiado con la murmuración del traidor): «¿Por qué molestáis a esta mujer? Dejadla en paz, porque buena obra y muy loable ha hecho conmigo. A los pobres los tendréis siempre a mano y podéis hacerles bien cuando quisiéreis; pero a mí no me tendréis siempre. Lo que esta mujer ha hecho fué anticiparse a embalsamar mi cuerpo para la sepultura y hacerle en vida este honor. En verdad os digo, que donde quiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo se contará también en memoria de esta mujer lo que acaba de hacer» (Mat. XXVI, 6-13; Marc. XIV, 3-9; Juan, XII, 1-11).

Como se ve, de este hecho tan loable tomó Judas ocasión para llevar a cabo su criminal traición, y poder así después cobrarse un diez por ciento, o sea treinta dineros o monedas (como luego se verá), de lo que él calculaba pudiera hurtar, vendiendo el bálsamo en trescientos denarios.

La unción de Betania, según el común sentir, acaecida el día antes de la solemne entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén, juntamente con este acontecimiento, puede considerarse como el preludio de su dolorosa Pasión y a manera de embalsamamiento anticipado de su sagrado cuerpo.

PARTE TERCERA

ULTIMA SEMANA

PASION Y MUERTE DE JESUS

Esta semana, por los grandes y santísimos misterios que en ella acaecieron, con razón se la denomina con el nombre popular de *Samana Santa,* la cual comienza con la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén y en el Templo, y por eso se llama *Domingo de Ramos* este primer día de la semana.

Los hechos ocurridos sucesivamente durante los demás días de la semana, a contar del día segundo lunes, fueron los siguientes: El *Lunes Santo,* volvió otra vez Jesús a Jerusalén, maldijo a la higuera estéril y expulsó por segunda vez a los mercaderes profanadores del Templo. Llegada la tarde regresó a su retiro de Betania. El *Martes Santo,* dos días antes de la Pascua, de nuevo está en Jerusalén, y en los atrios del Templo tuvo lugar la gran controversia entre Cristo y sus enemigos, haciéndoles frente Jesús victoriosamente; entonces anunció la ruina de Jerusalén y su segunda venida personal al fin del mundo. El *Miércoles Santo,* probablemente pasó el día en Betania en compañía de sus Apóstoles y discípulos, En este mismo día pactó Judas sacrílegamente con los sanedritas para entregarles a Jesús. El *Jueves Santo* por la tarde celebró la Cena Pascual con sus Apóstoles e instituyó la divina Eucaristía. Por la noche, después del *sermón de la cena,* retiróse con ellos al huerto de Getsemaní, que fué testigo de su cruel agonía y de su prisión. El *Viernes Santo* es el día dolorosamente grande de su Pasión, su muerte y su sepultura: el día por excelencia de la redención. El *Sábado Santo,* mientras su alma santísima consolaba a los justos que en el limbo aguardaban su santo advenimiento y la hora dichosa del rescate, su cuerpo sacratísimo esperaba inerte en el sepulcro la *gloriosa resurrección* que tuvo lugar en la madrugada del día siguiente.

LECCION 23

HECHOS Y ENSEÑANZAS DE LOS PRIMEROS DIAS DE LA SEMANA

(DOMINGO DE RAMOS Y LUNES SANTO)

SUMARIO: 124. Entrada triunfal mesiánica de Jesús en Jerusalén: Domingo de Ramos.—125. Jesús llora sobre la ciudad.—126. Curaciones diversas: los enfermos y los niños.—127. La higuera infructuosa.—128. Expulsión de los profanadores del Templo.

124. Entrada triunfal mesiánica de Jesús en Jerusalén.—Siempre Jesús había declinado los homenajes que las muchedumbres en diversas ocasiones quisieron tributarle; pero ahora, al venir a Jerusalén para padecer y morir por la redención del mundo, antes de entregarse en manos de sus enemigos, quiso hacer su entrada solemne como verdadero Rey Mesías.

NARRACIÓN.—Al día siguiente en que María ungió los pies de Jesús, saliendo el Señor de Betania, ya pasado el mediodía, dijo a dos de sus discípulos: «Id a ese pueblo que está enfrente de vosotros, y allí encontraréis una asna atada, y junto a ella un pollino, en el cual nadie ha montado hasta ahora; desatadlos y traédmelos. Si alguno lo impidiera, decir que el Señor los necesita; y al instante os los dejarán traer». Habiendo ido, hallaron todo conforme Jesús se lo había dicho, y trajeron el pollino con el asna. Y después de aparejarle con las vestiduras de ellos, montó Jesús en él, tomando el camino hacia Jerusalén.

Una gran muchedumbre de gentes, que habían acudido a la fiesta, al oír que Jesús llegaba, salieron en masa a su encuentro, llevando palmas y ramos de olivo; y con un entusiasmo que rayaba en delirio, gritaban: «*Hosanna, bendito sea el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel*» (el Mesías). Muchos tendían sus vestidos en el camino; otros cortaban ramas y hojas de los árboles, y las esparcían por donde había de pasar; y todos,

transportados de júbilo, cantaban: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que vemos llega ahora! ¡Salud y gloria al Mesías! ¡Hosanna en las alturas!» (Mat., XXI, 1-9; Juan, XII, I, 12-13).

Los motivos por lo que el Salvador quiso entrar triunfalmente en la Ciudad Santa y con estas muestras de alegría y pompa exterior cinco días antes de su muerte, entre otros, fueron los siguientes:

1.° Primeramente, *para demostrar que él era el Mesías anunciado,* el Cristo esperado, el verdadero rey de Israel, en cumplimiento de lo que dijo de él el Profeta, que tomaría posesión solemne de la ciudad y del Templo: «Oh hija de Sión, regocíjate en gran manera, salta de júbilo, oh hija de Jerusalén: He aquí que a ti vendrá tu Rey, el Justo, el Salvador. El vendrá pobre, y montado sobre una asna y su pollino» (Zac., IX, 9). Por eso dicen los Evangelistas que aquella entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén se realizó para cumplimiento de lo que estaba profetizado (Mat., XXI, 4-5; Juan, XII, 14-16).

2.° En segundo lugar, para *quitar todo pretexto a la incredulidad de sus enemigos*; pues esperaban un Mesías lleno de majestad y de poder, un Rey triunfador y glorioso; no sabían imaginarlo de otra manera. Por eso se presenta ahora como Mesías en Jerusalén tal como ellos le esperaban; y así' entre los repetidos gritos de *Hosanna* es aclamado por la ingente muchedumbre de ciudadanos y de los cientos de miles de forasteros que salieron a su encuentro, como Rey de Israel, que viene en nombre del Señor (Mat., XXI, 8-9; Juan, XIII, 13).

125. **Jesús llora por Jerusalén y predice su ruina.**—Prosiguiendo Jesús su camino, en medio de su triunfo, al ver a Jerusalén, según se iba acercando, su alma se sintió vivamente conmovida por aquella ciudad y por aquel pueblo... **Y *comenzó a llorar sobre ella,*** previendo el crimen que allí se iba a cometer y las espantosas desgracias que sobre la misma y sobre los judíos no tardarían en caer; por lo cual dijo entre lágrimas y sollozos: «¡Ah, si conocieses tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede traerte la paz y felicidad! Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos. Pues vendrán días aciagos sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te cercarán de contramuro, y te estrecharán por todas partes. Te arrasarán y echarán por tierra, con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; porque no conociste a tu Dios y Señor cuando te visitaba» (Luc., XIX, 41-44).

Jesús veía todo esto y lo anuncia de antemano; la compasión y el dolor le arrancan lágrimas y suspiros en medio de la gloria de su triunfo y de la alegría de su corazón.

Esta predicción del Señor *tuvo entero cumplimiento treinta y ocho años más tarde*, cuando los romanos, instrumentos de la divina Justicia, cercaron a Jerusalén con doble muro, degollaron a sus habitantes y devastaron por completo la ciudad y el Templo.

126. Diversos episodios: los enfermos y los niños.—Toda la ciudad se había conmovido, advierten los Evangelistas, a tan espléndida glorificación de Jesús; grandes oleadas de gentes le seguían hasta su llegada a los atrios del Templo, y aquí se repitieron de una manera más clamorosa aún los aplausos, vítores y ovaciones al Rey Mesías.

Ya en el Templo, se llegaron a él varios ciegos y cojos, y los curó. Pero los príncipes y los escribas, al ver las maravillas que hacía, y a los niños que le aclamaban en el Templo, diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!», se indignaron y dijeron a Jesús: «¿Oyes lo que éstos dicen?» (consideraban blasfemia confesar a Jesús por Mesías). El les respondió: «Sí, por cierto. Pues qué, ¿no habéis leído jamás que de la boca de los niños y de los infantes obtuviste alabanza perfecta?» Era Dios mismo entonces quien ponía en la boca de los muchachos la confesión de la mesianidad de Jesús.

Y siendo ya tarde, viendo que ninguno le convidaba a hospedarse en su casa, pues no hubo quien se moviese a ello por temor de los fariseos, *se volvió Jesús con sus apóstoles en ayunas* a Betania, que distaba cerca de media legua de Jerusalén (Mat., XXI, 10-11; 14-17; Marc., XI, 11).

127. Maldición de la higuera.—Al otro día, lunes, así que salieron por la mañana de Betania, de nuevo a la ciudad, como viese Jesús a los lejos una *higuera* con hojas, pues tenía hambre, encaminóse allá por ver si encontraba algo en ella; mas no hallando sino follaje, porque aun no era tiempo de higos, la dijo: «Nunca jamás coma nadie fruto de ti», y se secó al punto la higuera. Al día siguiente aparecieron desnudas las ramas como en pleno invierno, con admiración de los Apóstoles que la con-

templaron a su paso con Jesús por aquel mismo lugar: Había quedado *seca* de raíz (Mat., XXI, 17-20; Marc., XI, 12-14).

Era una figura simbólica *del pueblo judío*, que estaba desprovisto de frutos de justicia y de caridad, y debajo de hermosas apariencias ocultaba su gran malicia y criminalidad; por lo que quedaría maldecido y desechado de Dios.

128. **Purificación del Templo.**—Continúa en este día (lunes santo) el triunfo de Jesús con un acto de gran autoridad mesiánica, arrojando por segunda vez a los mercaderes profanadores del Templo, como lo había hecho al principio de su ministerio público. Sus encarnizados enemigos se exarceban con ello aun más; pero se ven obligados a diferir momentáneamente, muy a pesar suyo, sus horrendos planes.

NARRACIÓN.—Llega Jesús a Jerusalén con sus discípulos, y habiendo entrado en el Templo, con su autoridad de Mesías Rey, hace un acto judicial aun más notable que el ejecutado en otra ocasión (núm. 50).

Viendo otra vez convertido aquel lugar santo en un ferial, encendido nuevamente por el celo de la gloria de Dios, comenzó a echar fuera *a los que vendían y compraban en él*, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas, y no permitió que nadie transportase vasija ni mueble alguno por el Templo. Luego los instruía, diciéndoles: «Escrito está que mi casa es la casa de oración para todas las naciones; pero vosotros habéis hecho de ella una guarida de ladrones».

Como hubiesen oído esto los príncipes de los sacerdotes y los escribas, andaban trazando planes para quitarle la vida secretamente; pero no hallaban medio, *porque le temían* y veían que todo el pueblo le escuchaba maravillado.

Entre tanto continuó Jesús durante todo el día en el Templo enseñando a las turbas y curando los enfermos que le traían; y al atardecer salió de nuevo de la ciudad y regresó a Betania (Mat., XXI, 12-13; Marc., XI, 15-23; Luc., XIX, 45-48).

LECCION 24

DISCUSIONES Y PARABOLAS DE REPROBACION

(MARTES SANTO)

SUMARIO: **129 Discusión de los sanedritas sobre los poderes de Jesús. 130. Tres parábolas sobre la reprobación de los judíos: Los dos hijos.—131. Parábola de los viñadores.—132. Parábola de las bodas.—133. Conjuración del Sanedrín.**

129. Discusión de los sanedritas sobre los poderes de Jesús. Este día (martes santo), el último que Jesús pasó en el Templo, fué para él de gran actividad apostólica, sosteniendo grandes controversias con los fariseos, escribas y herodianos, y adoctrinando al pueblo, proponiéndole hermosas parábolas.

Seguían los enemigos de Jesús profundamente impresionados por la entrada triunfal en la ciudad y por el acto de autoridad en el Templo; y por eso van ahora a contender con él acerca de su autoridad, tendiéndole un lazo, para ser si pueden derrotarle y así malquistarle con los romanos y con el pueblo, y por este medio llevarle a la muerte.

NARRACIÓN.—Se hallaba ya Jesús en el Templo enseñando y predicando el Evangelio, cuando he aquí que de improviso y abriéndose paso por entre la muchedumbre, se le acerca una comisión del Sanedrín, compuesta por los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, y le pregunta: «¿Con qué autoridad haces estas cosas?» Respondióles Jesús: «Yo quiero también haceros una pregunta; y si me respondéis a ella, os diré luego con qué autoridad y poder hago estas cosas. El bautismo de Juan (es decir, su misión), ¿de dónde era?, ¿del cielo, o de los hombres?» (Lo que equivalía a preguntar si era un profeta o un impostor). Mas ellos discurrían para consigo diciendo: «Si respondemos que del cielo, nos dirá, ¿pues por qué no habéis creído en él? Si decimos que de los hombres, entonces el pueblo nos ape-

dreará»; porque todos miraban a Juan como a verdadero profeta. Y así contestaron todos a Jesús, diciendo: «No lo sabemos». Replicóles a esto Jesús «Pues tampoco yo os diré con qué autoridad hago estas cosas». (Mat., XXI, 23-27; Marc., XI, 27-33; Luc., XX, 1-8).

Derrota de los adversarios de Jesús. La pregunta de Jesús desconcertó por completo a los delegados sanedritas, el cual al ver que se declaran incapaces de contestar a una pregunta que tanto monta, sobre la naturaleza del ministerio del Bautista, los confunde con la evasiva a la pregunta de ellos. Bien sabían los primates de Israel el origen divino del Salvador; pues hacía tiempo que él les había probado eso y demostrado con milagros su misión divina mesiánica; por eso no les contesta y los deja avergonzados, trayéndoles a la memoria los testimonios de Juan en pro de su divinidad.

130. Parábolas de los dos hijos.—Ya no son ahora los adversarios del Señor los que acometen; es el mismo Jesús el que toma la ofensiva con un brío irresistible, proponiéndoles tres delicadas parábolas que ponen de manifiesto su deslealtad y rebeldía respecto de Dios; son, pues, estas las parábolas sobre la reprobación de los judíos.

Los dos hijos. «¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llamando al primero le dijo: Anda, vete hoy a trabajar a mi viña. Y él respondió: No quiero. Pero después, arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo; y aunque él respondió: Voy, señor, no fué, ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? El primero, contestaron ellos. Y Jesús respondió: En verdad os digo, que los publicanos y las malas mujeres os aventajarán en el reino de los cielos. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos la justicia con palabras y ejemplos, y no le creisteis, mientras que los publicanos y las malas mujeres le creyeron, y vosotros viéndole, no os habéis arrepentido aún para creerle, lo que debiera avergonzaros» (Mat., XXI, 28-32).

131. Parábola de los viñadores homicidas.—Esta parábola, más transparente y trágica, es como un desarrollo de la anterior y un como compendio de toda la historia del pueblo de Israel.

Los viñadores. «Había un padre de familia que plantó una viña y la cercó de vallado e hizo en ella un lagar y edificó una torre, y después arrendóla a unos *labradores* y se ausentó a lejanas tierras. Cuando llegó el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para que les pidiesen los frutos de la viña. Pero los labradores, echando mano a los criados, al uno hirieron, y al otro mataron, y al otro apedrearon. De nuevo envió otros criados en mayor número que los primeros, y los trataron de la misma suerte». Esto es lo que el pueblo de Israel hizo con los profetas enviados de Dios, que tuvieron en su mayor parte un fin trágico por la maldad de los jefes israelíticos.

«Cuando esto supo el amo de la viña, dijo: ¿Que haré? Aun me queda el hijo; les enviaré, pues, a *mi hijo muy amado*; quizá se atemoricen cuando le vean. Mas cuando le vieron los labradores, se dijeron: Este es el heredero, venid, matémosle y su herencia será nuestra. Y agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron». Este hijo unigénito es Jesús, que fué echado del gremio de su mismo pueblo y crucificado extramuros de Jerusalén, por la sentencia que le condenó a morir en manos de los gentiles.

«Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña, ¿qué hará de aquellos renteros?, preguntó Jesús. A lo que respondieron los mismos sanedritas, dando contra sí propios la sentencia: *Hará que esta gente tan mala perezca miserablemente y arrendará su viña a otros labradores.* Por lo que os digo a vosotros, contestó Jesús, que os será quitado el reino de Dios y será dado a gentes que rinda frutos» (Mat., XXI, 36-46; Marc., XII, 1-12; Lucas, XX, 9-19).

132. Parábola de las bodas.—En la parábola anterior ha anunciado Jesús a los judíos su reprobación; en esta que desarrolla y completa la idea antes indicada, les anuncia su suerte desgraciada.

Las bodas. «El reino de los cielos es semejante a un rey que, celebrando las bodas de su hijo, envió sus servidores a llamar a los convidados; mas éstos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos criados, con orden de decir de su parte a los con-

vidados: El banquete está ya preparado; venid, que todo está dispuesto; pero ellos no le hicieron caso, y siguieron en sus negocios: unos a sus casas de campo, otros a sus industrias y otros cayeron sobre los criados y los asesinaron. Cuando el rey lo supo, indignóse, y enviando sus tropas mandó matar a los asesinos, y poner fuego a su ciudad. Después dijo a sus criados. El convite está preparado, pero los convidados no son dignos de venir a él. Id, pues, por las calles, y convidad a la boda a todos los que encontréis, buenos y malos. Hiciéronlo así los siervos, y pronto se llenó la casa de convidados» (Mat., XXII, 1-14).

En esta instrucción de Jesús aparece de relieve cómo los judíos son rechazados por su incredulidad; llamando en su lugar a los gentiles: a los buenos que vivían honradamente dentro de la gentilidad; y a los malos, los que estaban abandonados a sus pasiones.

El Salvador anuncia en esta parábola la ruina del pueblo judío y el incendio de Jerusalén, que se llevó a cabo por el ejército de Tito y Vespasiano, llamado el ejército de Dios, porque fué instrumento de su justicia (núm. 125). El mismo Tito, según refiere Josefo, atribuyó aquel hecho a la divinidad.

133. Conjuración del Sanedrín. — La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, la expulsión de los mercaderes del Templo, y la victoria obtenida con sus discursos, en los atrios sagrados, irritó profundamente y redobló el furor de sus enemigos, de los fariseos sobre todo; y viéndose confundidos y que perdían toda su popularidad, buscaban desde entonces el medio de apoderarse de él y de prenderle, sin soliviantar a las muchedumbres, a quienes temían en extremo.

Reuniendo al efecto el *Sanedrín*, se juntaron los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los magistrados del pueblo en el palacio del Sumo Sacerdote, que se llamaba Caifás, y tuvieron consejo o sesión oficial, no para acordar la muerte de Jesús, la cual ya estaba decidida en otro Consejo anteriormente (n.° 120), sino para deliberar sobre la manera cómo debían proceder: si abiertamente y con violencia, o si secretamente y con engaño. Esta reunión tuvo lugar a la caída de la tarde del martes santo.

Por fin decidieron apoderarse de Jesús secretamente, por engaño y sorpresa, y hacerlo morir; pero no en el día de la fiesta,

sino después de la Pascua y como se pudiese, por el miedo que tenían de que se alborotara el pueblo. Por lo cual el acuerdo debía quedar en secreto y evitar que se trasluciese (Mat., XXVI, 1-5; Marc., XIV, 1-2; Luc., XXII, 1-2).

LECCION 25

CENSURAS Y PROFECIAS

(MARTES SANTO)

SUMARIO: 134. Invectiva de Jesús contra los escribas y fariseos.—135. Profecías sobre la destrucción de Jerusalén.—136. Profecías sobre el fin del mundo.—137. El juicio final.—138. Traición de Judas.

134. Invectiva de Jesús contra los escribas y fariseos.—Después de las discusiones y enseñanzas de Jesús en el Templo, durante estos días, antes de terminar su vida mortal y de reducirse al silencio en que se había de encerrar durante su sagrada pasión, dirigió a los escribas y fariseos la durísima invectiva que los avergonzó ante el pueblo y acabó de irritarlos contra Jesús hasta el extremo.

NARRACIÓN.—Entonces, dice el Evangelio, dirigió a sus discípulos las siguientes palabras delante del pueblo.

En la cátedra de Moisés se sientan y leen los escribas y fariseos; haced conforme a lo que os predican, pero no hagáis lo que ellos hacen. Porque ponen a los demás cargas insoportables sobre los hombros, y ellos no las sostienen ni con el dedo. Sus obras las hacen para ser vistos y estimados; buscan los primeros puestos, ser saludados en público y ser llamados maestros.

Y dirigiéndose a ellos continuó Jesús:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis las puertas del cielo a los demás; vosotros no entráis y no dejáis entrar a los que vienen.

¡Ay de vosotros, hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un seguidor vuestro, y cuando lo habéis conseguido, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros!...

¡Ay de vosotros, que cobráis los diezmos de la menta, del anís y del comino, y dejáis lo más importante de la ley, la justicia, la misericordia, la fe! Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis de la sentencia del infierno?...

Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados; cuántas veces quise recoger tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no has querido. Ya veréis cómo queda desierta vuestra casa...

Dicho esto, calló y dejó de enseñar. Y acompañado de sus apóstoles salió del Templo (Mat., XXIII; Marc., XII, 38-40; Luc., XXII, 45-46).

135. Profecías sobre la destrucción de Jerusalén. —Después de haber salido Jesús del recinto del Templo, ya al atardecer, camino de Betania, con ocasión de que uno de ellos le llamara la atención sobre la suntuosidad de aquel sagrado edificio, adornado de hermosas piedras y ricos dones, pronunció un grandioso discurso *apocalíptico* acerca de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo.

1. *La destrucción de Jerusalén.* Jesús anunció primeramente *la destrucción del Templo* en cuanto salió de este sagrado recinto; pues uno de los discípulos admirado de su magnificencia, le dijo: «Mirad, Señor, qué piedras y qué edificio». Jesús le respondió: «¿Veis todas estas cosas?, pues en verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra; *todo será destruído*». Estas palabras expresaban figuradamente la destrucción total de Jerusalén, que ya el Señor había antes anunciado, y que se cumplieron al pie de la letra (núms. 125 y 132).

Habiendo el Señor subido con sus discípulos la vertiente occidental del monte de los Olivos, sentóse de cara al Templo; y entonces algunos de ellos: Pedro, Santiago, Juan y Andrés, le dijeron: «Maestro, dinos *cuándo* ha de suceder esto, y cuál será *la señal de tu venida y del fin de mundo*». A esta pregunta de

sus amigos dió Jesús una larga respuesta (la exponemos resumidamente aquí y en el número siguiente), diciendo:

2. *Signos precursores de la destrucción del Templo y de la ciudad.* «Cuando viéreis a Jerusalén cercada de un ejército, sabed que su desolación está cercana. Entonces el que se encuentre en Judea, huya de la ciudad a los montes; y el que esté en los campos, no entre en la ciudad. Porque habrá grande consternación, como nunca jamás la hubo desde el principio del mundo, ni nunca la volverá a haber después. Muchos caerán al filo de la espada; otros serán llevados en cautiverio a todas las naciones. Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta tanto que se cumplan los tiempos de las naciones», es decir, hasta que se predique el Evangelio a los gentiles (Mat., XXIV, 1-2; Marc., XIII, 1-2; Luc., XXI, 5-7; 20-24).

Todo lo que sufrieron en los pasados siglos las ciudades en las guerras, dice Josefo, fué superado por lo acaecido en Jerusalén: «los prisioneros hechos fueron más de noventa mil, los muertos más de un millón. A más de los horrores de toda suerte que sufrió aquel desdichado pueblo» (1).

136. **Profecías sobre el fin del mundo.**—*Signos precursores de la venida del Hijo del hombre y del fin del mundo.* «Antes que esto suceda, vendrán muchos y dirán: Yo soy Cristo; y muchos serán seducidos. Oiréis guerras y sediciones; y se levantará pueblo contra pueblo, y reino contra reino, y vendrán pestes, hambres y grandes terremotos por todas partes...: Mas estas cosas sólo serán el principio de la tribulación. Porque luego que el Evangelio haya sido anunciado a todas las gentes, entonces vendrá el fin: se oscurecerá el sol, y la luna no dará su resplandor... Y los hombres quedarán yertos de espanto ante las cosas que sobrevendrán a todo el universo» (Mat., XXIV, 3-29; Marc., XIII, 3-25; Luc., XXI, 25-26).

Después del prenuncio de las señales precursoras del fin del mundo, escribe Jesús *su segunda venida* a juzgar al mundo en los térmi-

(1) Véase Historia de la Iglesia, *V. Incio*, núms. 28 y 29.

nos siguientes: «Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo de hombre (una *cruz luminosa*), y todos los que habiten en la tierra, le verán venir sobre las nubes con grande gloria y majestad. Y enviará a sus ángeles con trompetas, los cuales convocarán a los elegidos por las cuatro partes del mundo, y del uno al otro extremo de los cielos. Los cielos y tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán» (Mateo, XXIV, 30-31; Marc., XIII, 26-27; Luc., XXI, 27-28).

137. **El juicio final y la eterna separación de buenos y malos.** Dice así Jesús a sus discípulos: «Cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria. Y se congregarán ante él todas las naciones de la tierra, y separará a los unos de los otros como un pastor aparta a las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda.

Entonces dirá el Rey del cielo a los que están a su derecha: *Venid, benditos de mi Padre,* a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber, era huésped y me hospedasteis; desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y me vinisteis a ver. Entonces los justos le preguntarán admirados: ¿Cuándo hemos hecho, Señor, esto contigo? El rey les responderá: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con alguno de mis pequeños hermanos (los pobres y los despreciados), conmigo lo hicisteis.

Por el contrario, a los que están a su izquierda, les dirá: *Apartaos de mí, malditos,* id al fuego eterno, que fué destinado para el demonio y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era huésped, y no me hospedasteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces dirán los que están a la izquierda: ¿Cuándo, Señor, te hemos visto hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te hemos servido? Pero se les responderá: En verdad os digo, que lo que no hicisteis con alguno de mis más pequeños hermanos, dejasteis de hacerlo conmigo. *Y éstos irán al eterno suplicio, y los justos a la vida eterna»* (Mat., XXV, 31-46).

138. Traición de Judas.—Entre tanto *Satanás había entrado en Judas*, por sobrenombre Iscariote, uno de los doce Apóstoles; el cual hace traición a Jesucristo y le vende por treinta monedas.

Cegado por la avaricia, se fué a los príncipes de los sacerdotes y a los magistrados de la custodia del Templo, a la tarde del día siguiente (miércoles, día 13 de Nisán) de haber acordado el Sanedrín el plan de prender a Jesús y hacerle morir, y les dijo que él se ofrecía a entregar a su Maestro si le daban algún dinero, ellos le propusieron treinta monedas de plata.

Aceptóse la infame venta, y desde aquel momento el traidor Judas sólo buscaba una ocasión favorable para consumar su abominable crimen (Mateo, XXVI, 14-16; Marcos, XV, 10-11; Luc., XXII, 3-6).

De ahí la costumbre antigua de ayunar el miércoles.

Los príncipes de los sacerdotes y consejeros del Sanedrín, ante la siniestra proposición de Judas, se alegraron muchísimo por la oportunidad que se les ofrecía para ejecutar sus inicuos planes. Por este motivo, al ver que un discípulo suyo se ofrecía a entregarle, *cambiaron de parecer* acerca de la manera de prender a Jesús y darle muerte (núm. 133), sin esperar a que pasara la fiesta de la Pascua, y se decidieron a consumar su obra nefanda lo antes posible; esperando a que Judas pusiera a Jesús en sus manos, para lo cual sólo buscaba el traidor una coyuntura propicia para entregarle sin tumulto del pueblo.

LECCION 26

MISTERIOS DEL CENACULO

(JUEVES SANTO)

SUMARIO: 139. La cena Pascual.—140. Jesús lava los pies a sus discípulos.—141. Institución de la Eucaristía y del sacerdocio.—142. Anuncio de la traición.—143. Despedida de Jesús y el mandato nuevo.

139. Celebración de la Cena Pascual o legal.—Con el anuncio del juicio universal (núm. 137) ha terminado el Salvador su vida pública como Maestro divino; ahora empieza la historia de la Pasión y Muerte en que quedará consumada la obra de nuestra redención.

En la historia de este día, *Jueves Santo*, se refieren tres grandes acontecimientos acaecidos en el *Cenáculo*: la última cena pascual de Jesús con sus Apóstoles, el lavatorio de los pies a éstos y la institución de la Eucaristía; a continuación, el principio de la Pasión.

La *cena pascual o legal*. Una vez llegado el primer día de los ázimos, que era jueves y el 14 de Nisán, en el cual se debía sacrificar el cordero pascual, conforme ordenaba la ley, envió Jesús a Pedro y Juan a Jerusalén, diciéndolos: «Id a la ciudad, y encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare, y decid al dueño que el Maestro os envía a decir: Mi tiempo se acerca, voy a celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos; y preguntadle en dónde está la sala o aposento en que he de celebrar la cena de Pascua con ellos. Y él os mostrará entonces una grande sala bien amueblada y aderezada; preparardnos allí lo necesario». Hicieron, pues, los discípulos lo que Jesús les ordenara, y prepararon las cosas para la Pascua.

A la caída de la tarde, puesto ya el sol, fué Jesús desde Betania con los doce a Jerusalén, y entrando en el Cenáculo, púsose a la mesa con los doce Apóstoles, y les dijo: «*Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión*. Porque os digo que ya no la celebraré otra vez, hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios» (Mat., XXVI, 17-20; Marcos, XVI, 12-17; Luc., XXII, 7-18).

En seguida Jesús comió con ellos el cordero pascual, conforme ordenaba la ley.

140. Jesús lava los pies a sus discípulos. — Sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, dice el Evangelista San Juan, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin; es decir, hasta el colmo del perfectísimo amor. (Pruebas de ello fueron durante la cena: el lavatorio, la Eucaristía, y el sermón que después pronunció).

Y así, acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas Iscariote el designio de entregarle; Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, a Dios volvía (es decir, a pesar de tener conciencia clara de su grandeza y majestad), se levantó de la mesa (para realizar este acto de profundísima humildad, propio de los siervos), y quitándose sus vestidos, se ciñó una toalla; y echando agua en un lebrillo o palangana, púsose *a lavar los pies de sus discípulos* y a limpiarlos con la toalla que se había ceñido.

Como empezara por Pedro, éste le dijo admirado: «¡Señor!, ¿tú lavarme a mí los pies?» Respondióle Jesús, y le dijo: «Lo que yo hago tú no lo sabes ahora; lo entenderás después». Dícele Pedro: «No me lavarás los pies jamás». Pero Jesús le replicó: «Si no te dejas lavar por mí, no tendrás parte alguna conmigo». Entonces dijo Pedro: «Señor, si esto es así, no solamente lo pies, sino también las manos y la cabeza» (Juan, XIII, 1-5).

Exhortación a la humildad y a la caridad. Después que les hubo lavado los pies, tomó otra vez su vestido, y puesto de nuevo a la mesa, díjoles: «¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y bien decís, porque en verdad lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies el uno al otro (es decir, ejercitaros en obras de abnegación y de caridad). Porque ejemplo os he dado, para que pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también. Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados si así las practicáis» (Juan, XIII, 6-17).

141. Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio.—A continuación instituyó Jesucristo el adorable Sacramento de la Eucaristía, que había de ser o constituir desde entonces la nueva Pascua, como sacrificio y como alimento de las almas.

Tomó, pues, Jesús el pan en sus santas y venerables manos y le bendijo, partió y consagró, y se le dió a sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO, el cual será entregado a la muerte por vosotros. Del mismo modo, cogiendo el cáliz dió gracias, le bendijo, le alargó a sus discípulos, diciendo:

«Bebed todos de él: **ESTA ES LA SANGRE MIA**, el sello del Nuevo Testamento, la cual será derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados» (Mat., XXVI, 26-28; Marc., XIV, 22-24; Luc., XXII, 19-20).

Jesucristo *instituye a la vez el sacerdocio*, dando a los Apóstoles y a todos sus sucesores el poder de renovar estos divinos misterios y estupendos prodigios que él mismo acaba de obrar, y por lo tanto *el poder de celebrar la santa Misa*, que entonces también instituye, con estas palabras: «*Haced esto en memoria mía*» (Luc., XXII, 19; 1.ª Cor. XII, 23-28; Trid. Ses. XXII, cap. 1, can. 2).

La institución de la Eucaristía y del *Sacerdocio* constituye el punto capital de la última Cena; y a la vez el cumplimiento de la promesa que el Señor un año antes hiciera en la sinagoga de Cafarnaún (núm. 94).

142. Anuncio de la traición.—Estando Jesús a la mesa, dijo varias veces que conocía la traición que uno de sus discípulos le hacía, para que los Apóstoles lo supieran antes de que sucediese, y así después recordaron que se cumplía lo que estaba profetizado: «Un hombre con quien yo vivía en dulce paz, de quien yo me fiaba, y que comía el pan conmigo, ha urdido una gran traición contra mí» (Salmo XL, 10).

Entonces Jesús, turbado en su espíritu, les dijo: «En verdad os digo, que *uno de vosotros me ha de entregar*». Esta manifestación del Señor, produjo en los Apóstoles efectos de profundísima tristeza y grande azoramiento. Completamente desconcertados, comenzaron a preguntarle uno después de otro: «¿Seré yo acaso, Señor?» El les respondió: «Es uno de los doce, que moja conmigo la mano en el plato». También Judas hipócritamente le preguntó: «¿Soy yo quizás, Maestro?» Respondióle Jesús quedamente, sin que los otros discípulos percibiesen lo que decía: «Tú lo has dicho; sí, tú eres». Y con majestuoso desdén añadió: «Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes». Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué fin se lo dijo, porque como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús le hubiese dicho

que comprase lo que necesitaban para la fiesta, o que diese algo a los pobres. Judas salió en seguida del Cenáculo; y cuando salió *era ya de noche* (Mat., XXVI, 21-25; Marc., XIV, 18-21; Luc., XXII, 21-23; Juan, XIII, 18-30).

143. Despedida de Jesús y el mandato nuevo.— Salido que hubo Judas del Cenáculo, continúa el Evangelista San Juan, con objeto de poner inmediatamente por obra su nefando designio, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él; y si Dios queda glorificado en él, Dios igualmente le glorificará a él en sí mismo, y le glorificará muy presto».

Inmediatamente de decir estas palabras, sabiendo Jesús que se acercaba ya su hora, no quiere ocultar a sus queridos discípulos nada de lo que va a suceder, su terrible realidad; y *se despide de ellos* con las mayores muestras de amor y de solicitud, y con las más tiernas palabras, pronunciando un largo y sentidísimo discurso, *dándoles un nuevo mandamiento* de amor y caridad, y alentándolos para que no desmayen en la obra para la que los había escogido. (Véase San Juan, capítulos XIII-XVI).

Oración sacerdotal de Jesús. Al terminar el Señor su discurso, levantando los ojos al cielo, pidió: 1.° por sí mismo y por la glorificación de su sacratísima humanidad; 2.° por los discípulos, para que se conserven en la verdad y en la unión, en la unidad de la fe y en la caridad y en la santidad, mediante la verdad y el amor; en suma, pide por la vida eterna de sus discípulos; 3.° finalmente, por todos los que en los siglos venideros habían de formar parte de su Iglesia, es decir, por todos los cristianos católicos (Id. XVII).

Inmediatamente, dicho el himno de acción de gracias, se dirigió Jesús con sus discípulos camino del huerto de los olivos, o granja llamada *Getsemaní*, que se encuentra en la falda del monte Olivete a la otra parte del torrente Cedrón, para orar allí; y a donde iba a ser entregado por el traidor Judas en manos de sus enemigos y *dar principio a su sacratísima Pasión.*

LECCION 27

ORACION DEL HUERTO Y PRISION DEL SEÑOR

SUMARIO: 144. Agonía y oración de Jesús en el huerto.—145. Prisión del Señor.—146. Jesús ante Anás y Caifás: Proceso religioso ante el Sanedrín.—147. Sesión matutina del Sanedrín.—148. Desesperación y muerte de Judas.

144. Agonía de Jesús y oración en el huerto.— (Noche del Jueves al Viernes Santo). Da comienzo el drama dolorosísimo de la pasión de Jesús con las terribles tristezas y agonías de muerte que sufrió en su alma santísima en el huerto de los olivos, y le hicieron sudar sangre de congoja y aflicción.

La tristeza y la oración de Jesús. En cuanto llegó Jesús al huerto, dijo a sus discípulos a la entrada del mismo: «Sentaos aquí mientras voy allá y hago oración». Y llevándose consigo a Pedro, a Santiago y a Juan (los testigos de la Transfiguración, que iban a serlo ahora de su profunda humillación y de sus combates), empezó a entristecerse, a sentir temor y a padecer profundas angustias. Y entonces les dijo: «Mi alma siente angustias mortales; permaneced aquí y vigilad y orad conmigo.

Y apartándose de ellos como un tiro de piedra (unos cincuenta metros), se internó en una pequeña gruta que allí había, e hincadas las rodillas, prosternóse con la frente en tierra y oraba diciendo: «Padre mio, si es posible pase de mí este cáliz. ¡Padre! Todo te es posible; aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Mat., XXVI, 36-44; Marc., XIV, 32-40; Luc., XXII, 39-46).

Después de orar largo rato el Señor, se levantó de la oración y con grande animosidad volvió a donde estaban los tres discípulos, y encontrándolos dormidos por la tristeza, les dijo: «Dormid, pues, el (breve) tiempo que os resta». Y al poco: «Basta, que ya se acerca la hora en que el hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vámonos; he aquí que el traidor se acerca» (Mat., XXVI, 45-46; Marc., XIV, 41-42).

145. Prisión del Señor.—Traicionado con el beso de Judas y abandonado por sus discípulos, fué prendido allí mismo por una turba de gente armada, dejándose él atar libremente; y le condujeron maniatado y con gran tumulto a la ciudad para ser juzgado.

NARRACIÓN.—Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegó Judas, y con él una turba numerosa con antorchas, linternas, espadas y palos, enviada por los príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo (es decir por el Sanedrín). El traidor les había dado la señal, diciendo: «A quien yo *besare*, a ese debéis prender» Tan luego como vió a Jesús, se acercó a él, y le dijo: «Salve, Maestro», y le besó. Jesús le contestó: «Amigo, ¿a que has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

Mas Jesús, que sabía todas las cosas que habían de venir sobre él, se adelantó a la turba y dijo: «¿A quién buscáis?» Respondieron ellos: «A Jesús Nazareno». Díceles Jesús: «*Yo soy*». Estaba entre ellos también Judas, que le entregaba. Al oír estas palabras retrocedieron todos, y cayeron en tierra como heridos por un rayo. Una vez repuestos del espanto, les preguntó Jesús de nuevo: «¿A quién buscáis?» Respondieron ellos: «A Jesús Nazareno». Y les dijo de nuevo: «Ya os he dicho que soy yo; si pues a mí me buscáis, dejad a éstos que se vayan». Entonces pusieron las manos en él.

Y los discípulos, abandonándole huyeron todos (Mat., XXVI, 47-56; Marc., XIV, 41-52; Luc., XXII, 47-54; Juan, XVIII, 1-28).

Todavía quiso testimoniar Jesús su divinidad en el momento mismo de comenzar su dolorosa pasión, con dos patentes milagros: uno de su *omnipotencia*, haciendo derribar en tierra a sus enemigos que venían bien armados, con una sola palabra; y otro de su *amor*, curando la oreja de Malco. Todo para demostrar hasta la evidencia que no había sido preso, atado y llevado a la muerte, sino porque quiso, *voluntariamente*, según ya lo había profetizado Isaías: «Ha sido inmolado porque él lo quiso así» (LIII, 7).

El abandono y huída de sus discípulos, estaba ya también anunciado muchos siglos antes, y así lo advirtió el Salvador a éstos unas horas antes que ocurriese, durante el trayecto del Cenáculo al monte de los Olivos: «Todos vosotros, les dijo, padeceréis escándalo por mí

esta noche, y me abandonaréis. Porque está escrito: *Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño* (Zac., XIII, 1). Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a Galilea, donde volveré a reuniros» (Mat., XXVI, 30-32).

146. Jesús en casa de Anás y de Caifás: Proceso religioso ante el Sanedrín.—Jesús, preso y maniatado, sale de Getsemaní camino del monte Sión, que se halla en la parte alta de Jerusalén, a la casa del Sumo Sacerdote. Y mientras los apóstoles huyen y le dejan solo, es conducido por sus enemigos ante Anás, quien interroga al Señor sobre sus discípulos y su doctrina. Respondióle Jesús: «Yo he hablado manifiestamente al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el Templo, donde se reunen todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Pero qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me oyeron lo que les hablé; ellos saben bien lo que he dicho». A esta respuesta tan digna y noble, uno de los ministros que allí estaban dió una *bofetada* a Jesús, diciendo: «¿Así respondes al pontífice?» Replicóle: «Si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me hieres?»

La respuesta de Jesús al pontífice era una lección de procedimiento judicial, porque no es al reo a quien debe preguntarse, sino a los testigos idóneos.

El proceso ante el Sanedrín. Envióle entonces Anás a casa de *Caifás* (donde se había reunido entre tanto el Sanedrín), que vivía en su mismo palacio o en otro contiguo.

El sumo sacerdote (Caifás) y todo el concilio andaban buscando contra Jesús algún *falso testimonio* para entregarle a la muerte; mas no le hallaban.

Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, interrogó a Jesús, diciéndole: «¿No respondes nada a los cargos que te hacen éstos?» Pero él callaba y nada respondió. Interrogóle de nuevo el sumo sacerdote, y le dijo: «Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas *si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios bendito*». Jesús le dice: «*Sí, lo soy*. Y os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre (que ahora veis ante vosotros) sentado a la diestra del poder de Dios (del Dios omnipotente) y venir en las nubes del cielo».

Al punto el sumo sacerdote, rasgando las vestiduras, dice: «¡*Ha blasfemado*! Vosotros mismos habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?» Y todos gritaron: *Reo es de muerte* (Mat., XXVI, 57, 59-66; Marc., XIV, 53-64; Juan, XVIII, 13-14; 19-24).

La sentencia de muerte de Jesús ya estaba decretada desde antes (núm. 133); el proceso fué una pura fórmula. Con sus respuestas y silencio Jesús desenmascaró la hipocresía y la iniquidad de los jueces. Ven que no pueden echarle en cara la menor cosa, y apelan a *testigos* falsos; éstos se contradicen, y como Jesús calla, no le queda otro recurso al pontífice que proponer la cuestión del *carácter mesiánico y divinidad del Salvador*.

«Así quedó patente al mundo entero *el motivo de la muerte*: el propio testimonio, acreditado con innumerables y portentosos milagros y su santa vida de *ser él Hijo de Dios*, que se disponen a padecer y morir por amor a los hombres, pero que un día ha de venir a juzgar **al mundo**».

147. Comparece Jesús de nuevo ante el Sanedrín. —Después de una noche en que los soldados pasaron el tiempo burlándose de Jesús, escupiéndole en el rostro y dándole golpes, todo con la aprobación y complacencia de los jueces, que acaso tomaron parte en ello, y después de que Pedro por tres veces le negó y bajo juramento afirmó que ni conocía a Jesús ni era su discípulo, muy de mañana, en cuanto rompió el día, se reunió nuevamente el Sanedrín con objeto de ratificar la sentencia de muerte dada en la noche anterior.

Hicieron que Jesús compareciese en su presencia y le dijeron: «Si tú eres Cristo, dínoslo». Y él les respondió: «Si os lo dijere, no me creeréis; y si os preguntare (con qué derecho procedéis contra mí) no me responderéis, ni me soltaréis (pues ya estoy prejuzgado por vosotros). Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de Dios omnipotente». Dijéronle todos: «*¿Luego tú eres el Hijo de Dios?*» El respondió: «*Sí, lo soy*». Dijeron entonces ellos: ¿Qué necesitamos más testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

Y levantándose la asamblea, ataron a Jesús y le llevaron al Pretorio, para entregarle al Presidente Poncio Pilato (Mat. XXVI, 67-68; XXVII, 1-2; Marc., XIV, 65; XV, 1; Luc., XXII, 63-71).

148. Desesperación y suicidio de Judas.—Bien pronto alcanzó la venganza del cielo al traidor y fué castigado con un fin terrible, digno de su execrable crimen.

Entonces *Judas*, que le había entregado, viendo a Jesús que era sentenciado a muerte, vencido por los remordimientos de su conciencia y agobiado por la desesperación, se ahorcó, reventando su cuerpo por medio y derramándose sus entrañas (Hechos, I, 18). ¡Así pagó su pecado, como acusador y verdugo de su propio crimen! Este hecho, lo mismo que su detestable traición, le habían anunciado los profetas (Salmo CVIII, 5-19; Zac., XI, 12-13; Jer., XXXII, 7-9), cumpliéndose al pie de la letra (Mateo, XXVII, 3-10).

LECCION 28

JESUS ANTE LOS TRIBUNALES CIVILES

(VIERNES SANTO)

SUMARIO: 149. Jesús ante Pilatos.—150. Jesús ante Herodes.—151. Jesús pospuesto a Barrabás.—152. Flagelación y coronación de espinas.—153. Jesús presentado ante el pueblo y condenado a muerte.

149. Jesús ante Pilatos.—En la madrugada de este memorable día (Viernes Santo) desde el palacio de Caifás que, como queda indicado, estaba en Sión, fué Jesús conducido al pretorio de Pilatos (que se hallaba instalado en la torre Antonia, en uno de los extremos de la plaza del Templo), atravesando la ciudad de un extremo a otro, para que el Presidente romano confirmara y ejecutara la sentencia.

Como el Sanedrín no tenía atribuciones para llevar a cabo ninguna sentencia de muerte, sin el asentimiento del gobernador romano, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, es decir, toda aquella asamblea religiosa en pleno, se trasladaron al tribunal de Pilatos para arrancar de él la condenación a muerte de

Jesús; pero no entraron en el pretorio, para no contaminarse, y poder comer el cordero pascual.

Y comenzaron a acusarle, diciendo: «A éste hemos hallado amotinando a nuestra gente y vedando dar el tributo al César, y diciendo que él es el Cristo, el Rey».

Realeza de Jesús: Entró Pilatos en el pretorio, y llamando a Jesús le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Respondió Jesús: «¿Dices tú esto por tu cuenta, o te lo han dicho otros de mí?» Respondió Pilatos: «¿Soy acaso yo judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho?» Respondió Jesús: «*Mi reino no es de este mundo..., no es de aquí*». Entonces Pilatos le dijo: «¿Luego tú eres rey?» Respondió Jesús: «*Sí, yo soy Rey*. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz». Pilatos le dijo: «¿Qué es la verdad?»

Inocencia de Jesús. Cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos y les dijo: «*Yo no hallo en él delito alguno*». Mas ellos insistían, diciendo: «Tiene al pueblo alborotado con la doctrina que esparce por toda Judea, empezando desde Galilea, hasta aquí» (Mat., XXVIII, 11-14; Marc., XV, 1-5; Luc., XXIII, 1-5; Juan, XVIII, 28-38). Entonces Pilatos remitió Jesús a Herodes.

Oyendo Pilatos nombrar a *Galilea*, preguntó si aquel hombre era galileo. Y luego que supo que era de la jurisdicción de *Herodes*, el cual a la sazón se encontraba en Jerusalén, remitióselo. Aprovechaba esta ocasión para eximirse de este negocio, para él muy molesto. (Luc., XXIII, 6-7).

150. Jesús ante Herodes.—Era este Herodes Antipas el tetrarca de Galilea (hijo de Herodes el Grande), el que había dado muerte al Bautista y amenazado al mismo Jesús.

Como Herodes tenía su mansión en el palacio de los Asmodeos, en la parte baja de Sión, unos 700 metros del Pretorio, este trayecto que Jesús tenía que atravesar por las calles más concurridas de la capital de Judea, y que entonces estaban atestadas de peregrinos, entre continuos malos tratos y burlas, tenía que ser para el Señor muy doloroso y en extremo afrentoso; sobre

todo al regreso, en que Herodes, por burla e irrisión, mandó ponerle una vestidura blanca.

NARRACIÓN.—Herodes se alegró mucho de ver a Jesús, porque hacía largo tiempo que deseaba verle, por haber oído decir de él muchas cosas y esperaba que hiciera algún milagro en su presencia. Le hizo muchas preguntas; pero Jesús nada le respondía. Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas estaban allí acusándole con gran instancia. A estas acusaciones y clamores no les dió importancia alguna Herodes; pero lo que lastimó su vanidad y orgullo, fué el que Jesús no le contestase ni una sola palabra, por lo que le despreció él y todos sus soldados; y escarneciéndole le hizo vestir de una ropa blanca (para burlarse de su *dignidad mesiánica y real*), y se lo devolvió a Pilatos. Y aquel día quedaron amigos *Herodes* y *Pilatos*, porque antes estaban enemistados entre sí (Luc., XXIII, 8-12).

151. Jesús pospuesto a Barrabás.—Como la astucia de Herodes hizo fracasar el plan de Pilatos de desentenderse del asunto, trató de librar a Jesús, convencido de su inocencia (que repetidas veces declaró) y de la maldad de sus enemigos, que por envidia le declararon reo de muerte; y para ello puso al Salvador en parangón con Barrabás, que estaba condenado a muerte por revolucionario, ladrón y asesino; pero fracasó también en sus intentos, pues los judíos prefirieron dar la libertad a este malhechor y pidieron para Jesús la muerte.

Era costumbre que con ocasión de la fiesta de la Pascua, el procurador concediese libertad a un preso, el que quisiera el pueblo. Por lo cual Pilatos, poniendo al lado de Jesús a Barrabás, dijo al pueblo que estaba allí reunido: «¿A cuál queréis que os deje libre, a *Barrabás*, que es un sedicioso, ladrón y homicida, o a *Jesús*, que es llamado Cristo, el Rey de los judíos?» Pilatos creyó que los judíos eligirían a Jesús para ser libertado. Pero los judíos, instigados por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, gritaron todos a una, diciendo: «No a éste, sino a Barrabás». Nuevamente les habló Pilatos queriendo soltar a Jesús: «Pues, ¿qué queréis que haga de Jesús, el Rey de los judíos?» Y todos ellos

clamaron otra vez, diciendo: «Crucifícale, crucifícale». Pilatos entonces les dijo por tercera vez: «¿Pues qué mal ha hecho? Yo no encuentro en él culpa alguna que merezca la muerte. Castigaréle y después le soltaré» (Mat., XXVII, 15-23; Marc., XV, 6-15; Luc., XXIII, 13-22; Juan, XVIII, 39-40).

Con este castigo, que era el sumamente acerbo de la *flagelación*, esperaba aún Pilatos aplacar el odio de los judíos y salvar a lo menos la vida de Jesús. Pero ellos instaban pidiendo con grandes voces que fuese crucificado (Luc., XXIII, 23-25).

152. Flagelación y coronación de espinas.—Pilatos se determinó por fin a acceder al deseo de los judíos, y les soltó a Barrabás. Ya había cedido demasiado; pero todavía esperaba calmarlos, para lo cual renovó la proposición hecha dos veces de castigar a Jesús, mandando que le llevasen de allí y le *azotasen*.

Los soldados convocaron apresuradamente a la muchedumbre, y sacando a Jesús fuera, al atrio del Pretorio, le ataron a una columna y le golpearon con azotes.

Luego congregaron en torno de él a toda la cohorte; le cubrieron con un manto de púrpura, y tejiendo una *corona de espinas*, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. Después se acercaban a él, y doblando la rodilla en tierra, le escarnecían diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!» Otros le escupían y le daban bofetadas, y quitándole la caña de las manos le daban con ella en la cabeza coronada de espinas, con lo cual le penetraban éstas más profundamente en la frente y en las sienes (Mat., XXVII, 27-30; Marc., XV, 16-19; Juan, XIX, 1-3).

153. Jesús presentado ante el pueblo y condenado a muerte. Cuando Pilatos vió a Jesús en aquella dolorosa figura, objeto de tantas befas y escarnios, se conmovió profundamente; y juzgando que aquella era muy buena ocasión para conmover a los judíos, le presentó así al pueblo, declarando nuevamente su inocencia.

Salió, pues, Pilatos de nuevo afuera y díjoles: «He aquí que os le traigo fuera para que conozcáis que yo no hallo en él delito

ninguno». Entonces apareció el Señor cubierto con un manto rojo, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado, desfigurado por los azotes y los salivazos; y Pilatos les dijo: *¡Ecce Homo!* «*Ved aquí al hombre*».

Luego que los pontífices y los ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: «¡Crucifícale, crucifícale!».

Ultimo esfuerzo de Pilatos. Mas todavía hizo un supremo esfuerzo para salvar la vida de Jesús. Era entonces la *parasceve* de la Pascua (es decir, el *viernes* 15 de Nisán), cerca de la hora de sexta (hacia las once de la mañana, vigilia de la gran fiesta), y Pilatos dijo a los judíos, señalando a Jesús: «Aquí tenéis a vuestro Rey». Ellos, cada vez más alborotados, gritaron: «Quítale, quítale, crucifícale». Replicóles Pilatos. «¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar?» Respondieron los pontífices: «No tenemos otro rey que al César» (Juan, XIX, 4-15).

Jesús condenado a muerte en cruz. Como viese Pilatos que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía más el tumulto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «*Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá os lo veáis vosotros*». Y todo el pueblo respondió diciendo: «Sea su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

Entonces se determinó Pilatos a acceder a su deseo; y se le entregó para que le crucificasen (Mat., XXVII, 24-26; Marc., XV, 15; Luc., XXIII, 25; Juan, XIX, 16).

Treinta y ocho años más tarde, en el asedio y destrucción de Jerusalén, pagó el pueblo judío su cristicidio en forma terrible, cumpliéndose su imprecación con espantoso rigor (1).

---

(1) Véase Historia de la Iglesia, *V. Incio*, núms. 28 y 29.

LECCION 29

CRUCIFIXION Y MUERTE DE JESUS

(VIERNES SANTO)

SUMARIO: 154. La Vía Dolorosa.—155. La crucifixión.—156. Sufrimientos de Jesús en la cruz.—157. Las tinieblas; muerte de Jesús.—158. La cruel lanzada.—159. Descendimiento y sepultura de Jesús.

154. La Vía dolorosa.—Debido a las continuas transformaciones que ha sufrido la Ciudad Santa en la sucesión de los siglos, es punto menos que imposible reconocer exactamente la Vía dolorosa, o *camino del Calvario*, recorrido por Jesucristo. Los únicos puntos que se saben con certeza son: el pretorio, que estaba situado en la torre Antonia, y el Calvario y el sepulcro; de los demás hemos de contentarnos de conjeturas, más o menos aproximadas.

El recorrido se sabe que va de Este a Oeste, y su longitud es de unos 1.200 pasos.

De las catorce estaciones, sólo las nueve primeras están actualmente en las calles de Jerusalién; las otras cuatro en el interior de la Basílica del Santo Sepulcro.

NARRACIÓN.—En cuanto Pilatos hubo pronunciado la sentencia, los soldados se apoderaron de Jesús y le quitaron la púrpura o manto rojo; y volviéndole a poner sus vestidos, le condujeron afuera para crucificarle. Y llevando él mismo su cruz a cuestas, salió para aquel lugar que se llama *Calvario* y en hebreo *Gólgota* (que significa «cráneo» o calavera, y por eso se llama «calvario»). Con Jesús fueron también conducidos dos facinerosos, para hacerlos morir (como si Jesús fuese de igual manera un malhechor ordinario semejante a éstos), y le seguía una ingente muchedumbre (Mat., XXVII, 31; Marc., XV, 20; Juan, XIX, 17).

Simón de Cirene. Habían conseguido los judíos ya en parte lo que intentaban, que Jesús para mayor ignominia llevase él mismo su cruz por las calles de Jerusalén, llenas entonces de gentes. Y como le viesen agotado de fuerzas (pues según la tradición cayó varias veces bajo el peso del infame madero), no por compasión, sino porque temían no pudiera llegar vivo al lugar del suplicio, si no le descargaban del peso de la cruz; al salir de la puerta de la ciudad, echaron mano de un hombre de *Cirene* (ciudad de Africa), llamado *Simón*, el cual de vuelta de su granja acertó a pasar por allí y le obligaron a que llevase la cruz en pos de Jesús (Mat. XXVII, 62; Marc. XV, 21; Luc. XXIII, 26).

155. Jesús en el Calvario: la crucifixión.—Llegamos al último y al más atroz y terrible de los suplicios de la vida terrestre de Jesús, al que él en términos precisos declaró repetidas veces a sus discípulos que había de padecer: el suplicio infame y dolorosísimo de la *cruz*.

El Mesías había de ser *crucificado*; lo anunciaron con todos sus pormenores los profetas: «Taladraron mis manos y mis pies, y se pudieron contar todos mis huesos» (Salm. XXI, 18).

NARRACIÓN.—Habiendo por fin llegado Jesús al Calvario (cerca del mediodía), rodeado de aquel gran tropel de gentes, los soldados le despojaron de sus vestidos y le *crucificaron*. Esta sola palabra expresan los cuatro Evangelistas respecto del doloroso suplicio de la crucifixión. La corona de espinas se la dejaron sobre la cabeza para aumentar así su tormento e ignominia.

Crucificaron también con él a los dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Con lo que se cumplió la Escritura que dice: «Y fué puesto entre los malhechores». Así era mayor su ignominia, porque Jesús aparece en el medio como el más insigne de los malhechores.

El título de la cruz. Pilatos mandó hacer una inscripción con la causa de su sentencia, para que se clavase en la parte superior de la cruz; estaba en hebreo, en griego y en latín, y decía así: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos* (Mat., XXVII, 33-37; Marcos, XV, 22-28; Luc., XXIII, 27-38; Juan, XIX, 18-19).

Fué especial providencia de Dios la redacción de este título honorífico, y en los tres idiomas más generalizados entonces en el mundo, proclamando la realeza de Jesús ante todas las naciones; él es la proclamación oficial del reinado del Mesías.

156. Sufrimientos de Jesús en la cruz.—Muchísimos fueron los tormentos que Jesús tuvo que sufrir durante las tres horas largas que estuvo colgado de la cruz, los cuales superan a cuanto se puede sufrir y padecer en este mundo, y que se pueden reducir a dos clases: *físicos* y *morales*.

1.° *Los tormentos físicos* de Jesús en la cruz, ¿quién los podrá describir? Inauditos y sin número fueron los dolores que el Hombre-Dios sintió en todos los miembos de su sacratísimo cuerpo: La cabeza, con la corona de espinas que le atraviesan todas sus sienes; las espaldas descarnadas y llagadas por la multitud de los azotes; los hombros hundidos por el peso de la cruz; las rodillas llenas de heridas por las caídas; las manos y los pies cosidos con gruesos clavos; sed ardentísima en la boca, dolor sensibilísimo en la cabeza; late el corazón con dificultad y lleno de angustia mortal llega a lo sumo del dolor.

2.° *Los sufrimientos morales* o del espíritu fueron de tres especies:

El suplicio infamante de la cruz, que, en boca de Cicerón, es «el más infamante y terrible de los suplicios».

Las tristezas y angustias sin medida ante la seguridad del poco fruto que los hombres habían de sacar de tanto sacrificio; tristeza acrecentada y acumulada por el escándalo y abandono de sus discípulos, por la caída de Pedro, por la desesperación de Judas, por la perdición del pueblo hebreo; y principalmente por ver allí a su Madre Santísima, a quien tanto amaba, traspasada con aquel cuchillo de dolor y de aflicción.

Las burlas y menosprecios que recibió el Señor de todas partes, aumentarán aún más sus sufrimientos. Todos le escarnecían y llenaban de improperios. Los que iban y venían, blasfemaban de él meneando su cabeza y diciendo: «¡Hola! Tú que destruyes el Templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Todos estos escarnios estaban profetizados en el Salmo XXI, 7-8 (Mat., XXVII, 39-44; Marc., XV, 29-32; Lucas, XXIII, 35-37).

157. Las tinieblas. Muerte de Jesús.—A la hora de sexta la tierra se cubrió de tinieblas, y el sol se oscureció hasta la hora de nona (es decir, desde el mediodía hasta las tres).

No pudieron provenir estas tinieblas de un eclipse ordinario y natural, porque la Pascua de los judíos se celebraba en tiempo de luna llena, y en plenilunio es imposible un eclipse de sol, y además sólo dura a lo sumo unos siete minutos, siendo así que ese oscurecimiento del sol duró tres horas.

Quiso Dios con ello que la naturaleza toda se conmoviese y perturbase, y el rey de los astros se cubriese de luto, al ver oprimido a su Hacedor, atestiguando así también la inocencia de Jesús y su divinidad. Por otra parte, el Salvador era Jefe de la humanidad entera, y por eso convenía que su muerte fuese anunciada por este medio sobrenatural a toda la creación, en estos precisos momentos en que se efectuaba la redención.

Y a eso de la hora nona, Jesús, dando una gran voz dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

E inclinando la cabeza, EXPIRÓ.

Eran las tres de la tarde, a la misma hora que en el Templo sonaban las trompetas para dar comienzo al sacrificio vespertino, con la inmolación de un cordero sin mancha.

Jesús murió cuando quiso y como quiso, con un acto soberano de su voluntad de Hombre-Dios (Mat., XXVII, 45-50; Marcos, XV, 33-37; Luc., XXIII, 39-46; Juan, XIX, 25-30).

Prodigios que acompañaron a la muerte de Jesús. En cuanto expiró Jesús puede decirse que comenzó ya su glorificación sobre la tierra, con los estupendos prodigios que acompañaron a su muerte, mientras su alma gloriosa descendía al limbo, para anunciar la redención a las almas de los justos (1.ª Ped., III, 19).

Y he aquí que, en el instante de expirar el Salvador, el velo del Templo, que cubría el *Sancta Sanctorum* (lugar santísimo), se rasgó en dos partes de arriba abajo, la tierra se agitó y tembló, se partieron las piedras, y el gran peñasco del Calvario rompióse, formando una hendidura profunda; los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron, y después de la resurrección del Señor aparecieron a muchos para rendir testimonio al Salvador (Mat., XXVII, 51-53; Marc., XV, 38).

158. **La herida del costado.**—Al poco de morir el Salvador suplicaron los judíos a Pilatos que se les quebrasen las piernas a los crucificados para atestiguar su muerte y poder bajarlos de la

cruz antes de la caída de la tarde, a fin de que no quedasen en la cruz el sábado. Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones, pero no lo hicieron con Jesús porque le encontraron ya muerto. Entonces, uno de los soldados, *con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua*. Y el que lo vió da testimonio de ello; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis (Juan, XIX, 31-35).

Con la herida de la lanzada quedó abierto el Corazón de Jesús, *como sede y símbolo de amor*, y se nos abrió la puerta de la vida. La sangre y agua, que milagrosamente salió de la herida, simbolizan: ora *la Iglesia*, que nacía entonces del costado de Cristo dormido, al modo que Eva nació del costado de Adán; ora los *Sacramentos*, principalmente el *Bautismo* y la *Eucaristía*, que también salieron entonces del costado abierto de Cristo, con virtud de lavar y santificar nuestras almas.

159. Descendimiento de la cruz y sepultura.—Al atardecer después de la muerte de Jesús, José de Arimatea y Nicodemo (el primero persona ilustre y senador, y el segundo varón principal entre los judíos) obtuvieron permiso de Pilatos para sepultar el sagrado Cuerpo. Habiéndole, pues, desclavado de la cruz, le embalsamaron con especies aromáticas de mirra y áloe, le amortajaron con una sábana y otros lienzos o vendas de lino, según la costumbre de sepultar de los judíos, y finalmente, le cubrieron el rostro con un sudario. Una vez acabados estos preparativos, le colocaron en un sepulcro nuevo abierto en peña viva, en donde ninguno hasta entonces había sido sepultado, el cual pertenecía a José de Arimatea y se hallaba allí mismo en el Calvario, cuya entrada fué cerrada con una grande piedra (Mat., XXVII, 57-60; Marc., XV, 43-46; Luc., XXIII, 50-53; Juan, XIX, 38-42).

Los judíos, sabiendo que Jesús había predicho su resurrección y temiendo que sus discípulos viniesen a robar el cuerpo, sellaron el sepulcro y pusieron varios soldados para que le guardasen (Mat., XXVII, 62-66).

La guardia era para custodiar el sepulcro, y los sellos para asegurarse los primates del Sanedrín de la fidelidad de los guardias. Pero esta precaución, verdaderamente providencial, sólo va a servir para hacer más auténtico e innegable de todo punto el gran milagro de la resurrección de Jesucristo.

PARTE CUARTA

VIDA GLORIOSA DE JESUS

LECCION 30

RESURRECCION DE JESUCRISTO Y VARIAS APARICIONES

SUMARIO: 160. El alma de Jesús en el Limbo.—161. La resurrección de Jesucristo.—162. Aparición a la Santísima Virgen.—163. Aparición a las Santas mujeres.—164. Aparición a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo.—165. Incredulidad de Santo Tomás.

160. El alma de Jesús en el Limbo. — Nada nos dicen los Evangelistas respecto del alma santísima de Jesús después de su muerte; pero él mismo lo había anunciado al Buen Ladrón, poco antes de expirar, diciéndole que después de su muerte «iría al *Paraíso*», es decir, al limbo de los justos o Seno de Abraham, donde estaban las almas de los justos ya difuntos, que esperaban el tiempo de su redención.

Este hecho le consigna el Príncipe de los Apóstoles en su primera carta (III, 18-20), y es dogma de fe católica contenida en el credo, que después de muerto Jesucristo, su alma descendió a los infiernos (o seno de Abraham), y bajó unida a su divinidad, quedando también su cuerpo unido a la divinidad; porque la divinidad no se separó, no podía separarse, ni del alma, ni del cuerpo de Jesucristo un solo instante.

Por eso, aunque solamente el alma de Cristo bajó a los infiernos, no obstante decimos, y así lo confesamos en el Credo, que «Jesucristo descendió a los infiernos».

Descendió al Limbo: 1.º Para librar a los justos del Antiguo Testamento que, por efecto del pecado original, estaban cautivos en aquella mansión, y consolarlos por la gran nueva de la realización de los misterios de la redención, y por lo tanto de su próxima entrada en el reino de los cielos.

2.º Para manifestar allí su poder y su divinidad, como lo había hecho sobre la tierra; y dar muestras de su magnífica gloria como Rey y vencedor y recibir el homenaje de adoración que le habían de tributar los infiernos y todas sus potestades, según anunció el profeta Isaías y describe San Pablo (Is., XLV, 24; Filip., II, 10).

161. La resurrección del Señor.—Llegamos al gran milagro de la Resurrección de Cristo, que había de constituir el fundamento firmísimo de nuestra fe, y sobre el cual había de apoyar su vida y su fuerza el Cristianismo entero. Prodigio el más esencial y estupendo de la vida del Salvador, predicho tantas veces por él mismo y anunciado muchos siglos antes por boca de los profetas.

El Mesías no había de gustar la muerte, *sino de paso* (Salm. XV, 9-10), y su sepulcro *sería glorioso* (Is. XI, 10). El «Príncipe de la vida», no era conveniente que permaneciese largo tiempo en la tumba (Hech. II, 29-32).

NARRACIÓN.—Al amanecer del día tercero después de su muerte, es decir, el domingo o primer día de la semana, *Jesucristo resucitó por su propia virtud y poder*, como lo había predicho, saliendo glorioso y vencedor del sepulcro, sin remover ni tocar la piedra que cerraba la entrada, a consecuencia de las dotes de gloria de su cuerpo.

El terror de los soldados. Los guardias que custodiaban el sepulcro, poseídos de terror, cayeron como muertos; pero vueltos en sí y viendo el sepulcro vacío, huyeron despavoridos, y fueron a contar a los príncipes de los sacerdotes la resurrección del Crucificado y lo que acababa de suceder.

El soborno de los guardias. Los príncipes de los sacerdotes al oír la relación de los guardianes, se reunieron en consejo (lo mismo que después de la resurrección de Lázaro y de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén); y llenos de pánico, determinaron sobornar a los soldados a cualquier precio, y al efecto les dieron

una gran suma de dinero, con esta instrucción: «Habéis de decir: Estando nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos y le robaron: Que si eso llegare a oídos del Procurador, nosotros le aplacaremos y os pondremos en salvo». Ellos recibieron el dinero; y no obstante, se hizo pública por todas partes la verdad de lo sucedido (Mat., XXVIII, 1-15).

162. **Aparición a la Santísima Virgen.** — El sepulcro vacío era ya una prueba evidente de la resurrección de Jesucristo; las diversas apariciones, ahora en Jerusalén y después en Galilea, demuestran positivamente la realidad indiscutible de su resurrección.

La primera aparición que hizo Jesús el mismo día de su resurrección por la mañana, fué a su santísima Madre; pues aunque el Evangelio no nos hable de ella, la suponen todos los Evangelistas como la primera que hizo el Señor en cuanto volvió a la vida. Por su humildad, la santísima Virgen no habló a nadie de esta aparición, guardando y meditando todas las cosas en su corazón, como dice San Lucas (II, 19), y permaneciendo siempre retirada, a no ser cuando se trataba de humillaciones y sufrimientos.

Es muy natural que Jesucristo quisiera consolar con su presencia, inmediatamente después de resucitar, a aquella Madre amantísima, que tanto había padecido con él, y «que ella fuese quien gustase las primicias de su vida gloriosa», y la primera que se asociase particularmente a su gloria.

163. **Aparición a la Magdalena y a las otras mujeres.** — La primera aparición de que nos dan cuenta los santos Evangelios, es a María Magdalena; sin duda alguna, en premio de haberle lavado los pies con lágrimas de contrición y ungido con precioso ungüento, y de asistir siempre a sus pies oyendo devotamente su celestial doctrina, y de haberle acompañado en el monte Calvario; y sobre todo por su ardiente deseo de ver a Jesús y su constancia inquebrantable en buscarle, con más generosidad y fervor que sus compañeras (Luc., VII, 37-38; X, 39; Juan, XX, 1).

Luego se apareció Jesús también a las otras santas mujeres, María madre de Santiago y Salomé, como recompensa igualmente de haberle acompañado al pie de la cruz y por haber andado muy solícitas el domingo muy de madrugada para ungir con aromas el cuerpo de su amado Maestro (Mat., XXVIII, 8-10; Marc., XVI, 9-11; Juan, XX, 1-18).

En la tarde de este día se apareció también el Señor a Pedro (Luc., XXIV, 12-34; 1.ª Cor., 5), y luego a dos discípulos que iban a Emaús (Luc., XXIV, 13-35).

164. Aparición a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo.— Las anteriores apariciones fueron individuales; esta del Cenáculo se endereza directamente a la Iglesia naciente; representada por los Apóstoles y varios discípulos, con la que Jesús pone el sello de la veracidad de su resurrección, que destierra toda duda de los discípulos y los llena de intensa alegría.

Esta noble aparición es de trascendencia suma; puesto que en ella confiere Jesucristo a los Apóstoles sus plenos poderes, que él recibiera del Padre; nos ofrece los tesoros de sus gracias e instituye el Sacramento de la Penitencia, como el gran regalo de Pascua que dona a su Iglesia.

1. *Aparición del Señor.* A última hora de la tarde de este mismo día, cuando los Apóstoles estaban reunidos en el Cenáculo, con las puertas todas de la casa cerradas por miedo de los judíos, y cuando estaban hablando de la aparición con que habían sido favorecidos los dos discípulos de Emaús, de repente se *presentó Jesús en medio de ellos* y los consoló grandemente, diciendo: «La paz sea con vosotros. *Soy yo*, no temáis»... Los Apóstoles se asustaron, y atemorizados, se imaginaban ver algún espíritu. El Señor para tranquilizarlos les dice de nuevo: «No os turbéis, yo mismo soy. Mirad mis manos y mis pies, palpad, y considerad que un espíritu no tiene carne ni hueso, como veis que yo tengo». Y dicho esto, mostróles Jesús las manos y los pies. Mas como a pesar de esto, los Apóstoles no salían de su asombro, les preguntó si tenían algo de comer. Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y una panal de miel. Jesucristo comió de lo uno y de lo otro,

y distribuyó el sobrante entre ellos. La alegría de los Apóstoles fué con eso indescriptible.

2. *Misión de los Apóstoles e institución del sacramento de la Penitencia.* Cuando vió el Salvador que todos sus Apóstoles estaban convencidos enteramente de su resurrección, *les aclaró el sentido de las Sagradas Escrituras,* y les dió facultad de interpretarlas; y luego *les infundió el Espíritu Santo,* aunque sólo parcialmente, mientras llegaba la hora de la infusión plena y solemne de sus dones, que habían de recibir en el día de Pentecostés; e inmediatamente después les *comunicó el poder de perdonar los pecados como el mismo Dios,* que es una parte esencial de la autoridad sacerdotal. Todas estas prerrogativas y poderes los comunicó el Salvador a los Apóstoles oficialmente, y de la manera más solemne, diciendo: «La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío yo a vosotros». Dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: a los que perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se les retuviéreis, les serán retenidos» Luc., XXIV, 36-45; Juan, XX, 19-23).

165. **Incredulidad de Tomás y nueva aparición del Señor en el Cenáculo.**—Relacionado íntimamente con la aparición del Salvador a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, por providencial circunstancia ocurrió un incidente, que San Juan refiere de esta manera:

Tomás, uno de los doce, llamado el Dídimo, no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús. Y habiéndole dicho los otros discípulos que el Señor se les había aparecido y le habían visto, él les respondió: «Si yo no viere en sus manos las señales de los clavos, y no introdujere mis dedos en los agujeros de las llagas, y mi mano en la llaga del costado, no creeré».

He aquí, prosigue San Juan, que ocho días después, como estuviesen otra vez los discípulos en el mismo lugar (o sea en el Cenáculo) y Tomás con ellos, entró Jesús, estando también cerradas las puertas; y puesto en medio de ellos, les dijo: «La paz sea con vosotros». Después se volvió a Tomás y le dijo: «Mete

aquí tu dedo, y registra mis manos; trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino fiel», y le mostró sus llagas gloriosas. Creyó el apóstol, todo confuso y como abrumado, y no pudo responder más que con esta simple palabra de adoración y de amor: «*¡Señor mío, y Dios mío!*» Con todo, díjole Jesús con acento de cariñosa reconvención: «¡Tú has creído, ¡oh Tomás!, porque me has visto: Bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído» (Juan., XX, 24-29).

Permitió el Señor esta incredulidad en Santo Tomás, para que fuera más vivo y patente después el testimonio que había de dar de su Resurrección, y para confirmar y fortalecer más nuestra fe en ella y nuestro amor a Jesucristo.

LECCION 31

ULTIMAS APARICIONES DE JESUS. SU ASCENSION AL CIELO

SUMARIO: 166. Aparición a orillas del lago de Tiberiades.—167. Colación del primado de Pedro.—168. Solemne manifestación de Jesús en un monte de Galilea.—169. Los cuarenta días hasta la Ascensión.—170. La Ascensión del Señor.

166. Jesús se aparece a sus discípulos en el lago de Tiberiades. —Los Apóstoles, dejando a Jerusalén, habían ido por mandato de Jesús a Galilea, poco después de la última aparición; y allí tuvieron otras dos de gratísima importancia: la primera en el lago de Genesaret o Tiberiades, que nos recuerda aquellos parajes tan favorecidos por el Señor durante su vida pública, y la otra en una montaña de la misma Galilea.

En esta aparición, *en la ribera del lago*, el Señor elevó a San Pedro al Sumo Pontificado, esto es, le constituyó cabeza de su Iglesia y le hizo vicario suyo en la tierra.

NARRACIÓN.—Como los Apóstoles no habían de comenzar su ministerio evangélico sino después de la venida del Espíritu Santo

se ocupaban entre tanto en su antiguo oficio de pescar. Hallábanse juntos Simón Pedro, Tomás, Natanael, los hijos del Zebedeo (Juan y Santiago) y otros dos discípulos; díceles Simón Pedro: «Voy a pescar». Respóndenle ellos: «Vamos también nosotros contigo». Fueron, pues, y entraron en la barca; mas aquella noche no cogieron nada.

Pesca milagrosa. Venida la mañana, se apareció Jesús en la ribera pero los discípulos no le conocieron. Díjoles Jesús: «Muchachos, ¿tenéis algo que comer?» A su respuesta negativa, que indicaba el mal suceso de su trabajo nocturno, replicó: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». Así lo hicieron, y en breve rato ya no podían sacarla por la multitud de peces. Entonces el discípulo amado (al ver tan grande prodigio que le recordaba el que en aquel mismo lago había presenciado, cuando Jesús le llamó definitivamente), dijo a Pedro: «*Es el Señor*».

Jesús les preparó comida milagrosamente. Al saltar en tierra, vieron preparadas unas brasas, y encima un pez y pan. Jesús les dijo: «Traed aquí de los peces que acabáis de coger». Subió a la barca Simón Pedro y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes; y a pesar de ser tantos no se rompió la red. (Eran una figura simbólica de los *escogidos*, que todos son grandes por la santidad de su vida, y ni ninguno se pierde, y que los Apóstoles ganarían para Cristo por el mundo; y un simbolismo, además, de la preeminencia de Pedro y de la unidad y catolicidad de la Iglesia). Después les dice Jesús: «Venid y comed». Y ninguno de los que estaban comiendo osaba preguntarle: «¿Quién eres?», porque estaban ciertos de que era el Señor. Y el Salvador, lleno de bondad, como hacía antes de su muerte, tomó el pan y le distribuyó entre los siete discípulos, y otro tanto hizo con los peces (Juan, XXI, 1-14).

167. **El primado de Pedro.**—Acabada la comida, pregunta Jesús a Pedro en presencia de los otros discípulos: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» Y Pedro le responde: «Sí, Señor tú sabes que te amo». Dícele Jesús: «*Apacienta mis corderos*». Pregúntale segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me

amas?» Respóndele Pedro: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Dícele Jesús: «*Apacienta mis corderos*». Y por tercera vez Jesús le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Entristecióse Pedro porque le preguntaba por tercera vez si le amaba, y le respondió: «Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes también que te amo». Díjole Jesús: «*Apacienta mis ovejas*» (Juan XXI, 15-17).

Con estas palabras, Jesucristo concedió a San Pedro el *Primado de honor y de jurisdicción* sobre toda la Iglesia; es decir, le dió la plenitud y la perfección de los dones propios de la vocación apostólica, en cuanto a la misión exclusiva que le pertenece como príncipe de los Apóstoles. Después de la elección y de la promesa (núms. 57 y 97) queda ahora Pedro confirmado en su dignidad de *cabeza* del Colegio Apostólico y *Pastor* supremo de toda la Iglesia.

Luego el Salvador *predice a Pedro el martirio* con que acabaría la vida en su servicio: «En verdad te digo, prosiguió Jesús, que cuando eras mozo tú mismo te ceñías el vestido, e ibas a donde querías; mas en siendo viejo, *extenderás tus manos, y otro te ceñirá*, y te conducirá a donde tú no quieras». Esto lo dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios, que será la de cruz (Juan, XXI, 18-24).

168. Solemne manifestación de Jesús en el monte de Galilea.—Días después de la anterior aparición, fueron los once Apóstoles al monte que Jesús había señalado, y les acompañaron más de quinientos discípulos (muchos exégetas creen poder identificarla con la que San Pablo menciona: 1.ª Cor. XV, 6). En cuanto se apareció el Salvador, postrándose todos en tierra, le adoraron.

Acercándose entonces Jesús les habló en estos términos: «*Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las criaturas. Instruid a todas las gentes en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos*» (Mat., XXVIII, 16-20).

Con este gran *mensaje* y esta magnífica *promesa*, dados a los Apóstoles en tan solemne aparición en presencia de 500 discípulos, terminaba Jesucristo la organización de su Iglesia.

169. Los cuarenta días hasta su Ascensión a los cielos.— Durante cuarenta días, a partir del día de su resurrección, se apareció muchas veces el Señor a sus Apóstoles en diversas circunstancias, muchas más de las que refieren detalladamente los Evangelistas, como lo dice expresamente San Juan (XXI, 25), dándoles innumerables pruebas de que, en realidad, vivía glorioso, consolándoles dulcemente y hablándoles con frecuencia del reino de Dios, o sea de su Iglesia, que ellos habían de extender por el universo, dándoles las últimas instrucciones en todo lo que debían hacer para su establecimiento y gobierno y manera de regirla y conservarla en todas las naciones y pueblos del mundo (Hech. I, 3).

170. La Ascensión del Señor. — Llegado el día señalado para su partida, a los cuarenta días de la resurrección, se apareció el Señor por última vez a sus Apóstoles en Jerusalén, cuando de mañana estaban reunidos en el Cenáculo. Allí comió con ellos, les dió los postreros avisos, les prometió el Espíritu Santo y les inculcó la misión apostólica.

NARRACIÓN.—Lo primero que hizo el Señor fué recordarles la dureza de corazón e incredulidad que habían demostrado al principio no creyendo a los que le habían visto después de resucitado. Luego les dijo: Estas son las cosas que os decía cuando estaba aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas y en los Salmos». Y les explicó el sentido de todos estos pasajes. Luego les dijo: «Así está escrito y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercer día y que en nombre suyo se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. Y *vosotros sois los testigos de todas estas cosas*». Y les mandó que no partiesen de Jerusalén sino que esperasen hasta que hubiesen recibido el Espíritu Santo, que él desde el cielo les habría de enviar, y fuesen revestidos de la virtud de lo alto.

Ascensión. Dicho esto, los llevó afuera, camino de Betania, al Monte Olivete; y a lo que parece, en compañía también de algu-

nos otros discípulos y santas mujeres que a la sazón se hallaban en Jerusalén, y con su santísima Madre. Llegados allí, después de haberse despedido de todos, el Salvador levantó los brazos para darles la postrera bendición. Y mientras los bendecía, *se fué elevando con gran majestad por los aires*, por su propia virtud, ante la extática mirada de los suyos, ocultándole al poco rato una brillante nube.

Habían quedado los discípulos, que le contemplaban con la vista fija en el cielo, llenos de admiración, cuando he aquí que se les aparecieron dos ángeles vestidos de blanco como en el día de la Resurrección, que les dijeron: «Varones de Galilea, ¿por qué estáis ahí parados mirando al cielo? Este Jesús que acaba de separarse de vosotros y se ha subido al Cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir allá». Inmediatamente los Apóstoles adoraron al Señor y se volvieron a la ciudad henchidos de gozo (Marc., XVI, 19; Luc., XXIV, 43-52; Juan, XVI, 12; Hechos, I, 4-12).

LECCION 32

DEL USO DE LOS SANTOS EVANGELIOS

SUMARIO: 171. El Evangelio no contiene toda la revelación hecha por Jesucristo.—172. El Evangelio nos da una idea exacta de la persona de Jesucristo.—173. Ignorancia sobre Jesucristo y su Evangelio.—174. El Evangelio y los primeros cristianos.—175. Hay que volver al Evangelio.—176. Cómo se han de leer los santos Evangelios.

171. El Evangelio no contiene todo lo que hizo y enseñó Jesucristo. —Hemos recorrido los hechos y misterios principales de la vida de Jesucristo, hemos expuesto los puntos más salientes de su sagrada doctrina. Pero los Evangelios contienen otros muchos hechos, milagros y enseñanzas que se exponen en obras más extensas que ésta.

Mas aunque hubiéramos visto todo el contenido de los Evangelios, no conoceríamos todas las enseñanzas de Jesucristo, por

dos razones: a) porque no son ellos la única fuente de información; además de los Libros Santos, tenemos como fuente de la revelación la Tradición divina; es decir, que los Apóstoles, y por su medio la Iglesia, recibieron de Jesucristo la revelación de estas verdades y de otras no consignadas en los Evangelios, pero que son tan dignas de fe como éstos; b) porque los Evangelistas no se propusieron escribir una crónica completa de todos los hechos y enseñanzas del divino Maestro, sino solamente los que bastan para darnos a conocer su divina persona, para perpetuar sus enseñanzas y para que creamos en él, y creyendo en él logremos la vida eterna.

San Juan dice expresamente que Jesucristo hizo muchos milagros más de los que él en su Evangelio describe; y añade que si se propusiera escribir todo lo que Jesucristo hizo, resultaría un número de libros muy grande.

172. El Evangelio nos da idea exacta de Jesucristo.— Pero aunque los Evangelios no nos suministran de Jesucristo todos los pormenores que desearía conocer nuestra curiosidad, aunque apenas contiene nada de los treinta años de la vida privada, y muy poco de algunas temporadas de la vida pública, nos dicen suficiente y más que suficiente para darnos una idea de Jesucristo, completa, sublime, cual no podía concebirla siquiera el mayor ingenio del mundo, puesto a imaginar por su cuenta un hombre dotado de todas las cualidades físicas y morales capaces de hacer un hombre grande, amable, santo, bienhechor de la humanidad; porque Jesucristo tal como le conocemos por los Evangelios es aún en lo humano mucho más que todo eso.

En cuanto Dios y por su generación eterna es la perfección suma e increada; en cuanto hombre y por efecto de la encarnación, es la obra cumbre del Todopoderoso, el tipo ideal de toda perfección, la fuente de toda belleza en la humanidad.

Un gran pintor estuvo un día largo tiempo sentado ante su caballete, abismado en la contemplación de un ideal que pretendía trasladar al lienzo. Al fin, desalentado, dejó caer el pincel de las manos y

exclamó: «Imposible; veo en mi entendimiento luces, expresiones, colores, que no encuentro en este mundo».

Lo mismo sucede a cuantos contemplan la belleza del Señor, que nos dan a entender los Evangelios, y quieren hacer su pintura. Es tarea irrealizable; Jesucristo está muy por encima de todos los hombres del mundo y de todos los santos del cielo. Sólo allí le veremos tal cual es, y con su vista seremos felices. En tanto, el pensar en él, contemplar aunque de modo muy imperfecto su bondad, un rayo de su luz, es ya la aurora y el esplendor de la vida eterna.

173. Ignorancia sobre Jesucristo y su Evangelio. — A Jesucristo no se le sigue ni se le ama, porque no se le conoce; y para conocerle hay que estudiarle. La Iglesia está deseando darle a conocer a todos los hombres; esa es su misión, pero los hombres, o no conocen a la Iglesia, o huyen de ella. Dos terceras partes del género humano viven fuera de la Iglesia, y por lo tanto ni saben quién es Jesucristo, ni han oído su nombre, ni están en camino de salvación. Y la otra tercera parte que se compone de cristianos, en su mayoría padece de gran ignorancia religiosa, y si esa población que vive en la herejía conoce algo de la verdad religiosa, envuelta en muchos errores.

Entre los que se llaman católicos, ¿qué instrucción religiosa vemos? Desde niños se nos instruye en la ciencia histórica, se nos enseña la vida de los héroes y de los hombres célebres, y qué poco se nos dice del héroe principal y divino que llena toda la historia. Cuánto tiempo se dedica a la lectura de libros y novelas, y no se consagra un momento a leer un capítulo del Evangelio.

De esta vergonzosa conducta de los cristianos con Jesucristo nace el que éstos desconozcan sus obligaciones y las verdades más fundamentales de la fe; y si una legislación impía legisla contra la Iglesia, vean como lo más natural aceptar en materia religiosa las leyes impías y prescindir de las enseñanzas de la autoridad eclesiástica, y aun combatir sus preceptos, para seguir las enseñanzas de los enemigos de Dios, que siempre son más gratas a la naturaleza corrompida.

174. El Evangelio entre los primeros cristianos.—En los primeros tiempos de la Iglesia, a pesar de la dificultad de poseer ejemplares de los libros por falta de imprenta, los cristianos estaban más familiarizados con la lectura del Evangelio, que la

mayor parte de los fieles de hoy, y eso que ahora es sumamente fácil poseer y leer una vida de Jesucristo. La lectura de la Sagrada Escritura, y especialmente de los Evangelios, alternaba con los oficios del culto, la predicación, la catequesis, y los fieles se procuraban ejemplares, tanto de los libros sagrados como de las explicaciones oídas, para completar la instrucción en sus casas. Solían llevar consigo un ejemplar del Evangelio, y al morir le depositaban sobre sus pechos.

La estima que la Iglesia hizo siempre de los Evangelios se deduce de que en los primeros siglos encerraba en el sagrario el Evangelio, al lado de la sagrada Eucaristía. Actualmente, en las misas solemnes, el diácono inciensa el libro de los Evangelios, honor que la Iglesia no concede a ningún otro libro.

175. **Hay que volver al Evangelio.**—Este es el código de la verdad y de la justicia, dictado por el Espíritu Santo, enseñado por Jesucristo mismo, y por él practicado. Póngase en práctica sus doctrinas y enseñanzas en la sociedad, en la legislación social, en la vida privada; y el mundo, actualmente tan trastornado, se convertirá en un paraíso. Es frecuente oír a los impíos decir que el cristianismo ha fracasado, porque después de veinte siglos no ha arreglado el mundo. Pero se guardan de decir que precisamente el mundo y ellos en primer término procuran por todos los medios anular la acción del cristianismo, perseguirle, destruirle.

De poco sirve que el sol derrame su luz y calor sobre la haz de la tierra, para vivificar las plantas, si esas plantas las encerramos en la oscuridad de una cueva y las sustraemos al influjo solar. Jesucristo es luz del mundo; él lo dijo; pero no ilumina a los que cierran de intento los ojos para vivir en tinieblas.

Grandes progresos ha hecho el hombre en el transcurso de los siglos; pero el progreso humano, la moderna civilización que se levanta de espaldas a los principios de vida sobrenatural, predicados por Jesucristo, no ha hecho progresar la felicidad y bienestar del conjunto del linaje humano. La vida actualmente es más corta y más sujeta a enfermedades y miserias que antes.

Los medios modernos de producción han hecho progresar la agricultura; pero los productos no se reparten debidamente y centenares de millones de seres o se mueren de hambre o padecen grandes nece-

sidades. Las industrias químicas producen en abundancia sustancias explosivas, pero la mayor parte de ellas las usan los hombres para matar a sus semejantes. El aeroplano facilita las comunicaciones; pero la mayor parte de ellos se emplea en destruir ciudades y aplastar a sus moradores.

El problema de la vida tiene muchas soluciones malas y una sola solución buena; las malas son: placeres, riquezas, gloria, ciencia, progreso, y todo ello sin medida, sin caridad, sin fin ulterior. La solución buena es el Evangelio que ameniza y ordena esas tendencias humanas y las subordina a un fin último y sobrenatural. Jesucristo dice: bienaventurados los pobres de espíritu; los mansos, los que lloran, los limpios de corazón. El mundo dice: dichosos los ricos, los que disfrutan de la vida presente, los que pueden mandar más y poseer más. Los resultados son fatales, y todos los estamos viendo y padeciendo.

176. Cómo se han de leer los santos Evangelios.—De donde se sigue que el libro de los Evangelios es el que principalmente ha de leer, entender y practicar todo cristiano. Hemos de familiarizarnos con su lectura y sus enseñanzas desde los primeros años; hemos de procurar tener a mano un ejemplar de nuestro uso y aun cuando al correr de los años seamos personas muy ocupadas y nos tengamos por muy instruídos, deberíamos todos los días leer alguna página, algún capítulo del Evangelio.

Para sacar mayor provecho de su lectura, hay que distinguir según sea la edad y la instrucción de cada uno; pero tengamos presente que es libro para todos los estados, para todas las edades, para todas las aplicaciones y necesidades morales de la vida.

Salvo caso especial, de personas muy instruídas en materia religiosa y muy versadas en la doctrnia católica, lo más provechoso es leer el Evangelio comentado y explicado por algún doctor católico, y siempre en edición aprobada por la censura de la Iglesia. Quédese para los protestantes la lectura de la Biblia y de los Evangelios en ediciones falsificadas, mutiladas, sin explicación, sin el debido comentario, acerca de los puntos difíciles, o de los pasajes que se puedan prestar a una falsa interpretación. Así sucede que entre los protestantes cada uno interpreta a su gusto los Libros Santos, sacando de ellos las doctrina más opuestas y contradictorias; mientras los católicos de todos los países tenemos el mismo credo, y recibimos de la Iglesia la misma doctrina, el mismo texto sagrado de los Evangelios. Siempre hemos de estar dispuestos a entender la Biblia según las enseñanzas y bajo el magisterio de la Iglesia, maestra infalible de la doctrina de Cristo.